

¿Cómo llegar al 89? / Liberales y montoneros / Imaginar el socialismo en la Argentina / Contra el relativismo cultural / Gunder Frank y la deuda externa / Conversando con Rosanvallon / Testimonios sobre el Che
Suplemento 5: Crisis, autogestión y nuevas formas de producción social

Cohen, Valdovinos, Paramio, Gombrich, Terán, Gunder Frank, Bravo, Aricó, Marimón, Bufano, Godio, Sevares, Nudelman, Colman, Bocco, Burkun, Proietti-Bocco, Torrado, Hintze, Di Tella, Alimonda

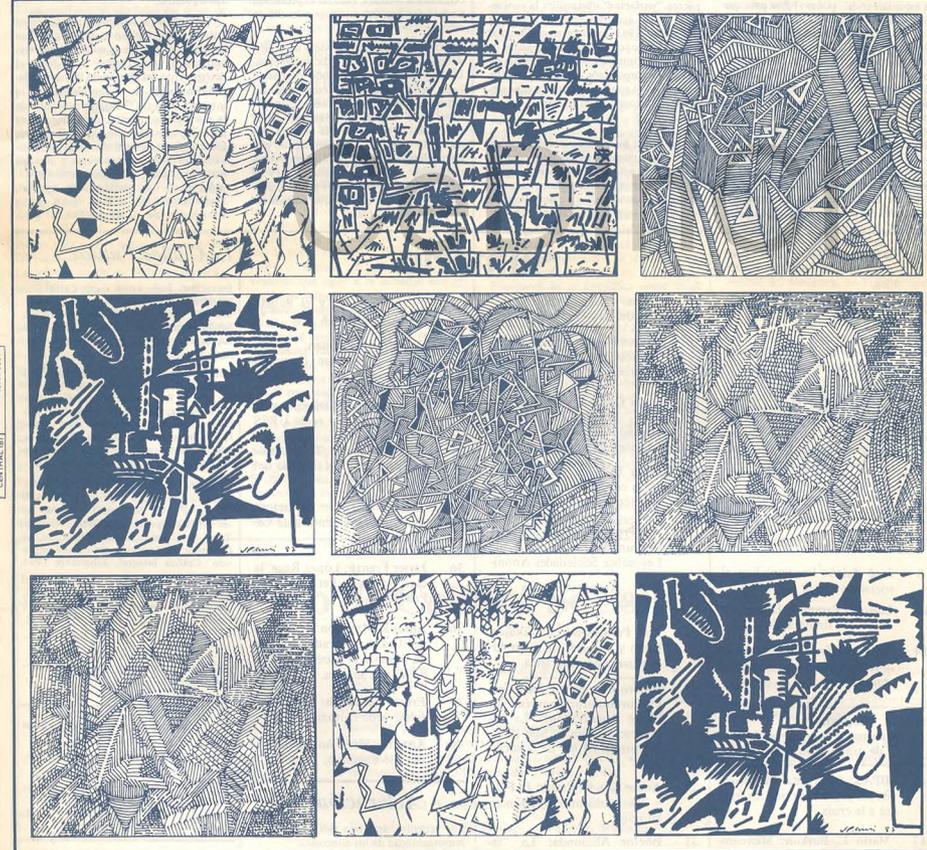
La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 8-9, diciembre de 1987

✱ 8.



FORNELLER
ARGENTINO
CULTURAL (B)

Entre pactos perfectos y acuerdos posibles y sociales

En los días que esta nueva edición de **La Ciudad Futura** sale a la calle, el nuevo cuadro gubernamental surgen de las elecciones de septiembre estará ya conformado y en funcionamiento. Quiénes lo integran serán los encargados de pilotar, en conjunto, el tramo final de la primer etapa de la transición, hasta que las nuevas elecciones presidenciales de 1989 encaucen el traspaso del poder de un gobierno civil a otro gobierno civil. Una experiencia que, con esas características, no tiene lugar en la Argentina desde 1928, habida cuenta que justo le pasó el mando a Ortiz en 1938 después de un escandaloso fraude, y que Perón en 1952, se lo transfirió a sí mismo.

Desde el 7 de setiembre la pregunta recurrente fue: ¿cómo asegurar el tránsito de estos dos años? ¿Cómo hacer para que los conflictos coyunturales no desborden a un sistema democrático todavía débil? El riesgo de toda transición es el hecho que los conflictos pueden ser utilizados para desestabilizar a la precaria democracia, pero, al mismo tiempo, el reconocimiento de que sin conflictos no existe aprendizaje democrático. Esta es la paradoja, el camino de desfiladero que se debe atravesar.

Un punto de partida para el análisis de la situación que se abre desde este 10 de diciembre, es que la Argentina vive un estado de gobierno de hecho; más aún, de cogobierno forzado. Ni hay ni habrá

segurament políticas significativas de coalición explícita —entre otras cosas porque la competencia legítima de 1989 ya está abierta— pero el cogobierno virtual deberá expresarse de alguna manera, porque no si el oficialismo ni a la oposición le conviene crear las condiciones de un empate catastrófico. Tampoco a nuestra democracia, es claro.

La novedad de nuestra clase política empuja a la tentación de fórmulas nominalistas para resolver los problemas reales. La última moda gira alrededor de la probabilidad de formalizar entre nosotros pactos como los de la Moncloa. Sería ocioso puntualizar acá las diferencias entre España 1977 y Argentina 1987 y entre las características de la transición española y la transición argentina. Pero importa señalar que la idolatría hacia los pactos "perfectos" obstaculiza la concreción de los acuerdos posibles. Cada vez que desde 1983 se intentaron fórmulas amplias de concertación entre nosotros (y hubo varios intentos, el más resonante de ellos la incorporación de la corporación sindical en el gobierno político), el procedimiento terminó en el fracaso. Y no por azar.

Pero si bien somos proclivos sobre esos modelos tan sencillos como el que a la distancia parece ser el español (y nuestro escepticismo se transforma en abierto rechazo cuando se hace mención al oligopolio político con que

liberales y conservadores se aseguraron una transición gubernamental pactada en Colombia), eso no implica que nos parezca inútil explorar la posibilidad de construir zonas de consenso entre las grandes fuerzas. Hay áreas críticas para la gobernabilidad del sistema que deberían ser sometidas a consulta y acuerdo. Algunas de ellas son la deuda externa, el papel de las Fuerzas Armadas, un nuevo pacto federal, cuyo eje gira alrededor del tema de la coparticipación pero que no se agota allí; la probabilidad de una reforma que actualice a la Constitución.

La posibilidad de construir espacios de consulta y acuerdo para algunos grandes temas que inciden directamente sobre la viabilidad de la transición, parece ser un esquema razonable para el bien que se comienza a recorrer. Pero las expectativas no podrían legítimamente ir más allá de eso.

Por cierto que este modelo de acción debe involucrar tanto al radicalismo cuanto al peronismo, sobre todo porque el lugar privilegiado que esos consensos deben buscarse es el Parlamento y allí, sobre todo después del resultado de las elecciones de setiembre, la responsabilidad está repartida. El peronismo, por caso, además de oponerse a los proyectos oficialistas tendrá la oportunidad (y la obligación) de proponer los propios, porque los números indican que además de protestar puede legislar.

Es un tema difícil porque coloca a la luz del día el cogobierno de hecho. No es raro que muchos renovadores piensen que hubiera sido preferible un triunfo electoral menos rotundo que el obtenido, a fin de no pagar los costos de un débil perfil como alternativa para 1989.

Las elecciones complementarias en Santa Fe mostraron que no hay un mercado cautivo de votos; que una parte considerable de la opinión pública elige de acuerdo con criterios de razonabilidad puntual. En la medida en que, en una situación de grave crisis, a la Argentina, el ejercicio de poder siempre desgasta, pues hace imposible quedar bien con todos al mismo tiempo, esta correspondencia de los intereses naturalmente incómoda a cualquier primera oposición con potencialidad legislativa.

Es fácilmente advertible que los renovadores, con Cafiero a la cabeza, han elegido la imagen de la moderación como herramienta para volarles a la Argentina. Como la sociedad vive además, las angustias de una situación social difícil, los ciudadanos han tenido derecho a pensar que la reforma de la constitución era un lujo particularista que convenía o disgustaba a las élites partidarias, pero que no tenía ninguna significación colectiva.

Ya,afortunadamente, es exagerado esperar de la reelección de Alfonsín parece haber quedado de lado. El presidente, en una reciente conferencia de prensa, hasta su autoproscrito como candidato para primer ministro inaugural de un eventual gobierno semiparlamentario. La reforma puede ser discutida ahora sin excusas.

Si se recuerda con tanto entusiasmo el episodio español de la Moncloa vale la pena insistir que uno de sus resultados más notables fue, precisamente, la aprobación de una nueva Constitución. Su sanción ayudó enormemente en la tarea de consolidación de la incipiente democracia posfranquista.

Nuestra precaria democracia también se vería reforzada si las dirigencias políticas son capaces de impulsar en toda la sociedad un debate constitucional profundo, pese a que no pensamos que un texto legal tenga virtudes taumáticas, que sea capaz de resolver por sí sólo los extremos de crisis a que ha llegado en todos los órdenes la sociedad argentina.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo N° 177, Sucursal 12, Buenos Aires (1412). Tipografía de títulos: Graphic Type, Gral. Perón 1457 - P.B.-3, Bs. As. Composición de textos, películas e impresión: Gráfica Integral, Albarracín 1955, Bs. As. Distribución en kioscos de Capital Federal: Sinfín, Venezuela 1415, Bs. As. Distribuidor en librerías de Capital e Interior: Punto Sur, Julio A. Roca 751, 40 C, Bs. As.

N° de Registro de propiedad intelectual: 41392
Suscripción en la Argentina, seis números, A 45.
Suscripción en el exterior, seis números, u\$5 30.
Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jauregui, administrador.

Sumario

- 2 **La Ciudad Futura:** Entre pactos perfectos y acuerdos posibles.
- 3 **Julio Godio:** ¿Qué pasa con la CGT?
- 4 **Toruato Di Tella:** ¿A usted le preocupan los militares?
- 5 **Oscar Terán:** Los "montoneos" también desafían a los militares
- 6 **Oscar Valdovinos:** La juventud de un hombre libre
- 7 **Sergio Bufano:** La novia de todos.
- Debate sobre la izquierda
- 8 **José Arió:** Imaginar hoy el socialismo en la Argentina.
- 11 **Ludolfo Paramio:** La izquierda ante el fin del siglo.
- 14 **Héctor Alfredo Bravo:** La ardua búsqueda de un lenguaje común.
- Suplemento/S:
Crisis, autogestión y nuevas formas de producción social
- 16 **IIPAS:** Estrategias defensivas de los sectores populares frente a la crisis.
- 17 **Mario E. Burkun:** Microem-
- 18 **Susana Hintze:** Crisis y supervivencia: estrategias de reproducción.
- 21 **Oscar Colman y Arnaldo Bocco:** Desindustrialización, mercado de trabajo y reproducción de la fuerza laboral.
- 23 **Oscar Colman:** La microempresa como ámbito de reproducción de la fuerza laboral.
- 25 **Ana Proietti-Bocco y Mario E. Burkun:** Anteproyecto de Ley sobre Sociedades Anónimas Autogestionarias de Trabajadores.
- 26 **Ana Proietti-Bocco:** Sindicalismo y autogestión en la Argentina contemporánea.
- 27 **Isidoro Cheresky y Juan Carlos Portantiero:** Conversación Pierre Rosanvallon: "La democracia es un trabajo siempre problemático de la sociedad."
- 29 **Andre Gunder Frank:** El FMI y los problemas del Tercer Mundo.
- 31 **Héctor Alimonda:** La "iz-
- 32 **Ricardo Nudelman:** ¿Falta mucho para que llegue el "Glasnost"?
- 33 **Julio Sevares:** Disciplina y conflicto laboral en la URSS
- 34 **Stephen Cohen:** ¿Tiene América necesidad del imperio del mal?
- 35 **Susana Torrado:** Estructura social de la Argentina de Gi- no Germani.
- 36 **Javier Franzé:** López Rega, la cara oculta de Perón de José Pablo.
- 36 **Antonio Marimón:** Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar de Varios autores.
- 37 **Ernst Gombrich:** Contra el relativismo cultural.
- 40 **Antonio Marimón:** Bienvenido, che Bambino.

Aclaración

Los artículos sin firma son de exclusiva responsabilidad de los directores.

nismo ya vivió, con malos resultados, durante el gobierno de Isabel Perón. Buena parte de sus chances electorales para 1989 dependerán de cómo pueda ser manejada por los renovadores esta "interna" proyectada a nivel nacional.

Pero más allá de todos estos temas de gobierno sometidos a las reglas de la competencia que cada uno de los grandes partidos resolverá como pueda o quiera en esta cohabitación formada, quedara en los renovadores de cómo pueda ser manejada por los renovadores esta "interna" proyectada a nivel nacional.

Pero más allá de todos estos temas de gobierno sometidos a las reglas de la competencia que cada uno de los grandes partidos resolverá como pueda o quiera en esta cohabitación formada, quedara en los renovadores de cómo pueda ser manejada por los renovadores esta "interna" proyectada a nivel nacional.

Si temas como los de la defensa —que implica poner bases comunes sobre el papel de las Fuerzas Armadas— o de las relaciones exteriores, que incluye la cuestión de la deuda, resultan obviamente decisivos, exhortamos a insistir sobre otro punto que no nos parece de menor importancia porque hace a la posibilidad de un remate institucional de la transición. Se trata de la reforma de la Constitución.

El tema ha sido manejado hasta ahora con notoria mezquindad, sometiéndolo a las formas más primitivas del cálculo político inmediato. Todo parecía girar alrededor del deseo de la UCR de posibilitar una reelección de Alfonsín y de la no menos tere voluntad del peronismo para impedir su concreción. Como la sociedad vive además, las angustias de una situación social difícil, los ciudadanos han tenido derecho a pensar que la reforma de la constitución era un lujo particularista que convenía o disgustaba a las élites partidarias, pero que no tenía ninguna significación colectiva.

Ya,afortunadamente, es exagerado esperar de la reelección de Alfonsín parece haber quedado de lado. El presidente, en una reciente conferencia de prensa, hasta su autoproscrito como candidato para primer ministro inaugural de un eventual gobierno semiparlamentario. La reforma puede ser discutida ahora sin excusas.

Si se recuerda con tanto entusiasmo el episodio español de la Moncloa vale la pena insistir que uno de sus resultados más notables fue, precisamente, la aprobación de una nueva Constitución. Su sanción ayudó enormemente en la tarea de consolidación de la incipiente democracia posfranquista.

Nuestra precaria democracia también se vería reforzada si las dirigencias políticas son capaces de impulsar en toda la sociedad un debate constitucional profundo, pese a que no pensamos que un texto legal tenga virtudes taumáticas, que sea capaz de resolver por sí sólo los extremos de crisis a que ha llegado en todos los órdenes la sociedad argentina.

Si temas como los de la defensa —que implica poner bases comunes sobre el papel de las Fuerzas Armadas— o de las relaciones exteriores, que incluye la cuestión de la deuda, resultan obviamente decisivos, exhortamos a insistir sobre otro punto que no nos parece de menor importancia porque hace a la posibilidad de un remate institucional de la transición. Se trata de la reforma de la Constitución.

El tema ha sido manejado hasta ahora con notoria mezquindad, sometiéndolo a las formas más primitivas del cálculo político inmediato. Todo parecía girar alrededor del deseo de la UCR de posibilitar una reelección de Alfonsín y de la no menos tere voluntad del peronismo para impedir su concreción. Como la sociedad vive además, las angustias de una situación social difícil, los ciudadanos han tenido derecho a pensar que la reforma de la constitución era un lujo particularista que convenía o disgustaba a las élites partidarias, pero que no tenía ninguna significación colectiva.

Ya,afortunadamente, es exagerado esperar de la reelección de Alfonsín parece haber quedado de lado. El presidente, en una reciente conferencia de prensa, hasta su autoproscrito como candidato para primer ministro inaugural de un eventual gobierno semiparlamentario. La reforma puede ser discutida ahora sin excusas.

En una etapa de consolidación y crecimiento, el Club de Cultura Socialista organizará seminarios sobre temas relacionados con el cambio, las experiencias socialistas, los movimientos sociales, la reforma del estado y las instituciones, las nuevas formas de participación, las transformaciones culturales que afectan o protagonizan a los jóvenes y las mujeres, las propuestas alterna-

¿Qué pasa con la CGT?

Sindicalismo

Julio Godio

La táctica de paros generales es expresión de la protesta social pero también del proceso interno del sindicalismo peronista y de la CGT.

El 4 de noviembre la CGT llevó a cabo un paro exitoso por la participación masiva de los trabajadores: nuevamente el eje programático de la protesta fue la oposición a las medidas de reajuste del Plan Austral y la exigencia salarial. Hasta aquí nada nuevo, a este que el país está acostumbrado a este tipo de medidas y se contabilizan ya nueve desfiladas del retorno al régimen democrático: son actos de protesta sin política económica alternativa.

Tampoco resulta novedoso que la concentración haya sido realizada en Plaza de Mayo, porque es sabido que la estrategia ucrinista gira alrededor de orientar los paros generales exclusivamente contra el Poder Ejecutivo. Para Ubaldi, la única institución del estado que está obligada a "proteger" a los trabajadores es el Poder Ejecutivo. Se trata, obviamente, de una vieja tradición del peronismo ortodoxo, que se nutre de la persistente tendencia de esta corriente sindical a simplificar su práctica sociopolítica buscando como interlocutor al Ejecutivo "fuerte". Tal vez eso explique los fructos míseros entre dicho sindicalismo y las FFAA, periódicamente depositarias del poder.

En caso de no ser tan "fuerte", por las meditaciones de la democracia política, la estrategia ortodoxa acentúa su confrontación con el P.E., lo cual fortalece las tendencias conservativas al subministrar toda la estructura del estado en la figura del Presidente de la República como único interlocutor del movimiento obrero. Ello alumbra, por ejemplo, por qué de los nueve paros ninguno culminó con una concentración frente al Congreso Nacional ni tuvo como eje programático la sanción de las leyes laborales. Es que se coloca el eje en tales niveles, equivalente a instalar al movimiento obrero en el complejo juego de la presión sobre la institución parlamentaria. El ucrinismo se resiste a abordar este tipo de acción sindical por temor a ser abordado por la supuesta "democracia formal". De manera que, por sus características externas, este paro fue "uno más".

Pero si miramos en profundidad podemos descubrir que también fue consen-

cuencia de un singular proceso interno que está viviendo el movimiento sindical peronista, como efecto del resultado de las elecciones del 6 de setiembre. En efecto, en el movimiento sindical peronista hay un "antes y un después" de esas elecciones.

Hasta ellas coexistían tres comportamientos políticos diferentes: a) el sector sindical renovador (MSRP) que, minoritario en su terreno, apostó el reagrupamiento del Partido Justicialista bajo la propuesta renovadora; b) el sector ucrinista, cuya fuerza principal, paradójicamente, residía en la crisis y parálisis del P.I. al cual sustituyó a través del accionar político-sindical de la CGT; c) el sector sindical ortodoxo (miguellismo más los 15), que, controlando sindicatos industriales poderosos y estratégicos, se resistió a aceptar la renovación del partido hegemonizado por el "caferismo" y persistió en su práctica de negociación con los "factores de poder".

El complementamiento de esos tres núcleos fue diferente durante el proceso electoral: el MSRP fue es obvio, apostó al triunfo del PJ; los ucrinistas, "ortodoxos" en lo ideológico pero contestatarios por su práctica sindical, mantuvieron una actitud del neutralismo finalmente positivo hacia la renovación; en cuanto a los ortodoxos jugaron sus cartas en favor de una derrota del PJ y del mantenimiento de su acuerdo con la UCR y el control del Ministerio de Trabajo. Como era previsible, los resultados electorales favorecieron a los renovadores, acentuaron el acercamiento de los ucrinistas a los renovadores y golpearon duramente a los ortodoxos.

Los ortodoxos recibieron el golpe pero intentaron recuperarse: para ello plantearon el refrote de las 62 Organizaciones pensando que los ucrinistas se plantearían para mantener el control de la CGT, así como el MSRP. En una segunda etapa, las 62 podrían plantear la formación, a nivel político, de un bloque entre la ortodoxia política (que logró también éxitos electorales en varias provincias) y el sector renovador liderado por el gobernador Menem. De ese modo quedarían en

Club de Cultura Socialista

formas actuales de la sociedad que son obstáculo para una Argentina democrática, equitativa, solidaria en la cual pueden imaginarse y concretarse proyectos de transformación social.

Los interesados encontrarán el Club de Cultura Socialista abierto, de lunes a viernes, entre las 18 y las 21 horas.

Las actividades de 1988 tendrán lugar en su nueva sede: Bartolomé Mitre 2094, 1° piso - (1039) Capital Federal, teléfono 953-1581

Debate sobre la izquierda

Imaginar hoy el socialismo en la Argentina

José Aricó

Tal vez sea esta conmemoración del 91 aniversario de la creación del Partido Socialista en Argentina un buen motivo para intentar una reflexión política acerca de qué condiciones, y con cuáles orientaciones generales de pensamiento y de acción, es posible imaginar una recreación de una fuerza socialista capaz de gravitar en la vida nacional. Y la reflexión está motivada por el hecho, un tanto anómalo, de que al conmemorar la casi centenaria fundación de un partido que hace mucho dejó de existir en el país, sin que el espacio que él ocupara por tantos años pudiera ser cubierto por ninguna otra organización de una filiación semejante.

Es verdad que existen hoy varios grupúsculos que llevan, cada uno con su aditamento, el nombre de socialista. Y es verdad también que el Partido Socialista Popular, en alianza con el Partido Socialista Democrático y otros grupos, se propone con el bloque de la Unión Socialista impulsar un proceso de unificación que genere las condiciones más favorables para una recreación del tipo de la que estamos planteando. Pero nadie podrá dejar de admitir que apenas se está en los inicios de un camino cuyos resultados si-guen siendo problemáticos.

¿Qué debería ofrecer una nueva izquierda socialista que asuma plenamente el privilegio de la acción política y el principio de que el socialismo no puede ser el aborto de alguna apresurada partera de la historia, sino "el resultado concreto de una acción política colectiva, permanente, persistente, militante y coherente" sobre la realidad, como reza de la declaración del PSP en Democracia y Socialismo del 22 de febrero de 1987? Abandonada la pretensión jacobina del "asalto del poder", ¿qué sentido y bajo qué formas debe renovar propuestas teóricas y prácticas que o bien caducaron, o bien son patrimonio común de otras fuerzas populares? ¿Cómo puede construir una identidad que contribuya a hacer del socialismo un polo de agregación de todas las energías sociales comprometidas con la transformación? Sobre estos y otros interrogantes, como forma de iniciar un debate aún no hecho, esbozo sintéticamente a continuación algunos puntos acerca de los cuales conviene discutir.

1 La complejidad de las cuestiones planteadas por la sociedad actual y las demandas de construcción de una democracia social que permitan cristalizar una perspectiva coherente, existe una tendencia, o más bien un área socialista, capaz de confrontarse con la realidad, de medirse con los hechos concretos y cotidianos, de concebir a la sociedad, a los sujetos sociales y políticos, a las formas de la acción reformadora, no de una manera ideológica sino política. Esta distinción tiene sentido porque implica un cambio radical en el modo de formular y de llevar adelante la acción política. Y hace referencia al hecho de que una convicción semejante, para convertirse en un hecho político, requiere de otros elementos que aquellos sobre los cuales la izquierda en general y el socialismo en particular, fundaron casi siempre la necesidad de su existencia. Si la demostración de tal necesidad ya no se puede seguir apoyando en argumentos de orden ideológico (inevitabilidad del cambio social provocado por una clase social con un

Un movimiento socialista capaz de redefinir lo público y lo privado, lo político-estatal y lo político-social, que apunte a la democratización de la cultura política, a consolidar el sistema republicano y a potenciar las posibilidades reformadoras de la sociedad, difícilmente pueda realizarse desde premisas totalizadoras, inevitabilidades ideológicas o modelos que alguien crea cerrados.

Este movimiento no está en la Argentina actual; la hipótesis de este trabajo es que entre nosotros hay izquierda pero no hay socialismo. Por eso es preciso abordar las condiciones de posibilidad de un área socialista autónoma y popular, con sabiduría para asumir los derechos ciudadanos y la lucha por la calidad de vida de la gente.

"destino histórico" a cumplir), la legitimidad del socialismo como proyecto y como movimiento deberá extraerse de la propia sociedad, de sus conflictos y fragmentaciones, y de la posibilidad que generan éstos de proyectar un orden social donde libertad y justicia tienden a unificarse.

El socialismo moderno debe conquistar una fuerza idéica equivalente a la que tuvo en su momento originario, cuando pareció ser el resultado lógico e inevitable de un orden social condenado a desaparecer; pero para eso requiere de una asociación consciente de las dimensiones contradictorias y ambientales de la situación social, y de una evaluación precisa de las efectivas posibilidades en ella contenidas. Sólo así la crítica de lo existente puede acompañarse de la dimensión del proyecto, sin que éste aparezca como una mera imposición voluntarista y sin capacidad de tornarse concreto, de hacerse como una construcción popular y de ser parte del imaginario político de la gente. Sólo así puede encarnar esa "reforma intelectual y moral" de la que hablaba Gramsci.

2 La propia noción de "proyecto" debería ser considerada no de la manera totalizante en que lo ha habitualmente la izquierda y que creo ver presente en las propias formulaciones del Partido Socialista Popular. Por ejemplo, cuando sostiene que "es necesario reformular el país", porque "hace a la sociedad una acción la convicción" de que toda propuesta de cambio parcial es intrascendente si no se inserta en un concepto global de la Nación". Ningún socialista puede cuestionar la necesidad y la urgencia de la elaboración de estrategias de largo plazo que permitan hacer del socialismo una propuesta realizable y realizable de transformación social y económica. Y esta propuesta no puede fundarse sin cierta idea general del país que se quiere. Pero no puede desconocer que hay aquí un nudo difícil de destar dado que en las sociedades modernas hay una declinación fortísima de la moral y de la práctica del proyecto político.

El cuestionamiento del carácter de modelo del "socialismo realizado" y el fracaso a nivel mundial de las políticas re-

formadoras que sustentaron las ilusiones de los años sesenta, nos restituyen la dureza de un mundo contradictorio y ambivalente que erosiona la convicción que nutrió al socialismo de un futuro pensado como un punto imaginario al que inexorablemente, por destino o voluntad, nos dirigimos. Si se desecha de una dirección única de la realidad que marcha hacia un mundo mejor, y si el socialismo sólo puede ser pensado en concreto como "un movimiento real que supera el estado de cosas existente", el proyecto no puede ser simplemente la explicitación de una práctica política, sino más bien una orientación ideológica, condiciones de desarrollo proyectales concretas y no totalizantes de gestión y de reforma de la realidad social de un modo adecuado a las condiciones específicas en que ésta se presenta en cada momento y sin encorsetarse, por lo tanto, en esquemas preconstruidos y abstractos. Afirmar la productividad de la política supone necesariamente fundar en la experiencia la adquisición de un estilo de hacer política, de una forma de operar sobre la realidad que mantenga siempre abiertas las dimensiones indeterminadas de la experiencia individual y colectiva de los hombres. Este pragmatismo no reductivo, que debería ser un atributo de la izquierda socialista, permite calificar, a la actividad proyectiva sobre la que sustentamos nuestra reflexión teórica y su práctica política según el único patrón de medida que corresponde en este caso: su constante capacidad de autorreflexión de aprender a partir de un sistema de acción basado en la prueba y el error.

Desde una perspectiva como la que planteo, el proyecto no puede ya tener por finalidad únicamente la de hacer emerger todo aquello que de manera oscura se movía hacia un fin, como si se tratara de asomarse a la criatura en su nacimiento. En realidad, ni el pasado ni el presente incluyen en su seno un futuro prefigurado; si algún sentido se le puede otorgar al proyecto es el de remover un terreno para fragmentar objetivaciones que, por sí mismas, ocultan o desvalorizan otras. Los asuntos siempre presentes en el momento institucional y las mutaciones de la realidad social. Sólo así pueden aflorar las potencialidades ocultas, las posibilidades remotas, las esperanzas falli-

das; en fin, todo aquello que se dejó de lado y al que no se le atribuyó importancia alguna. Sólo así la erosión de lo que se creía actual y relevante permite que volvamos la mirada hacia aquellos aspectos de la vida asociada de los hombres que quedaron ocultos, pero sin los cuales la pretensión de anticipar el futuro no es sino mero teologismo.

En consecuencia, la posibilidad de establecer proyectos colectivos dotados de sentido no parece depender de una definición previa del "concepto global de la Nación" que la declaración del PSP coloca como premisa. Sólo es imaginable como un resultado provisional y transitorio, en permanente redefinición, de un trabajo teórico y práctico que privilegia la experimentación porque sabe que la construcción que el proyecto perfila debe ser considerada al mismo tiempo como la destrucción de sus propias premisas.

Frente a la diversidad de los ritmos propios de las reformas, frente a la discontinuidad de los tiempos, ¿qué sentido tiene entonces desvalorizar como "intangibles" los proyectos "tan parciales", tal como hace la declaración del PSP? Supeditar el movimiento reformador a la existencia de un proyecto totalizante, ¿no conduce a vedarse a sí mismo la posibilidad de recoger los efectos emancipatorios que toda reforma concreta por sí misma y que el tiempo desmenuza o desconsiga? ¿no es el único desmedido o el único "global" oculta y disimula? ¿cómo puede el socialismo recobrar el impulso que desde el inicio lo constituyó como una fuerza vital de transformación y de emancipación, si no se hace cargo de esos momentos precisos de experiencia de la propia realidad que el tiempo impone y que al mismo tiempo una cultura de reformas, pero ésta sólo es posible si pasa por la cabeza y la experiencia de la gente.

En otras palabras, hay que ser plenamente consciente de que lo que defendemos como una verdad inquestionable —la necesidad de una fuerte proyectualidad que apunte a una transformación radical de lo existente— es en realidad un problema de difícil resolución. No sólo porque exige trabajar en múltiples direcciones, muchas de ellas inéditas o inexploradas, sino también porque obliga a redefinir la propia noción de "proyecto". No puede haber que abandonar un concepto que es a la vez teórico y práctico, sin el cual no podría existir puente alguno entre teoría y práctica. Sinó, más concretamente, porque que hay que ponerlo de cara a una más estricta evaluación de la realidad y de las posibilidades efectivas de cambio que ella contiene.

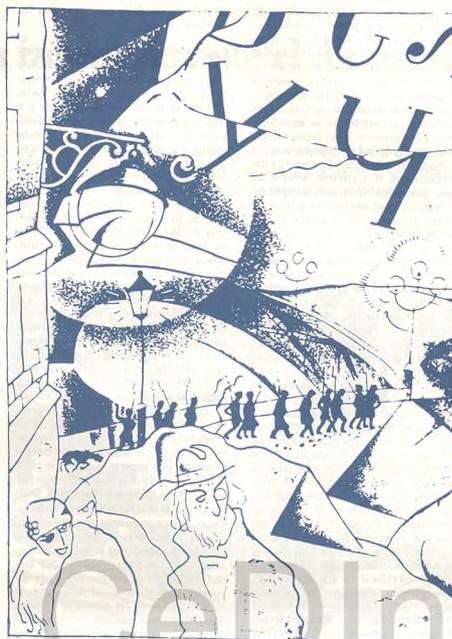
3 El privilegio de la acción política debería también tener por objetivo contribuir a provocar tales cambios de mentalidad en la sociedad como para que la existencia de un área socialista evidencie ser, por sí misma, una condición necesaria para la existencia futura de una tendencia socialista con capacidad de acción política y con gravitación propia en la cultura, hoy no están claros los caminos que pueden llevar a este resultado. El estado alveolar del socialismo sigue siendo su carácter de disintitativa y, mientras lo sea, de su existencia plena sólo puede hablarse en términos de posibilidad. Podría expresar mejor esta idea afirmando que "puesto que el socialismo es necesario, debemos pugnar por crearlo". Entre las varias razones que me llevan a pensar que esta expresión encierra algo más que un puro voluntarismo in-

una concepción estanzante de la vida nacional, que nutrió no sólo a la cultura política del populismo sino también a la izquierda, no creo que se pueda enfrentar con éxito a la presión ideológica y política de una derecha en expansión sin un campo de experimentación teórica y política de la izquierda socialista. Es decir, de una corriente que renovada en sus principios privilegie el elemento de lo público respecto a la falta disyuntiva del interés estatal o del interés privado. Disyuntiva que muestra la falencia en la que se incurre cuando deben abordarse problemas tan concretos como el destino futuro de los medios de comunicación, para hablar sólo de ellos.

De tal modo será posible obtener un amplio consenso social y político que obligue a que el área socialista sea aceptada y respetada como una corriente legítima de la sociedad, y no como en el presente amenazada en forma constante por aquellas fuerzas de ultraderecha, o aun de derecha aunque se presenten como liberales, que animan propósitos excluyentes. Si hasta desde esferas del propio gobierno —recuérdese el discurso del jefe de Estado Mayor, general Cardín— se prometen guerras santas contra una doctrina que, como el marxismo, forma parte del patrimonio cultural del socialismo, la necesidad de imponer un cambio de mentalidad en la sociedad y de aislar los fermentos integristas evidencia ser una exigencia del fortalecimiento del sistema. La democracia es, por tanto, constituyente con una acción socialista que la supone, la fortifica y le da un sentido concreto para las vastas masas populares que son siempre las castigadas por los proyectos integristas, vengan de donde vengan.

Y en este sentido se debe reconocer que la reconstitución de la identidad de la izquierda socialista tiene como efecto volver más transparente una opuesta identidad de derecha y terminar así hasta donde esta identidad respeta o no el orden democrático, hasta qué punto es una fuerza revalista que sueña con reinstalar un integrista que el socialismo rechaza por principio, aunque se disfrazase con vestiduras "nacionales" y "populares".

4 Si arrancamos de la inexistencia en el presente de una fuerza de transformación a la altura de las exigencias del país y del socialismo, y del reconocimiento de la necesidad de su presencia como motor de cambio de la sociedad y como requerimiento de la consolidación de la democracia, es desde esta doble perspectiva que debería considerarse los procesos de unificación hoy en curso, y de los que el Partido Socialista Popular es un factor de fuerte gravitación. La existencia de una voluntad de unidad socialista no por sí misma importante y debe contar con toda manera similar. Pero no puede dejarse de reconocer que la distancia entre lo que existe y lo que se reclama tan grande que no deberíamos obstentarnos resultado de coincidencias programáticas generales, antes que el producto de nuevas elaboraciones teóricas y políticas. Admitiendo como probable la existencia futura de una tendencia socialista con capacidad de acción política y con gravitación propia en la cultura, hoy no están claros los caminos que pueden llevar a este resultado. El estado alveolar del socialismo sigue siendo su carácter de disintitativa y, mientras lo sea, de su existencia plena sólo puede hablarse en términos de posibilidad. Podría expresar mejor esta idea afirmando que "puesto que el socialismo es necesario, debemos pugnar por crearlo". Entre las varias razones que me llevan a pensar que esta expresión encierra algo más que un puro voluntarismo in-



terduzo una que me parece fundamental y que se refiere a la crisis del discurso tradicional de la izquierda. Debemos admitir que entre nosotros, y desde hace ya bastantes años, el discurso socialista estuvo oculto por un discurso nacional-popular antiparlamentarista y revolucionario, del cual no logró diferenciarse, excepto extramuros hasta perfiles faroscos la perspectiva clasista. Las categorías de "sociedad más justa" y de "democracia social" vinculadas a los procesos de socialización del poder y de la economía, en el caso de existir estaban veladas por la categoría de "dependencia" utilizada con un sentido tan amplio que operaba a modo de desplazamiento. No permitía conocer nada de la realidad pero servía para acentuar una visión estatista de la sociedad que, hoy por hoy, sigue siendo la peor de nuestras enfermedades. Porque si hay algo que puede disolver el potencial de transformación y de emancipación del discurso socialista es su identificación con una concepción estatista, o como diría Gramsci "estadaltra". Y en este sentido podríamos llegar a afirmarse que en Argentina no hay todavía socialismo, sólo hay izquierda.

Es la crisis de este discurso la que abre la virtualidad del socialismo y el espacio para su recreación. Pienso que la fuerza crisis de identidad que atraviesan las agregaciones políticas argentinas, y en especial los dos más grandes partidos populares, expresa de hecho también la crisis de las viejas oposiciones entre populismo y clasismo, que hoy se muestran inadecuadas y desprovistas de realidad sustantiva. Y no porque hayan dejado de existir como discursos "ideológicos" de esa realidad, sino por el hecho de que ya no pueden dar cuenta de ésta; no pueden dar respuestas responsables y creíbles a la crisis

ción que soportan las sociedades modernas. Para nuestro análisis no interesa demasiado reconocer que este proceso se da con profundas desviaciones temporales y espaciales y que afecta de manera distinta las formaciones políticas de la izquierda. Porque el hecho significativo es que en todas partes, aunque de diferentes maneras, se están produciendo profundas metamorfosis del tejido social y cultural que desdibujan el perfil propio de una clase social que, como la clase obrera, fue la base de sustentación de las organizaciones de la izquierda socialista, entendida en un sentido amplio. No es que desaparezcan los trabajadores, sino que ha dejado de tener sentido la afirmación teórica, sobre la que se fundó toda la estrategia política de los partidos del movimiento obrero, de la clase obrera como extensión de la clase real de riqueza social y de plusvalor, esto es, de la clase obrera como la única "clase general" de toda la sociedad.

La formación de una tendencia a la izquierda de la sociedad ya no puede fundarse en la existencia de una clase en extinción sino en la posibilidad de articular la estructura de los intereses de los trabajadores dependientes. Si hasta ahora la estrategia política de la izquierda (de manera real, o retórica, para el caso no interesa la distinción) ha tendido a definir una "política de alianzas" que tenía como eje el papel excluyente de la clase obrera, esta política entra en crisis porque lo que fue verdad en una época ha dejado de serlo en el presente. Ni la clase obrera está dotada de una intrínseca fuerza expansiva de larga duración, ni su estabilidad histórica derivada de su condición de obreros fabriles está hoy en condiciones de resistir las profundas transformaciones tecnológicas que modifican el tradicional sistema de fábrica capitalista. La conversión de los partidos "de clase" en partidos "populares" se evidencia, por tanto, como la expresión política de mutaciones sociales que colocan al mundo del trabajo en un nuevo estado de crisis que obliga a redefinir lo que el socialismo no es sólo una necesidad propia de su constitución como corriente ideológica y como movimiento, sino un requerimiento de la realidad misma.

5 La referencia que se hace a un "área socialista", o a sus equivalentes "campo" o "tendencia", deben ser asumidas en sus significaciones precisas porque no son usadas de manera usual o caprichosa. Con tales expresiones quiero cuestionar de hecho la antigua idea socialista, en sus variantes marxista-leninista o socialdemócrata, de un único organismo político, del Gran Partido, que fusiona monolíticamente el movimiento social, la acción política y la teoría de la sociedad. El tiempo histórico de estas formaciones ha caducado y con él entran en fuertes crisis de identidad los grandes partidos obreros y socialistas que ven erosionarse en forma irreversible la densidad de un movimiento obrero estructurado históricamente en correspondencia con la fase inicial de los procesos de industrialización. La complejidad de la sociedad moderna, caracterizada por la constitución de un tipo de estado, el tejido social y asistencial, que introduce formas nuevas de difusión capitalista de la política, destinadas a mutar toda la estructura del conflicto social y de la lucha política, ha provocado cambios profundos de la fisonomía de los partidos políticos y que afectan, como es lógico, también a los partidos obreros de masa. La decadencia del partido comunista francés, la casi desaparición del español y el desdibujamiento del potencial transformador socialista del PSOE, la crisis actual del comunismo italiano, son fenómenos que no deberían ser separados de la profunda transforma-

ción que colocan al mundo del trabajo en un nuevo estado de crisis que obliga a redefinir lo que el socialismo no es sólo una necesidad propia de su constitución como corriente ideológica y como movimiento, sino un requerimiento de la realidad misma.

La transformación de partidos "de clase" en partidos "populares" los obliga a movilizar nuevos recursos culturales y políticos para poder articular los intereses diferenciados de una masa más genérica de trabajadores dependientes con las viejas y nuevas figuras que emergen de una geografía productiva y social en metamorfosis. Pero el problema reside en que esta articulación (o soldadura, si quisiéramos pensar más en la categoría gramsciana de **bloque histórico**) ya no puede fundarse en la existencia material de una fuerza social que permita la expansión del capitalismo, como prevía el marxismo y defendía el socialismo, porque la complejización de la sociedad produce el efecto contrario de fragmentar, diferenciar y contraponer intereses que tienden a corporativizarse. Un bloque social ya no puede ser creado por la expansión de la sociedad y no una mera sumatoria de la protesta social, sólo puede construirse si se muestra capaz de redefinir intereses que son contradictorios en favor de otros nuevos, más complejos y englobantes. Y es en este sentido que el socialismo requiere de una nueva cultura política. Los temas que hacen a la calidad de vida, a los derechos como ciudadanos y a los derechos como productores y consumidores, algunos de los cuales son monopolizados por las derechas cuando en cambio deberían ser patrimonio de las izquierdas.

De este modo será posible resolver la aparente paradoja de un ideal socialista que penetra muchas veces de modo implícito más que explícito en las grandes fuerzas democráticas y populares, y de formaciones políticas socialistas minúsculas e incapaces de recoger los frutos de un movimiento histórico-mundial que ha reafirmado las conciencias. La construcción de un área socialista en el sentido que le doy al término supone mucho más que la agregación de voluntades en torno a una organización determinada, por más importante que ésta sea. Requiere sí de un partido, o de varios partidos, pero es más que esto porque debe integrar expectativas de la sociedad que requieren de formas organizativas o asociativas que las formas históricas en que los partidos políticos —no importa su signo— lo han hecho. En la multiplicidad de las formas de asociación que una tendencia socialista está en condiciones de expresar, se pondrá a prueba la efectiva capacidad de un partido de imaginar los nuevos nexos a establecer entre lo que tradicionalmente se considera como política y las nuevas experiencias de la subjetividad. Pero así considerada, el socialismo podrá entonces aspirar a ser un "movimiento de la sociedad" y no simplemente un partido político determinado.

Una concepción del socialismo como movimiento plantea el problema de la validez relativa de las formas históricas de su verificación, que ya no podrán fundarse en la combinación de las organizaciones, en la agregación mecánica de fuerzas en torno a objetivos circunstanciales, por los límites electorales. El proyecto de transformación de un verdadero movimiento reformador deberá basarse fundamentalmente en la combinación de las soluciones que esté en condiciones de ofrecer y en las respuestas que encuentre a las demandas emergentes de la movilización de la sociedad.

Una estrategia para conseguir de una mayor competencia de los representantes del partido o del movimiento reformador, pero a la vez de una capacidad excepcional para redefinir valores e intereses. Esto significa que las fuerzas y voluntades que puede nuclear en su derredor no devían del control que pueda ejercer sobre tal o cual organización específica, sean sindicatos, organizaciones profesionales, centros estudiantiles, etcétera, sino de la capacidad de asegurar o luchar por: políticas industriales que garanticen productividad y ocupación; servicios sociales en condiciones de respeto, sin derecho ni burocratismo, a las demandas de la sociedad; reformas del estado que vigoren un sistema económico y democrático la función pública; reformas educativas en condiciones de modificar indebidas políticas de ingresos y de degradación de la enseñanza; reformas militares que restituyan a la sociedad prerrogativas que son suyas; etcétera.

De esta manera, un socialismo renovado podrá abandonar la seducción de la conquista, no importa de qué manera, de una mayoría imposible de lograr en las condiciones históricas concretas del país, para privilegiar, esencialmente, el principio de la calidad y poder actuar concretamente en la perspectiva de un futuro mejor para la gente. Porque se piensa que se pueden cambiar los valores, las preferencias y los intereses, también que es posible operar sobre los mecanismos de representación y de decisión política. Y sólo si se parte de esta concepción tiene sentido la propuesta, que hace suya el PSP, de ampliar los sistemas de representación con formas democráticas nuevas y de participación amplia de los ciudadanos, y de reformar en este sentido la Constitución de 1853.

Pienso que en esta capacidad de redefinir lo público y lo privado, lo político-estatal y lo político-social, los intereses, las preferencias y los valores, en todo esto y diría sólo en esto está el futuro del socialismo. ¿Por qué? Porque únicamente el socialismo arranca de estos problemas, porque sólo el socialismo —y para el caso forma las conciencias— se identifique como tal —pense en juego como categoría sustancial de todo y razonamiento de la "sociedad más justa". En torno a estas redefiniciones, el socialismo debería ser capaz de aglutinar en un gran archipiélago de organizaciones autónomas a todas las fuerzas de cambio de la sociedad, a las fuerzas del trabajo en su sentido más amplio y no en el estricto y reduccionista llamado "movimiento obrero organizado". (En realidad, esta expresión designa específicamente a una estructura política y organizativa, la CGT, que sólo a condición de democratizarse podrá ser un elemento propulsor de una efectiva política de transformación. De no hacerlo, será como en el presente el mayor de los obstáculos).

Una estrategia como la aquí diseñada requiere de una dilatación inaudita de la iniciativa política de un centro organizador que en el presente no existe y que para construirse deberá ganar espacios en un campo acotado por la presencia de dos grandes partidos populares, que como el radicalismo y el peronismo, tienden a captar los fermentos de la sociedad y a neutralizar la posibilidad de emergencia de nuevas formaciones de masas. En consecuencia, el espacio propio de un movimiento socialista no podrá decirse de ocupar aquellas áreas de tales partidos que son más sensibles al discurso socialista para agregarlos a su accionar. De tal modo operará objetivamente como fermento y centro orientador de un bloque reformador más avanzado, que tendrá a su favor el hecho de estar menos condicionado o condicionado por la lógica de la negociación. Una lógica que, en las condiciones presentes del país, y con la debilidad manifiesta de las fuerzas reformadoras, tien-

de más a paralizar que a impulsar los cambios.

De todo lo expuesto se deduce claramente lo siguiente conclusión. Un socialismo que apunte a la democratización de la cultura política, a la consolidación de un sistema republicano y a una radicalización de la proyectualidad social de la magnitud que sostengo, debe apostar con vigor y convicción a la conquista de la más plena autonomía política, organizativa y doctrinaria de su acción. No para aislarse en la presuntuosa postura de quien cree tener todas las respuestas, sino para poder cumplir de manera efectiva su función propulsora. Debe ser capaz de resistir las constantes tentativas a la absorción que emanan de las grandes formaciones políticas para poder situarse precisamente allí donde éstas se entrecruzan e impedir con su acción que un bipartidismo imperfecto clausure la posibilidad de las transformaciones. Desde este punto de vista, no me satisface el modo en que el PSP plantea el problema de una "coincidencia nacional" en torno a un programa de reformas, porque al privilegiar el acuerdo de partidos la validez de la propuesta se torna por completo formal. Tanto en la declaración del Comité Nacional sobre "Democracia y socialismo", como en el documento de trabajo "Dialogar para superar la crisis", se plantea con razón la dificultad para encontrar salidas de la crisis y transitar con éxito el camino de la consolidación de la democracia, "si no se cuenta para ello con un amplio y mayoritario consenso". Pero cuando del diagnóstico se deduce la necesidad de constituir un gabinete "de unidad nacional", la conformación de un consejo económico-social nacional y de otros similares en las provincias sobre la base de representaciones "multipartidarias y multisectoriales"; etcétera, se está suponiendo implícitamente la posibilidad real de compatibilizar exigencias y demandas que la realidad muestra como incompatibles y contradictorias. Hasta tal grado que un gobierno que intentara lle-

var a la práctica lo que aquí se plantea acabaría por quedar absolutamente paralizado. La gestión de gobierno debe caracterizarse esencialmente por la claridad de los objetivos que se plantea alcanzar y por la eficacia con que organiza y moviliza todos aquellos instrumentos que se requieren para ello. Sólo así podrá establecer esa divisoria de aguas que permita establecer cuáles están de un lado, y cuáles están del otro. Es en el caso de estos bloques definidos por la postura que se adopta frente a las efectivas medidas de gobierno, donde se plantea el problema de la construcción de consensos. Hacer reposar esta tarea en un acuerdo de partidos, imposible de alcanzar no sólo porque son formas distintas, sino porque aun queriendo lo mismo la lógica de la competencia política separa lo que en otras condiciones podría estar junto, es una manera ilusoria de plantearse un problema real. O se piensa que ninguna de las fuerzas políticas —excepto la propia, claro está— tiene capacidad para encontrar los cambios que el requerimiento para salir de la crisis y consolidar la democracia, y en este caso no ve por qué la suma de todos ellos pueda dar algo que nadie tiene; o se piensa, en cambio, que esa capacidad aún en ciernes está en algunos, en particular, y en este caso corresponde plantearse el problema de cómo de un lado ellos conquistar en la sociedad un consenso que los demás partidos no están dispuestos a facilitar, por lo menos de manera explícita. Pero si se acepta esta distinción, la cuestión se sitúa en un plano distinto que el formal de la suma que desemboca en la Unidad.

Supuesta la existencia de un bloque de fuerzas aglutinadas en torno a un programa de reformas resultante de un "acuerdo de máxima", la cuestión consiste en individualizar todos aquellos mecanismos y operaciones políticas que posibiliten conquistar el más amplio consenso social a pesar de la existencia de los partidos de las fuerzas políticas. De tal modo, y contando con un apoyo popular que se ha sabido obtener mediante las más amplias iniciativas políticas y culturales en favor de la demostración de la "necesidad" de las reformas propuestas, es posible sumar agregaciones parciales o totales de otras fuerzas políticas, ensanchando así la base de sustentación del bloque reformador.

Como me represento de esta manera "dialéctica" diría yo para usar una palabra hoy un poco desacreditada a la tarea de producir nuevos bloques políticos, es toy convencido que es posible imaginar la construcción de una alternativa socialista aun en condiciones de extrema debilidad de aquellos núcleos organizados que deben ser sus ejecutores más decididos. Pienso que la inteligente soldadura de un patrimonio teórico y doctrinario de nuevo tipo con todos aquellos fermentos que libera una sociedad que ha cambiado más de lo que estamos en condiciones de reconocer, la alternativa socialista podrá ser visualizada como algo que emana de la propia realidad, como una necesidad dictada por la profundización de un movimiento de reformas. Si se quiere, es un ideal socialista se anida en muchísimos más lugares que en los que se reconocen como tales, si atraviesa a amplios estratos de la sociedad y es visto con simpatía por sectores de las grandes formaciones políticas, un polo de agregación con iniciativa política y con gravitación propia de la cultura, aunque sea en el presente transitorio y minoritario, estará en condiciones de conquistar un peso intelectual y moral de magnitud incalculable.

• Versión editada de la Conferencia dictada por el autor en el Centro de Estudios Acción Argentina, del Partido Socialista Popular, el 30/6/1987.

Debate sobre la izquierda

La izquierda ante el fin del siglo

Manuel

Ludolfo Paramio

Ya a fines de los años ochenta y muy cerca del fin del siglo, después de tantas transformaciones, desajustes y derrotas, ¿qué lecciones puede sacar la izquierda española y argentina? El nombre y el contenido del socialismo se mantiene, dice Paramio, pero las formas sí han variado.



pensar que, por definición, una crisis económica era una recesión provocada por la incapacidad de la sociedad para consumir lo que esa misma sociedad producía: era lo que el marxismo clásico había llamado una crisis de subconsumo. La sociedad producía demasiado respecto a lo que era capaz de consumir. Después de la segunda guerra mundial, una vez que el Keynes de la Teoría general se hubo convertido en la piedra angular de la nueva ortodoxia económica, se generalizó la idea de que nunca volvería a haber crisis, y que por ello esa teoría había encontrado la receta para evitar crisis. En consecuencia, se dejó de pensar en crisis. Endeudándose e invirtiendo, el Estado podía, a través de un efecto multiplicador, aumentar el consumo de la sociedad global y resolver el problema del subconsumo. Y el Estado, después, podía recuperar a través de la fiscalidad, de los impuestos sobre una economía de nuevo próspera, los fondos necesarios para asumir su endeudamiento previo, su déficit presupuestario.

De esta forma era posible mantener la economía en marcha, y asegurar una crecimiento sostenido y crecientemente, aunque ésta sea un ciclo una completa política anticíclica. Si ustedes recuerdan en los años 60 tanto los más encarnizados enemigos del capitalismo como sus más acérrimos partidarios creían que las crisis ya eran cosa del pasado, porque coincidían en voz como

sus ramas) y provoca el paso, en el cambio de siglo, del viejo capitalismo de libre competencia al capitalismo dual que hoy conocemos con un sector competitivo y un sector oligopólico. Pero ésta es otra historia.

Lo que interesa subrayar ahora es que quien paga realmente el precio de la crisis no fue ante todo el capital industrial, que, aunque hubiera de reestructurarse, pudo sobrellevar la crisis a fin de cuentas, ni fueron los trabajadores urbanos, que lograron mantener y finalmente mejorar su nivel de vida a lo largo de la crisis, sino que fueron las rentas agrarias. Se podría decir, simplificando, que la industria pasó las cuentas de sus pérdidas a la propiedad agraria, forzando un rápido abaratamiento de los productos agrícolas, que en buena parte se explica por las importaciones a Europa de alimentos de ultramar, y que permite comprender cómo los trabajadores, en momentos de crisis empresarial, y sin crecimiento salarial, consigieron primero mantener y luego mejorar su nivel de vida.

Se produjo así la paradoja de que el capital industrial, reestructurado, sobrevivió a la crisis en condiciones de volver a crecer, como lo hizo en el cambio de siglo y hasta la primera guerra mundial, mientras que el mundo campesino, la gran propiedad agraria del siglo XIX, nunca logró recuperar de la depresión, nunca volvieron a ser los mismos. Amo Mayer ha ofrecido una polémica pero muy interesante interpretación de la primera guerra mundial como la última convulsión del Antiguo Régimen. No del feudalismo, por supuesto, que seguramente ya había desaparecido. Era, esencialmente, el siglo XVIII, sino del Antiguo Régimen: un orden social y político en el que la hegemonía correspondía a los grandes propietarios agrarios, a la nobleza terrateniente, y que descansaba sobre un conjunto de valores, como el honor, la cuna y el privilegio, que ya se tenían sentido en el nascente orden industrial que solíamos asociar con el modo de producción capitalista.

Por estos valores, sostiene Mayer, seguían teniendo sentido en un siglo en el que el capitalismo industrial europeo era sólo una cadena de islas en el océano de un mundo agrario, desde luego capitalista, en su *modus operandi*, en sus relaciones de producción, pero abrumadoramente dominado por los herederos de la vieja nobleza, por sus valores e intereses. Más aún, en un mundo gobernado por ellos, pues las élites políticas, y sobre todo, las militares, estaban marcadamente vinculadas por lazos familiares con las grandes familias terratenientes, y el mejor signo de triunfo social, por ejemplo en la España de la Restauración, era para un burgués ser ennoblecido y emparentar con la vieja nobleza de la sangre, aportando en cambio su riqueza de nueva creación a esas clases y a su Estado, que en la forma era una monarquía parlamentaria democrática, pero en la práctica, con un derecho de voto limitado a las clases poseedoras y manipulado por prácticas caciquiles, sólo era el órgano que gestionaba los intereses conjuntos de una oligarquía en la que la nobleza terrateniente reinaba como indiscutible élite hegemónica.

En este contexto es en el que se podría entender la primera guerra como el esfuerzo postremo de la

clase terrateniente por reafirmar su posición social, amenazada por la crisis de las rentas agrarias descendidas por la gran Depresión de 1873-1890. El capitalista industrial, cuando quiere aumentar sus ganancias, baja los costes de su producto para abarcar una mayor parte del mercado. El terrateniente que mantiene un modo feudal de ver el mundo, aunque esté inmerso en la lógica del capitalismo, tiende a repetir el reflejo del señor feudal cuando con sus ingresos: invadir las tierras de vecino para hacerse con sus rentas. La reacción a la caída de las rentas agrarias, a finales del siglo XIX, habría sido así: se intento de las grandes monarquías, de los grandes imperios de Europa, de ampliar sus territorios, mediante la guerra, para restaurar la posición de la clase hegemónica terrateniente. La guerra habría sido el último coleteo del dinosaurio feudal, aparentemente muerto desde los siglos XVII-XVIII, pero que aún sobrevive en la mente de las oligarquías terratenientes, y sobre todo en la mente de los generales que dirigen los ejércitos europeos, hijos menores de las grandes familias terratenientes, que mantenían prácticamente intacta la panoplia de valores heredados del Antiguo Régimen.

Ese sería el paradigma final del siglo XIX: se viene abajo un mundo, el mundo del Antiguo Régimen, mientras que quienes deberían haber sido los primeros afectados por la crisis, los capitalistas industriales, logran sobrevivir y entran en el siglo XX en una nueva fase de crecimiento y prosperidad. La otra paradoja, menos obvia pero quizá más significativa, es que queremos hacer comparaciones entre las dos crisis de finales de siglo, es que, como ya dije antes, los trabajadores también sobrevivieron a la crisis manteniendo su posición social, manteniendo su nivel de ingresos y su nivel de prosperidad, pero considerablemente. La primera gran crisis histórica del inclusivo en la tradición marxista se produjo en la década de 1890, en parte porque Bernstein, uno de los teóricos de la socialdemocracia, había descubierto la tradición fabiana de socialismo reformista en Inglaterra. Pero también en parte, porque en la tradición revolucionaria de Marx se sostenía que cuando se produjera una nueva crisis económica como la de 1830-1848 las fuerzas obreras estarían en condiciones de hacer la gran revolución: la nueva crisis demostraría hasta qué punto había hecho su tarea el siglo XIX del desarrollo revolucionario. Y en la década de 1890 era evidente que esa profecía no se había cumplido, porque los trabajadores habían atravesado una crisis económica mundial sin optar por la solución revolucionaria, siguiendo una doble buena lógica: su nivel de vida se había mantenido e incluso había mejorado al final de la crisis, y sus organizaciones sindicales, sociales y políticas se habían fortalecido, y además muy notablemente, en el mismo período.

Este fue el origen de la crisis del revisionismo, el gran debate dentro de la socialdemocracia alemana, que luego se extendió a todo el ámbito del movimiento obrero europeo, y también mundial, sobre si tenía sentido mantener la visión heredada de la historia moderna como camino que lleva forzosamente a la revolución social, revolución que dará a luz la nueva sociedad reconciliada y transparente finalmente sin clases, ya carente de conflictos y de capacidad de guerra, donde todos los hombres serían hermanos. Esta visión heredada es la que entró en crisis en la década de 1890. La izquierda en España, también en Argentina (donde precisamente está llegando la influencia del socialismo europeo a través de Juan B. Justo) y en Chile, al cambio de siglo ceden profundamente a la debilidad de las ideas dominantes en ese momento en la izquierda europea.

Me parece interesante recordar esta vieja historia porque hoy, a finales del siglo XX, parece estar dando una situación análoga, lo que no deja de ser irónico. Estamos atravesando una crisis, crisis que técnicamente afecta sobre todo al capital industrial, pero de la que el capital está logrando resurgir en buena posición, incluso con ventaja en algunas partes del mundo. Y es una crisis que deberían estar soportando, según la teoría, los trabajadores industriales, pero que, en realidad, afecta sobre todo a los trabajadores de baja cualificación, y de edad avanzada, y especialmente a los hijos de asalariados que no pueden encontrar su primer puesto de trabajo, mientras los trabajadores industriales que no han perdido el empleo mantienen un nivel de vida estable o muy mejorado, como la evidente limitación de la necesidad de mantener a los posibles hijos sin empleo.

Así, lo que se está produciendo es una segmentación de la sociedad en general y del conjunto de los trabajadores en particular, dejando fuera del escenario a un tercio de la sociedad condenado a la marginalidad: Los trabajadores sin empleo, sus hijos, los jóvenes sin posibilidad de obtener empleo. No se debilita la clase obrera, sino que por decirlo así aparece una nueva clase de desempleados, una clase marginal, una clase que está fuera de la producción, del consumo y del mercado, y que parece devolvemos a los tiempos de las dos naciones que Diraelli creía ver en la Inglaterra del siglo pasado, una nación próspera, integrada y feliz, y una nación proletaria, marginalizada, condenada a la delincuencia y a la amoralidad. En cierta medida hoy se reproduce el esquema: aparece una segunda nación condenada al desempleo o al empleo precario, al empleo marginal, sumergido, y de nuevo coexisten dos mundos en una misma sociedad, reaparece la sociedad dual que parecía superada con el inicio asistencial de los años 50 y 60, en los momentos de la gran expansión capitalista de la posguerra.

ALIANZA EDITORIAL

NOVEDADES

JUAN JOSE SAER
GLOSA

ITALO CALVINO
PALOMAR
Traducción de Aurora Bernárdez

GERARD POMMIER
LA EXCEPCION FEMENINA
Ensayo sobre los impases del goce

OSCAR TERAN
JOSE INGENIEROS: PENSAR LA NACION

TULIO HALPERIN DONGHI
HISTORIA CONTEMPORANEA DE AMERICA LATINA

JOSE LUIS ROMERO
ESTUDIO DE LA MENTALIDAD BURGUESA

Distribuidor Exclusivo:

DISTASA

CORDOBA 2064 - BUENOS AIRES



2

Otra paradójica analogía entre la Gran Depresión del siglo pasado y la crisis actual se refiere a la crisis que ambas han provocado en la izquierda. Antes apunté las causas de la crisis del revisionismo durante la década de 1890. Ahora, pasando a un terreno que nos es más próximo, quedaría recordar cómo era la izquierda en España y Argentina, en los años 70, al final de la larga prosperidad capitalista de la posguerra. En España, tras la muerte del general Franco en 1975, comenzó un proceso de transición a la democracia desde una dictadura que había durado casi cuarenta años. Bajo esa dictadura la izquierda se había visto obligada a mantener una tradición de clandestinidad, y esa clandestinidad había marcado fuertemente su pensamiento.

En estos días, las ideas reinantes dentro de la izquierda estaban deformadas por la imposibilidad no ya de tratar de ponerlas en práctica, sino incluso de confrontarlas en un debate abierto sobre otras ideas. Esto no podía sino conducir al anquilosamiento y al alejamiento de la realidad. Podemos decir que la izquierda española, a comienzos de los años 70, era infinitamente más antigua que la sociedad española. La sociedad española se había urbanizado, se había industrializado, se había secularizado, las clases medias habían crecido espectacularmente, y las bases sociales tradicionales del anarquismo, que podían haber sido las del comunismo si no hubiera existido la dictadura (algo así pasó en Italia), habían comenzado a desaparecer. En los años 60 se había ido agotando la mano de obra rural, jornalera o campesina, que permanecía tradicionalmente en el campo español en situación de subempleo. La emigración a los países más desarrollados (a Alemania como se solía decir acá), o simplemente a las ciudades en expansión industrial, dentro de España, había ido agotando esa reserva de fuerza de trabajo. Sin embargo, la

izquierda seguía en buena parte anclada, ideológica y organizativamente, en las diferentes ramas de la tradición comunista, una tradición que sólo tiene sentido en una sociedad aún muy rural y fijada en visiones milenaristas (religiosas a fin de cuentas) del cambio social.

Por poner un ejemplo familiar en América Latina, la gran discusión de la izquierda española a finales de los años 60, y en algunos casos también en los primeros 70, fue la actualidad de la revolución proletaria o la postpuesta vigencia de la revolución burguesa. El problema era antiguo, y sobre todo incomprensible en una sociedad ya plenamente capitalista, urbana, modernizada. Pero, para prever la forma que tomaría la salida del franquismo, la izquierda española seguía recurriendo a la vieja amalgama de la filosofía de la historia de Hegel con el materialismo de la Ilustración escocesa. Ese esquema histórico, finalista, teleológico, que era ya inactivo en toda Europa, seguía estando vigente en la tradición comunista española, y, gracias a la hegemonía ideológica de este área política, marcaba al pensamiento de toda la izquierda.

Así, en los años 70, la izquierda seguía discutiendo en España si era posible la superación del franquismo dentro del orden capitalista, o si al final la dictadura seguiría forzosamente la vía de una ruptura revolucionaria que conduciría al socialismo o a algún tipo de "democracia avanzada", a la manera de la entonces reciente revolución de los cuarteles que había marcado el final de la dictadura portuguesa en abril de 1974. Y en ese caldo de cultivo florecía una tradición izquierdista que apostaba, de la forma más tajante, por una salida revolucionaria, por una hipotética "revolución socialista": núcleos minoritarios, muy bolcheviques, fueran leninistas, trotskistas o maoístas, núcleos que no arrastraron a nadie cuando debieron competir en unas elecciones libres, pero que eran muy significativas en la clandestinidad.

Y lo que es más, núcleos que desencadenaron una traumática corriente de violencia en la política española que aún marca nuestra vida cotidiana: ETA, dentro del nacionalismo vasco, pero también el FRAP y luego los GRAPO, dentro del maoísmo. No es algo difícil de entender para quienes recordan la historia argentina de los primeros años 70, el creciente delirio militarista de los Montoneros, el ERP, el PRT, fenómenos que sólo se pueden entender en aquellos tiempos, en aquel contexto en el que seguía estando vigente el gueviarismo, creía la influencia de un trotskismo fascinante por la insurrección armada, y la vida política argentina giraba en torno a un populismo para el que el retorno del Ilo-Ilo, exiliado tenía todos próximos a la segunda venida de Cristo.

La transición democrática demostró que los grupúsculos de izquierda no eran capaces de sintonizar con la mayoría de la sociedad española, cuya primera preocupación era olvidar la tradición de guerra y asentar un orden social en el que la guerra ya no fuera pensable, ni que pudiera repetirse. La transición demostró que la única izquierda que tenía sentido en España era una izquierda, como la que existía en el resto de Europa, la izquierda que basara su política en la búsqueda de consenso, en las transformaciones apoyadas en una amplia mayoría social, no en la imposición de la voluntad de una minoría. Y la transición demostró también que la sociedad española quería un gobierno moderno, secularizado, capaz de garantizar prestaciones sociales e igualdad de oportunidades. Los condicionamientos que la izquierda había sido capaz de imponer en Europa desde 1945.

Tanto el fantasma de la España negra,

la España decadente y marcada por la intranquilidad cerril, la España de la Inquisición, como el fantasma de la España revanchista, reivindicativa, una España que quería volver a resucitar la guerra civil y ajustar cuentas cuarenta años después, los dos fantasmas se dispersaron de la noche a la mañana. Se descubrió que la izquierda había vivido durante muchos años hipnotizada por una realidad que ya no existía, y que la sociedad española había avanzado, se había modernizado y había cambiado mucho más de lo que esa izquierda había podido suponer.

En el caso argentino, para establecer comparaciones, debo recordar las obvias reservas que siempre impide el relativo desconocimiento asociado a la distancia, además de la atipicidad de todo proceso político nacional, atipicidad que en la Argentina de los años 70-80 es quizá aún más evidente. Mi propia visión de la realidad argentina procede de los análisis de una serie de autores, para los cuales todo intento de lograr la modernización y el desarrollo de la economía argentina se enfrentaban, desde los años 40, a un problema crucial. Si se intentaba que el motor del desarrollo fuera el mercado interno, siguiendo la estrategia que dio su base social al populismo, era preciso desviar hacia la industria una parte de los excedentes del sector agroexportador. Pero ese tipo de crecimiento, al no conllevar un sector industrial exportador ni tampoco la aparición de un sector nacional de bienes de capital, provocaba desequilibrios comerciales externos (por el mayor volumen de bienes de capital importados), lo que a medio plazo obligaba a favorecer e incentivar de nuevo al sector agroexportador. Era así inevitables sucesivas oscilaciones entre la prioridad de la exportación y la prioridad del mercado interno, base para el pacto del capital nacional con los trabajadores urbanos y las clases medias.

A esas oscilaciones económicas correspondían además otras oscilaciones políticas: la recurrente inviabilidad del poder civil y el sucesivo regreso al gobierno de las fuerzas armadas, tendencia que culminó con la caída del gobierno peronista, ya muerto Perón, en 1976, y el comienzo del llamado Proceso de Reorganización Nacional, que arrojó, como todos sabemos demasiado bien, el saldo de la ruina económica de Argentina, el descalabro de una guerra catastrófica contra Inglaterra, y el asesinato de miles de personas, en condiciones indecibles, supuestamente en nombre de la guerra contra la subversión. No vamos a profundizar en esta historia dolorosamente familiar: importa más subrayar los determinantes principales de la oscilación entre poder civil y poder militar en la Argentina de la posguerra.

El primer, como ya se ha apuntado, eran los mismos límites del modelo de crecimiento populista basado en el mercado interno. La base social del pacto populista (cada vez que las clases medias urbanas y trabajadores industriales) se resquebrajaba capital vez que la balanza comercial forzaba de nuevo a dar prioridad al sector agroexportador. Las clases medias oscilaban entre el populismo y el apoyo a la intervención militar, y la oligarquía podía utilizar estas vacilaciones para crear un bloque social de apoyo a la intervención militar. El segundo determinante era la misma limitación del espectro político, que durante un cuarto de siglo gira en torno a la oferta populista sin presentar una propuesta de renovación y modernización capaz de encontrar un apoyo popular mayoritario.

Sobre esos condicionamientos vino a recaer, agrándolos, la oleada de radicalismo político, de extremismo, que recorrió toda América Latina en los años 60.



La influencia de la revolución cubana, la leyenda de Che, la difusión de las ideas y organizaciones trotskistas (nada desdeñable en el caso argentino), se combinan con la llegada del pensamiento izquierdista europeo y norteamericano, que desde el Mayo francés del 68 conoce un auge en los medios universitarios de medio mundo, incluida América Latina. Y ese combinado ideológico penetra en una parte de la juventud de clase media que, en los últimos 60 y primeros 70, comienza a verse sin salidas profesionales, con sus posibilidades de ascenso social bloqueadas por la crisis recurrente. Se crea así un círculo vicioso en el que la frustración de las expectativas de la clase media favorece la radicalización de la juventud, y ésta da origen a una guerrilla que agrava la crisis política y económica de Argentina. Sería gravemente injusto, sin embargo, explicar esa radicalización de los años 70 como fruto de una pura frustración de las expectativas de mejora social de la juventud. Hay que contar también con una enorme componente de generosidad, de capacidad de riesgo, de compromiso social y de apuesta por una Argentina distinta, en la que los *gorilas* no respaldarían en esas ideas a la intervención militar. El segundo determinante era la misma limitación del espectro político, que durante un cuarto de siglo gira en torno a la oferta populista sin presentar una propuesta de renovación y modernización capaz de encontrar un apoyo popular mayoritario.

Sobre esos condicionamientos vino a recaer, agrándolos, la oleada de radicalismo político, de extremismo, que recorrió toda América Latina en los años 60. Pero también hay que subrayar que los

resultados fueron desastrosos: a la suma de todos los condicionantes heredados (crisis política resultado de la incapacidad evidente del gobierno peronista, crisis económica en un marco de corrupción, tradición de inestabilidad del poder civil), a todos esos condicionantes vino a sumarse ahora el terrorismo, la espiral de la violencia radical y su represión por servicios paralelos, primero, y luego por las fuerzas armadas, hasta desembocar en el colapso del gobierno civil, absoluta y universalmente desprestigiado, y en una de las etapas de terror más olvidables de la historia del mundo moderno y de América Latina en particular. Más olvidables por su negrura, pero sólo olvidables si sabemos sacar las lecciones de aquel desastre para que su olvido no deje la puerta abierta a su repetición.

3

Querría terminar entonces apuntando algunas de las posibles lecciones que la izquierda, en España y en Argentina, podría sacar de esta historia de los años 80 y muy próximo el fin de siglo, de esa serie de transformaciones, desajustes y derrotas que he resumido apresuradamente, incluyendo lo que en el caso argentino sólo puede calificarse como el desastre de una generación, destruida físicamente o marcada por la experiencia de unos años infames.

Sobre esta lección que se me ocurre es, precisamente, la de que no tiene ningún sentido mantener la fidelidad a unos principios si no se aprende a cambiar la

forma en que se intenta defenderlos y llevarlos a la práctica. No tiene ningún sentido afirmar que se siguen defendiendo la libertad, un mejor reparto de la riqueza, la solidaridad y la igualdad, si se pretende seguirlos defendiendo por vías que han conducido a la derrota, que han mostrado su impotencia ante situaciones imprevistas en el pasado. Si no se es capaz de sacar lecciones de los fracasos, de las derrotas, no se es de izquierda, por mucho que se sigan invocando los mismos valores que se invocaron en el pasado. Una izquierda momificada, paralizada en la repetición de fórmulas rituales, es sólo un cadáver, y los cadáveres no son de derecha ni de izquierda, y sólo sirven para ser enterrados.

¿Cómo debe aplicarse esta lección de la izquierda española? En primer lugar, utilizando una muy feliz expresión de Marshall Berman, "debe aprender a leer las señales de la calle, debe ser capaz de interpretar la realidad de cada día y reconocer en ella las grandes direcciones en las que se mueve la vida social. Una izquierda que se encierra en la bibliotecas no es mejor que una izquierda oportunista para la que no existe criterio alguno fuera de las encuestas de intención de voto y las proyecciones del mercado electoral: ninguna de las dos será capaz de cambiar la realidad.

Una izquierda real, una izquierda viva, debe aprender a sintonizar con los sentimientos colectivos, debe ser capaz de ver a tiempo por dónde van los tiros. Eso exige estudios, eso exige sin duda encuestas, pero exige también una sensibilidad social, una apertura a la realidad de la vida civil que a menudo se diría incompatible no sólo con la práctica profesional de la política, sino también con la práctica profesional de la vida intelectual. Al decir esto pienso ante todo en la actual situación española, pero creo que se puede generalizar en cierta medida: si hay algo peor que un político que se encierra en su despacho y en su coche oficial, y pierde de vista la calle, ese algo es el intelectual que se encierra en su libro y sus colegas académicos y pierde de vista lo que se juega el país tras la opinión entre distintas posturas.

La incapacidad de los intelectuales para apostar, esa incapacidad para comprometerse colectivamente, es necesaria para el cambio social, esa necesidad de fingir que están en la vanguardia del compromiso político, cuando en realidad lo han perdido de vista y permanecen encerrados en fórmulas heredadas del pasado, fórmulas que ya no están vigentes, o que incluso son contraproducentes para la consolidación de un régimen democrático o para el avance hacia una sociedad más justa, todo eso tiene algo que ver con la estúpida buena conciencia que marca al intelectual desde su mismo nacimiento como figura histórica en el siglo XVIII. Esa extraña idea de que el intelectual, el filósofo, lo sabe todo de antemano y solamente es necesario que le escuchen para que la justicia perfecta se haga en la tierra. Nunca considera el intelectual que deba confrontar sus opiniones con las de la mayoría social, bajar a la calle y tratar de ser escuchado entre otras voces. El intelectual sabe que tiene la verdad, y no le preocupa para nada lo que piense la mayoría, si la mayoría no le da la razón al intelectual, peor para la mayoría, y si la mayoría sigue a un partido que no es el agrado del intelectual, él no se replanteará sus apuestas ni sus gustos, sino que condenará a la mayoría, y desde luego a su gobierno, en nombre de su superior conocimiento.

Al decir esto respiro por mi propia herida, por supuesto. En España es muy evidente que se ha producido una desco-

nexión entre la cultura política heredada de los años 70 y la realidad social de los años 80. La lección que deberíamos sacar es quizá la de que, si queremos seguir defendiendo los principios de libertad, de justicia y reforma, reparto e igualdad, los espáñoles de izquierda tenemos que ser capaces de admitir que estamos en una sociedad que no sólo está ya muy lejos de la que Marx concibió, y de la España de la Segunda República, sino también de la sociedad de los años 60. Tenemos que comprender que las apuestas ya no son las mismas, que los grupos que están pagando la crisis no son los trabajadores del sector naval en reconversión, sino el millón y medio de jóvenes que no encuentran su primer empleo, y que no tienen ninguna posibilidad de encontrarlo mientras no aumenten las inversiones en el sector privado (porque el sector público no puede, materialmente, hacer inversiones productivas). Mientras se insista en hacer populismo con los sectores que mejor están sobrellevando la crisis, y se olvide a los tres millones de trabajadores en paro, la mitad de los cuales, insistido, son trabajadores en busca del primer empleo, no tiene ningún sentido decir que se es de izquierda.

Como no se está haciendo política de izquierda cuando se defiende en la propaganda y en los carteles electorales la política feminista, pero a la hora de la verdad se protege al salario masculino y se intenta vetar el acceso de las mujeres al

mercado laboral, en igualdad de condiciones con el hombre, alegando que eso supone quitarle el pan a un padre de familia. Soy demasiado consciente de que las cosas son más complejas a la hora de la verdad. Una cosa es predicar y otra dar trigo: es mucho más fácil decir estas cosas que llevarlas a la práctica en la política cotidiana. Pero por eso mismo, porque no son cosas fáciles de hacer, debemos al menos tenerlas claras teóricamente: el feminismo no es una retórica compatible con la defensa del puesto de trabajo masculino, la lucha contra el desempleo no pasa por la defensa de una minoría privilegiada de puestos de trabajo no rentables, en empresas públicas ruinosas, mientras un millón y medio de jóvenes buscan empleo.

Debo repetir que seguramente no me expreso con objetividad, como quizá es fácil de advertir, sino con cierta carga de pasión provocada por las polémicas dentro de la izquierda española en los últimos cuatro años. Pero es fácil encontrar paralelismos en la izquierda argentina. Uno de mis grandes consuelos históricos (y este tipo de consuelos empieza a serme muy necesario) es precisamente que algunas de las mejores cabezas de la izquierda argentina, a quienes admiro ya desde hace mucho tiempo, han sabido reflexionar, aprender de las leccio-

nes del pasado y aproximarse a la nueva realidad argentina con gran lucidez, superando el viejo radicalismo de los 60-70 y aprendieron a leer las señales en la calle de la Argentina de los años 80: uniendo pasado y presente.

Yo entiendo (quizá sin objetividad) que la mejor izquierda argentina es la que está haciendo un gran esfuerzo moral e intelectual para descubrir el sentido del actual proyecto de modernización, de reconciliación nacional y de consolidación de la democracia, proyecto que para seguir adelante puede exigir tragos muy amargos, como la *ley de obediencia debida*, pero tragos que deben aceptarse si son el precio a pagar para consolidar la convivencia democrática y la superioridad del poder civil. Pues lograr un país justo no significa lograr que todos los criminales del pasado sean castigados, lo que tampoco devolvería la vida ni la integridad a las víctimas, sino lograr que esos crímenes no vuelvan a repetirse: nunca más.

Y en todo caso yo me identifico con esa apuesta por la modernización, por la reconciliación nacional, por la creación de una sociedad que nunca más deba convivir con la continua amenaza del golpe, ni aceptar la fatalidad del empate castrófico como norma del juego político. Yo me identifico con la búsqueda de una sociedad que defienda realmente los derechos humanos y no confundida la garantía de los derechos humanos en el presente y el futuro con la condena efectiva de todos

los responsables de su violación en el pasado. Yo apuesto por una izquierda que sea capaz de hacer en Argentina, en un plazo muy breve, lo que la izquierda pudo hacer más fácilmente en España, con la ventaja de casi cuarenta años de olvido: lograr una amnistía colectiva y profunda, darse una posibilidad de refundación nacional, de empezar de nuevo para tratar de lograr, esta vez sí, las largamente defraudadas promesas de futuro de aquel país.

Podemos decir entonces que, de cara al fin de siglo, no es seguro que todos, toda la izquierda, hayamos aprendido lo mismo, pero las lecciones están ahí, y me parece que hay buenas razones para ser optimistas si consideramos que no todo el mundo ha ignorado esas lecciones, que hay gente acá y allá que ha sabido ver que el nombre y el contenido del socialismo se mantienen, pero que las formas concretas que debe adoptar la apuesta por el socialismo, por la modernidad, por el progreso, por la solidaridad, la justicia y el reparto, esas formas sí han variado, y pueden haber variado no sólo en los medios de actuación política sino también en las siglas, partidos y banderas con los que la izquierda debe reconocerse.

El presente texto corresponde a la conferencia pronunciada en el Colegio Mayor Argentino Nuestra Señora de Luján, de Madrid, con motivo de la clausura del año académico, el día 17 de junio de 1987.

La ardua lucha del lenguaje común

Héctor Alfredo Bravo

Los resultados de las elecciones del 6 de septiembre motivan a la reflexión sobre distintas situaciones que han sufrido cambios notorios: las relaciones del gobierno nacional, las elecciones de 1989, las distintas situaciones provinciales, la integración o no del peronismo al mecanismo democrático, el crecimiento de la derecha institucional, el manejo del problema militar, el papel de la izquierda, etc. A pesar de la importancia de todos estos temas, y que sin duda, están imbricados y posibilitarán o no la continuación de la experiencia democrática, para meditar, un solo capítulo de ellos para tomar, sin dejar de advertir que las otras situaciones también influyen: el destino del socialismo en el nuevo mapa de relaciones políticas de la Argentina.

El papel desempeñado por el socialismo representado por la Unidad Socialista, en las elecciones pasadas ha sido pobre, y no respondió a las expectativas. Apenas un cuarto de millón de votos en todo el país, la mitad de los cuales han sido alcanzados en una sola provincia. Esto representa, apenas, el 1,5% de los votos emitidos en toda la república. Hay dos situaciones que atentan un poco el resultado. Una, el hecho de no haber mermado los sufragios, con relación a 1985, y en números generales, y uso ha habido que se afianzara en el 5º puesto, distinguiéndose de las otras agrupaciones que quieren ocupar la izquierda (no democrática, unas, dilatantes, otras), y que han tenido una acentuada disminución de su caudal electoral. El otro aspecto positivo es el de haber conseguido un diputado nacional después de 21 años de no tenerlo, y representaciones legislativas en la provincia de Santa Fe, y municipales en distintos puntos del país, incluyendo tres intendencias.

Pero esto está lejos de una aspiración

La viabilidad del proyecto que encarna la Unidad Socialista, la necesidad de un discurso coherente y de una práctica común que posibiliten una mayor gravitación en la vida nacional, son algunos de los elementos contenidos en el presente análisis.

Durante una conversación en la que se reforman argumentos ya expuestos en sus artículos de *La Vanguardia*, Héctor Alfredo Bravo, secretario general de la Federación Socialista Tucumana (PSD), pasa revista a los múltiples aspectos que hacen a la vida de su partido y de la alianza que éste forma junto al PSP, entre otros.

Médico psiquiatra, científico, político y cooperativista, Bravo reflexiona en voz alta sobre la marcha y las perspectivas de la Unidad Socialista, en lo que constituye un oportuno aporte para el necesario debate que el socialismo requiere en esta crucial etapa refundacional.

mínima: la de obtener el 3% de los sufragios en todos y cada uno de los distritos electorales, condición mínima para sentir que estamos en una agrupación política, o en una alianza o confederación que tiene viabilidad política y no sólo doctrinaria, aún por su perfil electoral. Es elemental el no engañarnos en el análisis, mostrándonos más optimistas o más pesimistas de lo que la realidad electoral permite ser. También saber que sólo tomando fríamente esa realidad, y conociéndola en profundidad, podremos

ensayar un cambio, y acaso, mejorar al crecer.

Las elecciones del 6 de septiembre dan una muestra del estado en que está el Partido (Socialista Democrático): un partido en crisis, con envejecimiento de sus cuadros, falta de preparación de nuevos equipos, carencia de liderazgos internos y hacia afuera, estancamiento intelectual e ideológico. El partido no alcanza a definir un programa atractivo y coherente. No define tampoco su grupo social de representación. Al lado de una teoría coloca-

ción junto a la clase obrera, existe una desvinculación práctica del movimiento obrero, y una casi sistemática separación de cualquier postulado que el mismo defiende. La asimilación de las experiencias pasadas, desde hace 40 o 50 años, es morosa e insuficiente. Existe una lentitud expuesta para la movilización partidaria para explicar y comprender el cambio de la realidad política, que ha sido enorme y acelerado. Se insiste en prácticas viejas, y se habla con insistencia de una tradición, a la que se dice venerar, y en los hechos se la deja de lado cuantas veces sea necesario.

La incoherencia, así planteada (única a la pavorosa falta de recursos, humanos y económicos), hace temer por la posible viabilidad del Partido Socialista Democrático. Uno se pregunta si es posible continuar sin resolver, no sólo las contradicciones que se plantean en la vida política o de cualquier grupo, sino también esa incoherencia, el decir algo y hacer lo contrario sin tener la conciencia de haber caído en una contradicción. Y la incoherencia está relacionada con el verbalismo excesivo, corriente en nuestra sociedad, pero que se convierte en una carga mayor para una agrupación como la nuestra, con escasa capacidad de movilizar sus raquíuticos recursos de militantes.

La Unidad Socialista, la alianza electoral con el Partido Socialista Popular, el Partido Socialista del Chaco y otros grupos socialistas, no pueden producir un cambio mágico. Necesitamos de esta comprensión, porque la misma unidad tiene un camino largo, en el caso de que exista realmente un deseo de formalizar un partido nuevo, unido, con un discurso político coherente, que permita crear en una alternativa posible, en una posición política de izquierda democrática creíble por el grueso del electorado, no sólo en un distrito, sino en el conjunto del país.

La Ciudad Futura

Suplemento/5

Crisis, autogestión y nuevas formas de producción social



En épocas de crisis, es sabido, se destruyen todas aquellas relaciones que no se adaptan a las nuevas condiciones de acumulación, pero también surgen nuevas modalidades de valorización que recrean relaciones excluidas hasta ese momento. La expresión social de esta dinámica son aquellos trabajadores que asumen autogestivamente la conducción productiva. Para abordar esta problemática, tan rica en implicaciones teóricas y prácticas, **La Ciudad Futura** invitó, y recibió una generosa respuesta, a los integrantes del Instituto de Investigaciones sobre Políticas Alternativas y Sociedad (IIPAS), preocupados, como nosotros, en diseñar políticas que tengan como actores protagonistas a los sectores populares y en elaborar propuestas que vayan más allá de los prolegómenos.

Estrategias defensivas de los sectores populares frente a la crisis (Reproducción, microempresa y autogestión)

Oscar Colman (ed.), Arnaldo Bocco, Mario Burkun, Susana Hintze y Ana Proietti-Bocco.

La presente edición constituye el punto de inflexión de cuatro de las líneas problemáticas que viene trabajando el Instituto de Investigaciones sobre Políticas Alternativas y Sociedad (IIPAS) desde su creación en 1985:

a) La democratización y descentralización del poder a escalas regionales, municipales, vecinales y de organizaciones civiles solidarias, tanto en el plano político como en lo referente a una creciente participación en la producción, distribución y consumo.

b) El proceso de crisis, desindustrialización y reconversión productiva y su impacto sobre el mercado de trabajo; desocupación, subempleo, terciarización y trabajo clandestino.

c) Las nuevas modalidades de la reproducción social: estrategias de supervivencia y estrategias de reproducción frente a la crisis.

d) Las vías alternativas de organización productiva y de reinserción laboral en el mercado de trabajo: microempresas y autogestión obrera.

Resulta obvio remarcar el hecho de que el punto de articulación de todas estas preocupaciones lo constituye el protagonismo de los más vastos sectores populares, cuya delimitación resultaría imprecisa en el actual escenario económico nacional. Sucede que, en el contexto de la crisis, no sólo se destruyen las relaciones anárquicas que no se adaptan a las renovadas condiciones de la acumulación, sino que emergen las nuevas modalidades de valorización que terminan por subordinar las formas preritarias, recrean-

do y refuncionalizando relaciones que habían permanecido excluidas en procesos anteriores. La expresión social de esta nueva dinámica la constituyen obreros que, ante la desindustrialización y el vaciamiento de sus empresas, asumen —junto con sus sindicatos, en muchos casos— autogestivamente, la conducción productiva de las fábricas; trabajadores expulsados del mercado de trabajo o directamente excluidos de él, que resuelven el problema de su reproducción generando unidades productivas autónomas, ya sea mediante modalidades cuenta-propistas, de asociaciones de trabajo; economías familiares que adoptan formas microempresariales, subsistiendo en los intersticios del mercado, subordinándose a las nuevas modalidades de descentralización productiva impulsadas por el capital industrial, o encontrando espacios propios en el mercado luego de readaptarse tecnológicamente a los requerimientos de una demanda diferenciada; o trabajadores que, sin restringirse a la esfera del salario, se ven impulsados a asumir desde su núcleo familiar estrategias reproductivas que combinan una diversidad de recursos.

Tal como se deriva de esta imagen, la crisis genera —entre una diversidad de consecuencias— el problema de la caracterización de los sujetos sociales. Aparentemente, la presencia de estos sectores en el escenario social no puede ya delimitarse por el carácter de la relación que co-constituyen con el capital a través del salario. Tampoco se restringe al campo exclusivamente produc-

tivo, toda vez que un conjunto de estas formas sociales se articulan en el terreno de la circulación. No parecerían, entonces, como sujetos de "clase", en los términos en los que tradicionalmente se delimitaba esta categoría. Pero tampoco se constituyen como "actores" a través de movimientos sociales (en los que se desdibujan todos los rasgos inherentes a la base material de su reproducción), como forma exclusiva de la conciencia política. No existen manifestaciones concretas que permitan fundar esta inferencia teórica.

Es por ello que todas estas líneas de reflexión que aquí aparecen sintetizadas, se constituyen a partir del intento de rescatar, sistematizar y reconstruir la lógica de las estrategias que los sectores del trabajo adoptan para reproducirse en las actuales circunstancias de la crisis. ¿Qué pueden tener en común procesos en apariencia tan disímiles como la autogestión obrera de una fábrica, las microempresas y la estrategias familiares de reproducción? Lo primero que surge de las experiencias microsociales es que todas ellas expresan modalidades defensivas desplegadas por aquellos sectores que tienen en el trabajo su única vía de vida. En segundo lugar, resalta el hecho de que ninguna de estas formas descansa exclusiva (y a menudo ni siquiera prponderantemente) en el salario, lo que tiende a diluir sus relaciones con el capital, situándolas con preferencia en la esfera de la circulación. Tercero, que estas prácticas se despliegan entre los intersticios, en las porosidades del sistema de acumulación,

eludiendo (o intentando hacerlo) tanto los requerimientos acumulativos del capital, como las demandas de disciplinamiento que les formula el estado. De esta manera, combinan éxitos con fracasos, legalidad con ilegalidad, formalidad con informalidad, acumulación con transferencias. Como lógica, estas estrategias descansan en el uso intensivo del trabajo, potenciado con todos los recursos disponibles (que van desde las formas de asociación del trabajo, al uso de los recursos generados por el estado para paliar la situación de crisis).

Finalmente, es significativo el hecho de que en la generalidad de estas experiencias, encontramos los embriones de reconstrucción democrática y solidaria de la red de relaciones de la sociedad civil, tan brutalmente desarticulada por la gestión de las políticas del Proceso. Tanto en el ámbito de la reproducción familiar, como en su articulación con el plano vecinal; en las formas de economías asociadas, cooperativas de trabajo o sociedades de hecho; como en el espacio de la fábrica autogestionada, los nexos de participación, de redistribución del poder y de solidaridad constituyen los núcleos más importantes y remarcables de las estrategias defensivas. Será precisamente este rasgo el que nos permitirá pulsar los alcances de estas experiencias y su papel en una sociedad que pugna por construir una vía democrática, a la que podría aportar una instancia genuina de participación, junto con formas originales e imaginativas de integración social.

do para desarrollar, profundizar y difundir conocimientos teóricos, metodológicos y prácticos sobre las diversas problemáticas de la realidad nacional.

En virtud de ello, estas actividades estarán orientadas hacia la búsqueda y formulación de estrategias y políticas alternativas para el desarrollo económico, político, cultural y social de nuestra sociedad.

El I.I.P.A.S. es una Asociación civil sin fines de lucro guiada por principios sustentados en la más amplia pluralidad y tolerancia de concepciones teóricas, políticas e ideológicas y orientados a fomentar el fortalecimiento de las prácticas e instituciones democráticas, la participación popular en las mismas y las formas solidarias de desarrollo social. El I.I.P.A.S. es un ámbito académico crea-

IIPAS
Instituto
de Investigaciones
sobre
Políticas Alternativas
y Sociedad

Avda. de Mayo 776 - 3° E (1084) Capital Federal - Tel. 34-1562

Microempresas: nueva forma de gestión del capital ante la crisis

Mario E. Burkun

El presente artículo intenta diseñar una propuesta alternativa de financiamiento de unidades productivas, aquellos países que se encuentran inmersos en la situación de crisis y sometidos a la restricción financiera. Dicha propuesta alternativa supone caracterizar las modificaciones que en la actual crisis internacional sufre la forma de valorización del capital. En forma breve y a riesgo de caer en un reduccionismo de las características propias de "la mano productiva", se puede afirmar que desde 1967, aproximadamente, los procesos de desindustrialización estructurados a partir de grandes complejos industriales, han sido cuestionados como impulsores de la reproducción ampliada del capital.

El crecimiento económico orientado por modificaciones importantes en la relación capital-producto, propia de las formas de acumulación dominadas por las grandes obras de infraestructura y la industria "de base" o "pesada", perdió la vitalidad propia de la internacionalización del capital de los años 50 y 60. Los capitales autónomos individuales se fueron concentrando en las formas financieras. Esto generó una redistribución del ingreso a nivel internacional, que acompañó la reubicación de la liquidez en el monetario especulativo y el rediseño de una nueva división del trabajo productivo a escala mundial.

Los avances de capital de gran magnitud para la realización de inversiones productivas de lenta recuperación de la inversión se vieron limitados por la restricción financiera, identificada por la evolución de las tasas de interés y de los tipos de cambio de manera autónoma respecto a la determinación del beneficio empresarial.

El papel del estado, también queda puesto en cuestionamiento, no sólo como estas empresas que efectúa gestiones administrativas de baja eficiencia, sino como el único que se responsabiliza de las inversiones productivas de baja rotación del capital avanzado.

Finalmente la terciarización del mercado laboral y el rol especulativo del capital monetario dominan el momento de depresión del ciclo capital.

Sóloamente algunos procesos de industrialización logran cobrar parcialmente la destrucción del capital propia de la inflación quasi-galopante de la crisis, mediante la creación de situaciones de reproducción que exigen dimensiones reducidas de capital productivo avanzado.

Nos interesa analizar estos procesos considerando que nuestro sistema productivo se encuentra afectado por la restricción financiera y la incapacidad de generar una reproducción ampliada del capital.

Microempresas y nueva forma de subsumción del capital al capital

La reconversión de los grandes complejos industriales tayloristas se efectuó a partir del desarrollo de unidades productivas, que incorporando tecnología de punta, aceleraron las transformaciones en los rasgos particulares de la valorización del capital. Los grandes complejos absorbieron sistemas de computación y máquinas de control numérico, con una segmentación de la cadena productiva mediante robotizaciones rígidas que mejoraron la utilización de la mano de obra y redujeron las porosidades existentes en los procesos de trabajo, en lo referente a los

tiempos muertos en la cadena de producción.

La reestructuración productiva de los años 70 estuvo hegemonizada por la automatización de las grandes unidades productivas en forma total o parcial (siderúrgicas, petrolquímicas, automotrices, etc.), al mismo tiempo que por la reubicación del quantum de fuerza de trabajo viva ocupada en la industria. La desocupación y subocupación del trabajador taylorista marcaron la expansión de la concentración y centralización del capital productivo en la crisis del proceso de valorización. La expansión de la automatización y de los cambios de productividad lleva a la reforma de las relaciones entre el capital y el trabajo en algunas grandes concepciones industriales. El neofordismo con sus secuelas de trabajo en equipo, de reducción de la jornada laboral con fuertes incrementos de intensidad en el gasto de energía total caracterizó el proceso de humanización de las relaciones laborales, dentro de la forma de acumulación intensiva de capital.

Estas modificaciones en el sistema productivo, tuvieron un correlato en la mutación tecnológica del sector servicios. Las nuevas formas de valorización incorporaron una gestión administrativa y una terciarización que no solo se adecuó a un proceso más avanzado de reproducción del capital, sino que le provocó en muchos aspectos un efecto de arrastre entre servicios de punta y sistema productivo en reconversión.

El resultado de la constante incorporación de nuevas tecnologías en la cadena

de producción y la adecuación del sector servicios a las nuevas formas de valorización aceleraron cambios en el sector laboral. Se abrió el camino a una polarización entre altos salarios —alta cualificación vs bajos salarios— descalificación.

En cuanto a las cadenas de producción, los procesos se seccionaron en partes "duras" con bajo grado de flexibilidad y otras taylorizadas con alto ritmo de utilización de mano de obra descalificada.

La crisis de la reproducción del capital en períodos de desvalorización de los trabajos individuales (inflación) va a dar cabida a sectores capitalistas individuales que, a pesar de las dificultades para afrontar la competencia en la distribución del ingreso bajo la forma productiva con los grandes capitales concentrados, llegan a subsistir e incluso a reproducirse en forma ventajosa.

Las microindustrias empresariales que pueden ser competitivas en la valorización del período de crisis se ubican en dos límites de la forma de acumulación. Aquellas microempresas que subsisten bajo una forma "doméstica" de valorización, es decir que se mantienen en una quasi reproducción simple pero que pueden absorber empleo y generar excedente.

Y las que se mantienen en la punta del proceso de reproducción con alta tecnología y una rápida valorización, de magnitudes importantes en relación a los montos del capital avanzado. Estas últimas unidades están vinculadas a tecnologías propias de procesos automatizados que incorporan robots y computadoras en procesos

flexibles, de fácil adaptabilidad a cambios en la calidad, el diseño y la confección de los productos.

Tales formas de ampliación del capital a través de la microempresa permite considerar la posibilidad de generar un crecimiento económico basado en un pool empresarial, desligado de las grandes unidades concentradas y ligado a procesos productivos laxos y de fácil adecuación a modificaciones en los sistemas económicos que no tienen una coherencia autocrizada de su aparato industrial (como la de los países industrializados más importantes). La forma microindustrial cuestiona entonces el crecimiento basado en el arrastre que provoca la industria pesada sobre la sección de bienes de consumo, que tradicionalmente estuvo vinculado (dicho arrastre) al crecimiento de las grandes corporaciones. Una relación diferente entre las variables propias de la planificación tradicional se presenta entonces, basada en los condicionantes de la restricción financiera y de la expansión de la desocupación en el mercado de trabajo.

Los productores reatados del mercado de producción inmediato, como trabajadores que en un primer momento tratan de incorporarse a la reproducción a través de la terciarización, para luego no encontrar colocación laboral específica, pueden adecuarse a este proceso de microindustrialización. Lo cual coincide con el reclamo del capitalista individual que no puede afrontar el proceso de concentración y centralización salvaje del capital productivo, generando la posibilidad de instauración de la microempresa como unidad espacial de reproducción quasi-óptima para su salida de la crisis.

Dichas microindustrias empresariales, surgen entonces por tres motivaciones diferentes que pueden convocar:

- la necesidad de una porción de los desocupados de encontrar formas defensivas frente a la marginación permanente del proceso productivo.
- la carencia de un sector capitalista con montos suficientes para colocar productivamente en la cadena de reproducción del capital financiero y no desaparecer.
- la adecuación tecnológica a formas flexibles de reconversión industrial acordes con la rapidez de creación de nuevos productos y la inflexibilidad de las demandas finales ante las políticas de ajuste del ingreso regresivos, los distribuidores de gastos públicos, las restricciones monetarias y el impulso a la especulación de orden financiero.

Esta primera aproximación al análisis de la relación entre los cambios en la forma de acumulación del capital productivo, en la crisis durante los '80, y las modificaciones sufridas en el campo laboral incorpora el aspecto espacial de la reproducción, tanto desde el capital como desde la fuerza de trabajo.

Una unidad dialéctica surge en este caso, en la búsqueda de disminuir la fragmentación originada en el capital entre el sector de concentración y centralización, más acentuada y las unidades que se encuentran en recesión o quiebra. El polo que sufre la concentración, en el abanico productivo propio de las unidades reconvertidas y de los procesos automatizados, impide la localización del conjunto de trabajadores existentes previos a la crisis y



umenta la fragmentación del asalariado. Esto se refleja en una ruptura entre ocupados y desocupados, entre productivos y marginales, ruptura que tiene su correlato en las dificultades para enfrentar la situación de crisis de parte de los sindicatos.

Micro-empresa y restricción financiera

La evolución tecnológica se ve inducida por la búsqueda de un margen de beneficio más elevado que la rentabilidad del capital puramente financiero (tasa de interés y tipos de cambio como patrones de la masa de acumulación), pero implica desarrollar procesos suficientemente eficaces desde el punto de vista de la rentabilidad del capital como para que se justifique la presencia del capitalista individual en el ciclo de inversión y reproducción productiva.

Una nueva tecnología, deja de ser entonces un correlato del comportamiento típicamente schumpeteriano del empresario individual, ya que el mismo debe optar entre el conjunto de tasas de interés que aparecen en el mercado de capitales en el corto plazo y las dificultades para garantizar un rápido retorno de la inversión productiva.

Elemento clave en la consideración de la política de inversiones del empresario individual es la imperiosa necesidad de liquidez en la crisis, lo que condiciona bajo la óptica de la prevención por riesgo e incertidumbre, las posibilidades de colocaciones de sus recursos en el campo de la inversión en activos no líquidos. Las fluctuaciones de la demanda de bienes de capital queda sometida, entonces, en la crisis, al comportamiento del capital indi-

vidual signado por el cortoplacismo. La estabilidad de las previsiones no repercute en la competencia del mercado de capitales, ya que la evaluación de todo proyecto de inversión, priorita el riesgo de falta de liquidez al monto de capital avanzado y la factibilidad del proyecto depende de que si se efectiviza en un plazo que supere el de las obligaciones de mediano término en el mercado de capitales su retorno supere ampliamente al rendimiento del dinero caliente. De allí que los grandes emprendimientos capitalistas, según quedando en manos de la mixtura entre estado y grandes corporaciones, con la ausencia y participación de la banca privada internacional que posea liquidez o de las instituciones financieras internacionales para la realización de la restructuración industrial.

Los países europeos de la CEE requieren en su momento, un rol activo del Estado en su proceso de reconversión, incluso en el caso de priorizar las privatizaciones, las cuales permitirían incrementar la concentración y resaltar la contradicción entre rentabilidad por la obtención de activos desvalorizados o la que proviene de las colocaciones financieras especulativas en valores de rápida disponibilidad.

En el caso de los EEUU, el violento ajuste creado por la esteatía de endeudamiento internacional y por la feróz competencia con la apertura indiscriminada, motivó una recomposición de la capacidad productiva instalada, la generación de nuevos servicios y una mutación de los procesos de trabajo. La incorporación acelerada de tecnología de punta, desde finales de los '70, fue producto de la competencia internacional especialmente en los productos resultante de la segmen-

tación de las ramas e industrias de Alemania Occ. y del Japón, y de la estandarización agresiva de las NICs (Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Brasil...).

Desde los 80 la incorporación de tecnologías de punta en microindustrias de capital, desarrolla también formas alternativas de reproducción, con capacidad productiva y eficiencia en la rentabilidad, permisiva a una inserción destacada en el comercio internacional. Dos economías se van a destacar en dicha forma de crecimiento, son las de Canadá e Italia, en las cuales conviven los mecanismos propios de los sistemas productivos altamente concentrados en tejidos parciales de microindustrias empresariales.

El caso del Japón y de los países de la Cuenca del Pacífico posee la particularidad propia de aquellos procesos que se reconvierten desde los inicios de la crisis mundial. A finales de los 60 fueron adaptando su crecimiento incorporando nuevas formas tecnológicas, basadas en las particularidades de sus mercados de capitales y laborales:

- la captación constante del ahorro interno efectuada por sus estructuras financieras, que tienen un bajo nivel de apertura internacional y un eslabonamiento sectorial dominado por los captadores originales de recursos (control del sistema por las mutuales, cajas de seguros y de pensiones, grupos cooperativas, sobre los bancos y comercializadoras financieras).
- el disciplinamiento laboral resultante del control al interior del proceso de trabajo en la propia unidad empresarial. El mercado laboral se presenta como de baja movilidad interna y estructurado en forma corporativa.

Para los países en vías de desarrollo la adecuación al proceso de apertura internacional estuvo generada por la restricción financiera.

En el caso de Brasil y México, encontramos que la desamortización producida por el ajuste no es acompañada por nuevas formas de reproducción empresarial, sino que —por el momento— prosiguen las pautas tradicionales de la concentración del capital financiero, modificando la composición de las fracciones individuales en el conflicto intracapital, al mismo tiempo que atomizando las formas organizativas sindicales.

En el momento actual para los países sometidos a restricción financiera la posibilidad de desarrollar el tejido productivo a través de unidades empresariales que requieran un avance reducido de capital resulta una de las formas más adecuadas para producir un impulso a la oferta productiva con cierto grado de independencia de las fluctuaciones del sistema financiero. Estas formas empresariales que pueden efectuarse con innovaciones por parte de la gestión de la fuerza de trabajo (autogestión y cogestión) y una modernización en los procesos de trabajo (neotaylorismo y neofordismo) pueden potenciar los output sin una creciente relación capital/producto. En función de lo precedente es importante destacar esta posibilidad de utilización de formas empresariales y de gestión de la fuerza de trabajo que puedan ser usadas para disminuir los efectos de la restricción financiera. De todas formas queda como necesidad la formulación de propuestas alternativas sobre el sistema financiero que modifiquen los marcos parámetros del sistema que limitan el financiamiento productivo.

de actividades que las relacionan con los demás agentes sociales, y a distintos niveles: a) internamente (división familiar del trabajo, en términos sexuales y generacionales, en actividades que producen ingresos y aquellas que producen bienes por medio del trabajo doméstico); b) con otras unidades familiares a través de redes vecinales y de parentesco; c) con el mercado de trabajo y de consumo; d) con diversas instituciones de la sociedad civil y con el estado.

Un ejemplo tal vez permita aclarar lo anterior. En una reciente investigación se analizaron las estrategias implementadas por las unidades familiares de la zona del GBA tendientes a satisfacer las necesidades alimentarias. Si bien las familias encuestadas se proveen predominantemente de alimentos a través de compras individuales en los supermercados, en algunos casos en supermercados de la zona, ninguna de ellas dejó de recurrir a mecanismos alternativos que les permiten suplir los requerimientos no cubiertos por ese medio: el 80% de las familias recibe el PAN, más del 60% retira la leche de los programas de salud materno-infantil, alrededor del 50% hace uso del servicio de comedores escolares (en escuelas públicas y de la iglesia católica), un 30% el utilizarlo del cercano comedor de la Secretaría de Desarrollo Humano y Familia, casi un 20% envía los niños a comer a casa de parientes o vecinos en caso de necesidad. El 40% ha participado en alguna oportunidad en compras en conjunto, que abarcan precios al comprar a mayoristas en gran escala.

En las familias estudiantes (el 60% inserta en relaciones informales de trabajo, sin subsidios familiares, aportes jubilatorios ni obra social), la participación en algunas opciones alternativas de consumo que disminuye el nivel de ingreso familiar. Es lo que hace a la división familiar del

trabajo, es a la mujer a quien le corresponde hacerse cargo de los arreglos domésticos alrededor de lo alimentario. Aun en los casos en que trabaja fuera del hogar, la madre es responsable del contacto con estas pautas para solicitar determinados beneficios, es quien recoge la caja PAN, lleva los niños a consulta médica lo que le da acceso a la leche distribuida en los centros de salud, cubre o destaca a los comedores públicos y participa en compras comunitarias (Hirtz, 1987).

El acceso a los alimentos en estas unidades domésticas² demanda la movilización de la fuerza de trabajo. Con el fin de maximizar los ingresos que permiten consumos monetarios, pero incorporando también bienes y servicios que no provienen de consumos monetarios, dentro de los cuales la participación estatal resultó relevante en el caso estudiado.

Estrategias de reproducción y reproducción de la sociedad

La pregunta anterior (¿cómo se reproducen los sectores populares?) debería ser complementada con otra: ¿cómo se relacionan las condiciones de reproducción de estos sectores con la reproducción de la sociedad en su totalidad?

El primer interrogante es el que ha guiado a la mayoría de los estudios sobre estrategias, que en general constituyen descripciones más o menos acabadas de los comportamientos reproductivos de las unidades familiares. El segundo pone énfasis en las relaciones entre las condiciones de reproducción de los sectores populares y la sociedad en su conjunto. Para decirlo de manera muy simple, desde esta perspectiva, la pregunta por la reproducción no se detiene en el análisis de las estrategias de los individuos, familias o grupos por sí mismos. Se interesa por la forma en que su reproducción es resultado, pero a la vez se revierte sobre el funcionamiento global de la sociedad, en términos que no sólo son económico-sociales sino también políticos.

Como primer paso es necesario resaltar que los comportamientos individuales y familiares (microsociales) a pesar de la amplia variedad que puedan presentar la especificidad que adquieren en el seno de cada unidad doméstica particular, no pueden ser comprendidos al margen del espacio macrosocial en que se accionan e inscribe. Las sociedades en su conjunto, y las clases, fracciones y grupos que las componen se reproducen por medio de las prácticas sociales de los sujetos individuales y colectivos (Oliveira y Salles, 1986).

Si las prácticas sociales cotidianas no son escindibles de las estructuras sociales constituidas en el largo plazo, cabe preguntarse por las mediaciones a partir de las cuales se relacionan. Los comportamientos de los sujetos sociales son conformados (pero a la vez conforman) alternativas que se le presentan como posibilidades objetivas. El concepto de estrategias sociales como nexo entre elecciones individuales y estructuras sociales, en tanto remite más que a acciones racionales guiadas por normas y valores interiorizados a opciones posibles. Las relaciones sociales aparecen a los individuos como una estructura de opciones, es decir, como relaciones entre sus actos y las consecuencias de éstos (Przeworski, 1982). Cuando el sujeto actúa dentro de condiciones sociales que determinan objetivamente las consecuencias de sus actos, por medio de la propia experiencia y conocimiento de las relaciones sociales, desde sus contornos reales de vida (Przeworski, 1982). Las relaciones sociales operan, en todo caso, como "restricciones paramétricas" a los comportamientos individuales que, dentro de ciertos límites, los comportamientos individuales sean indeterminados desde el punto de vista social.³

Cuando el análisis se dirige de la sociedad hacia la familia (de manera microsocial) las opciones se integran en "mecanismos y comportamientos" que configuran las estrategias de reproducción

de las unidades domésticas. Retomando el ejemplo recién utilizado, las relaciones sociales imponen restricciones al comportamiento alimentario de las unidades familiares, por lo menos a tres niveles: a) el referido a aquellos aspectos que son determinantes en el consumo de alimentos (ingreso, y por lo consiguiente la temática del empleo y precios de los alimentos); b) las opciones locales a las que se enfrentan las familias cuando las limitaciones impuestas por estos aspectos los obligan a recurrir a alternativas que exceden el marco del salario y los consumos mercantilizables, las que —como se vio más arriba—

familiares y la de la sociedad en su conjunto, sería necesario preguntarse por qué son socialmente generadas ciertas opciones. El concepto de reproducción de la fuerza de trabajo constituye una mediación adecuada.

Aunque la reproducción de la unidad doméstica haga referencia a "una estrategia compartida y solidaria de sus miembros encaminada a lograr la continuidad de la unidad y la familia en el tiempo" (Margulis y Turán, 1986), en las sociedades en que las relaciones capitalistas de producción son dominantes, parece imposible independizar el análisis de las esta-

por las del consumo (por ejemplo, las características urbanas que hacen necesarios ciertos recursos para el consumo (Topolov, 1979). En ese sentido puede decirse que son objetivas, condicionadas por la propia estructura de las prácticas del trabajo, pero también las que realizan fuera de ésta. Es necesario tener presente lo que desde el funcionamiento global de la sociedad puede ser visto como una [exigencia objetiva] desde los trabajadores o una expresión en forma distinta, en tanto a su ciclo de inversión y revalorización (Topolov, 1979).

Las necesidades son la interiorización de las exigencias objetivas de la reproducción. Son forma subjetiva, correspondiente al momento en que las exigencias externas son incorporadas por los trabajadores, pero no en un proceso individual: las necesidades son social, cultural e ideológicamente conformadas en cada etapa histórica. Cuando las exigencias objetivas son colectivamente asumidas por los trabajadores y se manifiestan en formas organizativas, sólo entonces se puede hablar de reivindicación (Topolov, 1979).

Como indica este autor, no siempre las necesidades son cubiertas por el salario directo, que es pagado por el empleador de acuerdo al tiempo de trabajo empleado, lo que debería abarcar el mantenimiento cotidiano de la fuerza de trabajo y su reposición en el tiempo, lo que implica la generación de nuevos trabajadores y la manutención de los que se revalorizan del mercado de trabajo por vejez e invalidez. Por Topolov, en el capitalismo las exigencias de la reproducción de los trabajadores sólo son reconocidas por el salario directo de manera parcial, que cubre las necesidades más inmediatamente satisfechas al consumo de la fuerza de trabajo en la producción.⁴

Parte de las necesidades deben ser cubiertas por el estado a través de una serie de prestaciones que constituyen un salario indirecto, que no se paga en correspondencia a una relación de trabajo determinada, sino en forma de bienes y servicios públicos y privados. Entran aquí educación, salud, alimentación, agua, gas, electricidad, servicios culturales y deportivos, transporte público, vivienda subvencionada, infraestructura urbana, seguridad social, etc. En conjunto constituyen un "sistema público de mantenimiento de la fuerza de trabajo", cuyo origen se encuentra en las luchas desarrolladas por los trabajadores exigiendo el reconocimiento social de los bienes excedidos del salario directo (Topolov, 1979).

Desde la perspectiva microfamiliar estas opciones generadas por el estado constituyen alternativas a las que las unidades domésticas recurren en la construcción de sus estrategias reproductivas, y son de vital importancia en países con larga trayectoria en producción estatal en la reproducción de los trabajadores, como es el caso de Argentina.

Sin embargo, las estrategias son sólo un tipo de mecanismo a las que los sectores populares recurren para hacer frente a sus necesidades. Las acciones reivindicativas expresan otra modalidad de acción social. Siguiendo como el ejemplo de la temática alimentaria, en varios países de América Latina, donde estos problemas tienen masivamente una historia más larga que en el nuestro, se manifiestan en presiones sobre el capital (comedores en fábricas, parte del salario en alimentos a precios no sujetos a inflación) sobre el estado (demandas de centros de distribución de básicos, controles populares de precios). En algunos casos se expresan en formas de organización autogestivas, como las unidades de producción colectiva, que afectan los patrones de consumo. De hecho los bienes o consumos (incluso entre los sectores sociales más desposeídos) no son simples objetos destinados a satisfacer necesidades. Es dentro de ciertos límites, los comportamientos individuales sean indeterminados desde el punto de vista social.³

Cuando se analiza el proceso globalmente, los requerimientos de la reproducción ampliada de los trabajadores (y no en tanto fuerza de trabajo) están socialmente determinados por las condiciones generales de la producción pero también

son frecuentemente utilizadas por las familias; c) los condicionantes culturales e ideológicos que afectan los patrones de consumo. De hecho los bienes o consumos (incluso entre los sectores sociales más desposeídos) no son simples objetos destinados a satisfacer necesidades. Es dentro de ciertos límites, los comportamientos individuales sean indeterminados desde el punto de vista social.³

Si se pretende captar las relaciones entre la reproducción de las unidades



Crisis y supervivencia: estrategias de reproducción

Susana Hintz





trabajos sobre estrategias ni hacen referencia, y sin embargo son de singular importancia desde el punto de vista del papel social que éstas cumplen.

Cuando la búsqueda de mejores condiciones de vida se manifiestan en acciones colectivas orientadas a que el capital o el estado reconozcan su necesidad, se está intentando en cambio que estas reivindicaciones sean satisfechas por canales que exceden el propio esfuerzo de los trabajadores. Interesa destacar lo se pretende avanzar en la forma en que las estrategias de reproducción inciden en el desarrollo social. A su vez, podría pensarse que las estrategias familiares, en la medida que contribuyen a la permanencia o mantenimiento de la posición de los individuos, familias y grupos en la sociedad, contribuyen también a reproducir la estructura de clases (Saint Martin, citado por Oliveira y Salles, 1986).

Desde la óptica del capital el funcionamiento de las estrategias cumple un papel importante: impide que las necesidades no cubiertas se conviertan en presiones sobre el salario o derivan en formas incontraídas de conflicto social. Permiten mantener bajo el costo de reproducción de la fuerza de trabajo al resolver por fuera del salario regular (o del ingreso informalmente percibido) parte de la reproducción de los sectores populares.¹ Explican además lo que muchas estadísticas no aclaran: que siga viviendo gente con el nivel de gastos que figura en los primeros estratos de ingreso de las encuestas, o con los índices de desempleo y subempleo que caracterizan a los países capitalistas atrasados.

Estrategias de reproducción y acciones reivindicativas

Respecto de la distinción, tomada de Topolov, entre necesidades y reivindicaciones hay que hacer notar que —en general— los estudios sobre movimientos sociales exploran las formas en que las presiones colectivas por la reproducción se expresan en reivindicaciones, mientras que las investigaciones sobre estrategias se centran en los "mecanismos y comportamientos" (Argüello, 1981) implementados por las familias en torno a la reproducción, incluyendo redes vecinales y de parentesco. El estudio de estos fenómenos ha constituido en las ciencias sociales

latinoamericanas, campos teóricos y de investigación autónomos.

Sin embargo, detrás de las reivindicaciones se encuentra un denso sistema de relaciones que las articula con las estrategias en un mismo proceso. Comportamientos adaptativos y de resistencia social se expresan, se limitan y se potencian reciprocamente en cada coyuntura social específica, aunque se desarrollen desigualmente. Los resultados de una lucha reivindicativa exitosa (la obtención de un comedor o un centro de salud en un barrio) constituyen en otro momento opciones a las que las familias recurren cuando organizan sus estrategias.

El tema de la reproducción de los sectores populares que aquí nos preocupa, necesita incorporar, para ser cabalmente comprendido, los flujos y reflujo de las luchas prolongadas por estos sectores. Hay "un momento de fusión de conflictos y reivindicaciones" (Kowarik, 1984) que es analizado por los estudios sobre movimientos sociales urbanos. Momento en que la aparición de nuevas posibilidades históricas permite reorganizar la experiencia generando prácticas transformadoras de la propia realidad; son tiempos en que se ponen en tensión los mecanismos reproductivos que hacen que a distintas escalas de lo social, la reproducción incluya el cambio.

Los elementos de fusión se sustentan, entre otros muchos, en las estrategias. Es así como sentido que el campo de las necesidades-estrategias es inescindible por sus necesidades-reivindicaciones. El abandono de formas colectivas de lucha requiere en muchos casos de un refugio hacia formas familiares y vecinales de organización de la reproducción. O a la inversa, su superación por mecanismos sociales más amplios cuando el avance de las acciones sociales así lo permite [en común estrategias y reivindicaciones constituyen una manera de "vivir lo social" por parte de los sectores populares en el capitalismo tardío y constituyen una rica experiencia que puede ser volcada en formas de organización de los sectores populares en la elaboración y gestión de políticas públicas]. Después de todo, ¿quién sabe más sobre sus propias necesidades que aquellos que las sufren? Como reflexionaba un integrante de la villa miserica a la que se hizo referencia más arriba: ¿por qué hay "puestos de abaratación" en Belgrado

y no delante de una villa. ¿No los necesitamos más nosotros? (6).

NOTAS

¹ El desarrollo del concepto tiene ya una larga historia. La discusión sobre las estrategias comienza desde el nombre de las denominadas "sobrevivencia", "de existencia", "familiares de vida". Según la mayoría de los autores que trabajan en el tema, la paternidad del concepto corresponde a J. Duque y E. Pastana, quienes analizaron las "estrategias de supervivencia económica" de las familias de pobladores de campamentos en Santiago de Chile a comienzos del '70. Torrado, 1981. Una definición lo suficientemente amplia como para abarcar buena parte de las propuestas, sostiene que las estrategias son "los comportamientos y arreglos que se hacen en el ámbito de las familias para enfrentar los problemas de 'existir' o 'vivir'" (Rodríguez, 1981). Las variaciones en el uso del concepto incluyen a los actores sociales involucrados, aunque en general las investigaciones se ocupan de aquellos grupos "excluidos de los beneficios del orden económico y subordinados desde el punto de vista de la organización sociopolítica importante" (Rodríguez, 1981). También a los contenidos (cuáles comportamientos deben ser incluidos en las estrategias) y las formas en que se relacionan con los modos de desarrollo. Hay consenso, sin embargo, en que la unidad de análisis más adecuada para su estudio son las familias y que las estrategias son una lógica reconstruida por el proceso de investigación, "lo que no significa atribuir conciencia a los actores" sobre sus comportamientos reproductivos (Rodríguez, 1981).

² Un hito, por lo que se abren no supeado, sobre las principales posturas fue realizado en el Taller sobre Estrategias de Supervivencia llevado a cabo en CEUR en 1980. Los principales trabajos fueron publicados en *Economía y Demografía*, vol. XVI, núm. 2, El Colegio de México, 1981. donde figuran los mencionados de Argüello, Torrado y Rodríguez.

³ Sin desconocer que no son conceptos exactamente equivalentes, se usan en forma indistinto los términos de familias y unidades domésticas.

⁴ En un ejemplo sobre este aspecto, Przeworski señala que si bien la dinámica psicológica puede explicar las razones por las cuales algunas mujeres optan por trabajar y otras no, el estudio de las estrategias puede dar por resultado una dinámica social. El procedimiento parece ser inverso: las relaciones sociales estructuran las opciones en las cuales puede entrar en juego la dinámica psicológica (Przeworski, 1982).

⁵ Aunque para Topolov no constituyen una necesidad que se pueda diosiar del salario

directo, en los países periféricos los alimentos también forman parte del salario indirecto. Como ejemplo bastaría señalar que en 1985 en la Argentina alrededor de 6 millones de personas recibían la caja PAN o que un 20% de la población escolar era atendida en comedores escolares.

⁶ Una de las críticas realizadas a la utilización del concepto de estrategia en relación a la temática de la reproducción de la fuerza de trabajo supone un "económico impficio" que las subsumiría en las formas en que el capital minimiza el costo de reproducción de la fuerza de trabajo gracias a la existencia de estrategias, restringiendo el peso de los niveles políticos e ideológicos en el análisis (Rodríguez 1981). Esto parece suponer que la reproducción material de la fuerza de trabajo puede realizarse al margen de estas dimensiones. Se podría añadir que la participación del estado en la reproducción de la fuerza de trabajo incorpora elementos ideológico-políticos que tienen que ver con el establecimiento de la hegemonía de un sector social sobre el conjunto de la sociedad.

⁷ Se refería a los centros de abastecimientos a precios económicos de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires en el barrio de Belgrano.

Bibliografía

- Hintze, S. (1987). "Estrategias alimentarias de sobrevivencia", Informe de investigación presentado al CONICET.
Duque, J. y Pastana, E. (1973). "Las estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector popular urbano: una investigación exploratoria". Programa ELAS/CELADEF, Santiago de Chile.
Kowarik, L. (1984). "Los caminos del encuentro. Reflexiones sobre las luchas sociales en S. Pablo", *Revista Mexicana de Sociología*, año XVI, núm. 4.
Margolis, M. y Tuzan, R. (1986). *Desarrollo y población en la frontera norte: el caso de Reynosa*. El Colegio de México.
Olivieri, O. y Salles, V. (1986). "Reproducción social, población y fuerza de trabajo. Aspectos conceptuales y estrategias de investigación", Ponencia preparada para el III Reunión Nacional sobre Investigaciones Demográficas, México.
Przeworski, L. (1982). "Teoría sociológica y el estudio de la población: reflexiones sobre el trabajo de la Comisión de Población y Desarrollo de CLACSO", en *Reflexiones teórico-metodológicas sobre las investigaciones en población*. El Colegio de México.
Topolov, C. (1979). *La urbanización capitalista*. México, Edicol.

Desindustrialización del mercado de trabajo y reproducción de la Fuerza laboral

Oscar Colman y Arnaldo Bocco

"Proceso" y el mercado de trabajo

El proceso de desindustrialización y de modificación de los mercados de trabajo debe ser analizado desde una perspectiva más amplia para comprender los cambios profundos operados en la base de funcionamiento del capitalismo argentino en la última década.

La política económica aplicada a partir de 1976 generó una serie de transformaciones que más tarde habrían de modificar el funcionamiento del proceso global de acumulación de capital vigente en el país desde los años posteriores a la crisis de los años 30.

El modelo de sustitución de importaciones y la orientación del progreso y acumulación de capital mirando hacia el mercado interno que había predominado en la esfera del Estado desde las políticas proteccionistas a la industria aplicada después de la Segunda Guerra Mundial, reciben un ataque devastador con el programa de la dictadura en 1976.

La desarticulación de la industria local inducida bajo la tutela de un Estado que protegió los intereses de una débil burguesía nacional y favoreció al mismo tiempo la reproducción de un vigoroso sector de industrias altamente concentradas por el capital monolítico, fue completada por la reducción del empleo en la producción de los sectores reales y la manifiesta disminución de los salarios de la fuerza de trabajo en su conjunto.

El proceso modificó las pautas generales de acumulación de capital en la esfera de la producción y en el sistema de reproducción de los intereses vinculados a la política financiera. La política de shock frente a la industria, la apertura de la economía y la predominancia de un creciente poder controlado por los propietarios del capital-dinero, promovieron la construcción de un nuevo bloque de poder económico que a lo largo de un ciclo relativamente mediano de tiempo se apoderó del liderazgo, expresado en el control del proceso de acumulación. Que después de la democracia se derramó hacia esferas de carácter más politizado.

El derrumbe del modelo autoritario se inició en 1980, momento en que la fuga de capitales y el crecimiento de la deuda externa comenzaron a hacer prácticamente ingobernable la política económica. Desde 1975 hasta el presente —a diferencia de otras experiencias de capitalismo periférico— los procesos de ajuste tuvieron siempre más influencia de la paridad neoliberal y la base monetaria de los enfoques keynesianos o kalleckianos de política económica, más bien orientados a expandir el gasto público y la inversión con el objetivo de alcanzar el crecimiento por medio de un desarrollo de la demanda efectiva.

Esos modos de ajuste debilitaron permanentemente los ingresos de la fuerza de trabajo —cuando no empujaron a grandes masas de ella al desempleo o la flotante marginalidad social— al mismo tiempo que recurrieron al modelo clásico de ajuste fiscal para hacer absorber al Estado y a la sociedad en su conjunto el precio de los infortunios de la corrupción y el endeudamiento y la transferencia de obligaciones

contraídas por los grupos más oligopólicos del capital. Más tarde, por el sistema de licuación de pasivos o de estatización de la deuda, el conjunto de los argentinos fue obligado a afrontar los compromisos de un endeudamiento externo que sólo benefició a un "selectivo" grupo de capitalistas muy dinámicos que ejercieron un cerrado control de los principales conglomerados económicos que usufructuaron de este perverso esquema.

Con estas transformaciones se movilizó

y servicios a un contrasentido capitalismo clásico, el predominio del sector bancario terminó —además de otras consecuencias— organizando las inversiones productivas y el empleo en el sector real de la economía.

De este modo, la reproducción de un voluminoso sistema de especulación dineraria rápidamente fue absorbiendo las ganancias de capital productivo dado que las colocaciones en especulación de corto plazo o el "maravilloso juego del dólar" resultaban ser notablemente más satisfac-

no pocas esperanzas la sociedad esperó cambios profundos, al menos en materia de política económica. Eso quiere decir, que una política que revertiera los ejes de la dominación dineraria sobre el capital productivo, creando las condiciones que desarticulaban —política y económicamente— la acumulación en la denominada "Patria Financiera".

Observando el desenvolvimiento de las tasas de interés y el predominio de la manera que el sector financiero disciplina a la economía real, cuesta entender de qué modo el capitalismo puede reproducirse en un país en que el costo del dinero en términos reales asume magnitudes insuperadas para cualquier economía del tercer mundo.

Pero más grave que ello es la repercusión de semejante política sobre los ingresos de la fuerza de trabajo y sobre la ocupación. Es necesario resaltar que la tendencia estacionaria de la economía que absorbe una mayor cuota de empleo productivo, se encuentra estacionada en el caso de algunas ramas o en retroceso en el caso de otras actividades. El deterioro del mercado interno y la caída manifiesta de los salarios reales reduce las posibilidades de la industria local, y sin una dinamización de la economía doméstica, parece imposible asumir una hipótesis de recuperación de la producción para penetrar la porosidad de los mercados internacionales.

De este modo, en una economía dominada por la ausencia de inversiones reproductivas y con una herencia que destruyeron los mercados de trabajo y redujo el empleo, el problema de la crisis adquiere una relevancia de enorme gravitación, puesto que la sociedad enfrenta —por los consabidos problemas de falta de inversiones y por el cierre de importantes fuentes de trabajo— la amenaza de ver expandirse el desempleo abierto, el cuentapropismo o, virtualmente, empujar a un creciente grupo de trabajadores hacia las diversas formas de empleo precario.

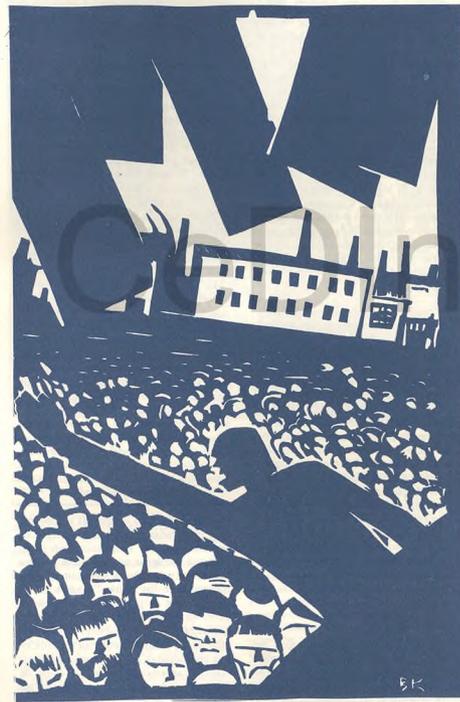
Mercado laboral y condiciones de reproducción de los trabajadores. Salario y dispersión obrera

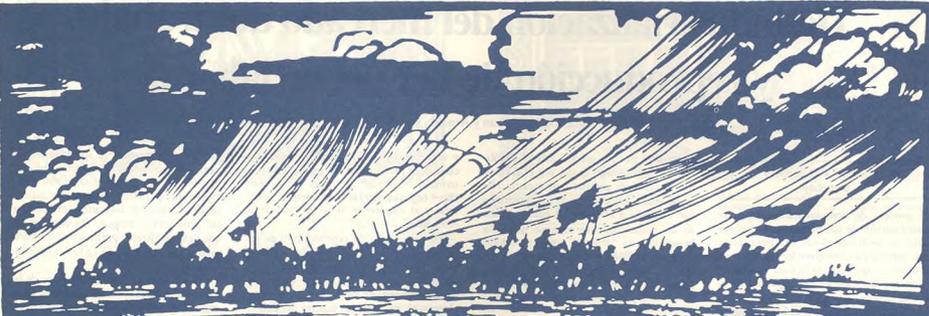
Acompañando el efecto desindustrializador que el predominio del capital-dinero sobre la esfera productiva genera en la economía real, habrá de producirse la desvalorización histórica de la fuerza laboral. Mientras que durante el período 1960/75 existió una tasa de crecimiento de las remuneraciones reales de los trabajadores, del orden del 1% anual acumulada, a partir de 1976 habrá de darse un proceso inverso: el nivel general de las remuneraciones brutas reales habrá de caer en un 35% en los años siguientes, a una tasa anual del 8,2% de este mismo lapso, las remuneraciones industriales decaen menos que el promedio general de los asalariados, de todos modos sufren una reducción del 17,5%.

No obstante, la desvalorización de la fuerza de trabajo no se restringe a su incidencia sobre el nivel salarial, sino que se expresa con efectos determinantes sobre la estructura del empleo y el mercado de trabajo. Entre éstos cabría mencionar:

Patria financiera y empleo precario

Con la llegada de la democracia, con





a) la notoria reducción del empleo industrial; b) el crecimiento del empleo en el sector terciario de la economía (construcción, finanzas, comercio y servicios); c) la expansión del ámbito informal de trabajo, donde coexistió a lo largo una parte de la fuerza de trabajo expulsada del sector industrial y los sectores desocupados, de nuevo ingreso en el mercado laboral; d) la expulsión del mercado interno de un número considerable de trabajadores migrantes de países vecinos.

Este proceso de desvalorización de la fuerza de trabajo habría de incidir negativamente sobre el conjunto del movimiento obrero, cuyos miembros pasan de constituir un conjunto salarialmente homogéneo y centralmente organizado a convertirse en una expresión desestructurada, con un alto grado de dispersión y diferenciación salarial, transformados por el proceso de desindustrialización y atomizada desde el punto de vista de las condiciones sociales de reproducción, tanto a nivel nacional como en cada una de las expresiones regionales.

Pero no sólo habría de producirse un descenso generalizado del nivel de vida de los asalariados junto con la caída del empleo productivo, sino también una fuerte modificación de la estructura de las remuneraciones, perdiendo importancia sobre las asignaciones totales el salario básico y el establecido por convenio y bonificaciones y horas extras.

Una política salarial de estas características, al atacar contra las formas tradicionales de organización de los sectores laborales, resultaba clave para la implementación de la estrategia global del proyecto económico militar, toda vez que imponía un principio de concentración directa con los trabajadores, al margen de la gestión sindical, logrando imponer condiciones de intensidad del trabajo y de productividad que de otra manera hubiera sido difícil obtener.

Los efectos de la recesión

De esta manera, habría de desencadenarse en el país uno de los períodos más dramáticos dentro del proceso histórico de la acumulación capitalista. Durante su desarrollo, el sector industrial habría de experimentar una desacumulación que, en su fase reactiva más aguda (1975/80), alcanzaría un ritmo anual del 3,2%. El cierre del 18% de los establecimientos fabriciles en el lapso que va entre 1975 y 1982, arrastraría una porción considerable de la clase obrera, que habrá de reducirse en un 40% en el mismo período. Esta

alteración será acompañada por un conjunto de transformaciones que habrán de incidir en la nueva configuración del mercado de trabajo. Entre las mismas cabría mencionar la reducción del ritmo de crecimiento de la población y de sus componentes migratorios y naturales, procesos que culminarían por morigerar la presión sobre la oferta laboral que, de otra manera, habría mostrado valores más cercanos a la realidad de crisis social que generó. A los contingentes de trabajadores expulsados del país, habría que agregar aquellos obligados a retornar a su lugar de origen lo que arrojaría como resultado la imagen de una redistribución geográfica de la población. De esta manera habría de configurarse el nuevo mapa de la extrema pobreza en el país, que abarcará a un 30% de la población.

El cuadro de desindustrialización no estaría completo si no agregáramos al análisis, uno de los efectos más significativos registrado por los indicadores económicos. En primer lugar, habría que hacer referencia al índice de actividad del sector industrial, el que entre 1975 y 1982 experimentó una reducción del 12% en términos globales, lo que habrá de provocar significativos desplazamientos en la estructura ocupacional. Este hecho habrá de reflejarse en las diversas formas que adoptará la subutilización del trabajo. En este sentido el desplazamiento en la estructura ocupacional de los actividades laborales típicamente industriales hacia la esfera del comercio, los servicios financieros, sociales y personales habrá de constituirse en el signo característico de esta fase.

Cuentapropismo y el mito de la "movilidad social"

Paralelamente a este proceso habrá de darse otro movimiento de terciarización de la economía, cuyo efecto sobre el mercado de trabajo se expresará a través del incremento de las actividades tradicionalmente consideradas como "independientes", connotando significaciones de "movilidad social ascendente" (trabajadores por cuenta propia, familiares y patrones), sector que verá incrementado sus filas en un 20% durante el período en consideración. No obstante, cabe mencionar que, contrariamente a lo esperado, la fantasía del ascenso social promovida por el gobierno militar no llegó a concretarse. En primer lugar, porque entre los miembros que constituyen este sector se encuentran vastos contingentes de trabajadores no profesionales semi o no calificados, los que habrán de experimentar un descenso

en sus ingresos medios comparados con los de sus pares ocupados en el sector industrial.

Los mitos vinculados a la "movilidad social" alimentaron también la imagen de que una parte considerable de los desocupados industriales pasaron a engrosar este sector. Lo que la información muestra es algo muy distinto: sólo menos de un tercio de los expulsados por el sector industrial buscó refugio en el cuentapropismo. El resto deberá ser considerado como parte de la desocupación abierta.

Por otra parte, esta tendencia de los TCP (trabajados por cuenta propia) no profesionales y semi o no calificados a ver reducidos sus ingresos con relación a los asalariados industriales, aunada a la desprotección generada por la pérdida de todo tipo de cobertura social y al incremento real del tiempo de trabajo semanal, convierten a esta figura laboral —más que en un refugio temporal que posibilita la reproducción de la fuerza de trabajo— en uno de los ámbitos más descañados del nuevo proceso de valorización de capital. Por eso será difícil sostener que más que una vía de escape a la demanda del cuentapropismo adopta la imagen exterior de una forma transitoria de reproducción laboral, constituyendo en realidad la forma de un nuevo modelo de valorización.

Conclusiones y predicciones

Mostrado el hecho de que las consecuencias observadas son efectos perseguidos por una política económica, cabría no obstante consignar que si bien la política militar se orientaba a lograr una "jerarquización de los salarios" basada en los diferenciales de productividad, la misma entró en contradicción con las condiciones objetivas en que se desenvolvía la fijación de los salarios industriales, condiciones engendradas por las propias políticas económicas estatales: clima de cierre de fábricas y despídidos, decrecimiento sin resarcimiento de la demanda de mano de obra industrial y fortalecimiento de la disciplina laboral acompañada de represión de la acción sindical. La consecuencia fue la implantación de un sistema de concertación salarial directo, que incidió negativamente sobre los sectores menos calificados. De esta manera se generaban las condiciones para que se produjera un crecimiento del distanciamiento entre la mayor parte de los asalariados manuales y no manuales de menores ingresos y los asalariados manuales de ingresos superiores, de lo cual serían ejemplos el personal jerárquico de las diferentes ramas. Esta situación, por otra parte, aparece muy directamente

relacionada a las condiciones de reordenamiento interno y de disciplinamiento de la fuerza laboral.

Si finalmente, hacemos converger las diversas líneas desarrolladas en torno al comportamiento del mercado laboral, vendremos en sostener que: 1) en el transcurso del último decenio se ha venido desenvolviendo un acelerado proceso de desasalarización, producto tanto de la crisis reactiva que motivó la tendencia a la desindustrialización, como de las formas de reorganización productiva que se derivan del correlativo proceso de concentración industrial, y 2) consecuentemente se experimenta un desplazamiento del mercado de trabajo hacia formas de cuentapropismo y terciarización, que incorporan agentes profesionales y no profesionales, aunque absorbe menos de un tercio de los desocupados industriales. Esto permite inferir que si bien los procesos de desindustrialización y terciarización aparecen históricamente como momentos de un mismo desarrollo, el cuentapropismo puede ser interpretado —por lo menos de manera terminante— como una exclusiva respuesta al proceso de desocupación. Más bien habría que buscar sus causas tanto en el desenvolvimiento de novedosos rubros de servicios requeridos por sus nuevas modalidades de un consumo diferenciado, como en la organización empresarial clandestina del trabajo informal, puestas al servicio de nuevas formas de valorización y de modos de acumulación "salvajes".

En lo referente a las condiciones de reproducción de la fuerza laboral, cabría consignar: 1) la caída del salario real, con especial incidencia sobre los asalariados manuales y no manuales de menores ingresos; 2) la tendencia a la disminución de los ingresos medios de los TCP no profesionales semi o no calificados, a niveles inferiores aún que el de los propios asalariados industriales, con un marcado incremento de su jornada de labor; y 3) la pérdida de las diversas formas de salario indirecto por parte del sector de trabajadores informales.

A estas consideraciones, finalmente, habría que añadir los efectos más recientes, generados por el proceso de reconversión techno-productiva y de concentración de las ramas industriales, que tendrían fundamentalmente a agudizar las tendencias ya enunciadas a la desasalarización y la terciarización del mercado laboral, en condiciones de ingresos que no posibilitarían la reproducción de los agentes del trabajo.

1. La microempresa en el escenario de la desindustrialización

El proceso de desindustrialización, cuyos efectos sobre el campo de la ocupación analizáramos anteriormente (Colman-Bocco, 1987), se presenta mostrando movimientos internos de franca contradicción. Por una parte, será expresión de una voluntad política de generar las condiciones de reinserción de nuestra estructura productiva en el mercado mundial. Fomentar la eficiencia a partir de la competencia; eliminar toda forma de cobertura estatal, tanto crediticia como arancelaria; no producir todo o cualquier cosa sino aquellas en las que tengamos ventajas comparativas; y sobre todo equiparar el disciplinamiento, nivel de ingreso y de (des) organización de la fuerza de trabajo nacional en relación con las situaciones imperantes en el plano mundial, en particular con las de algunas economías asiáticas.

Es que luego de las crisis energéticas y alimentarias de la década del 70, fue claro que una de las más importantes salidas a la situación vivida en el panorama internacional consistió en mecanismos de ajuste que incidían directamente sobre la fuerza de trabajo. Y este ajuste vino por dos lados: 1) por el de la innovación de la estructura técnica de la producción y de la propia organización del trabajo; 2) por la descentralización de la actividad productiva, que implicaba desasalarización e incorporación de nuevas modalidades en el uso de la fuerza de trabajo.

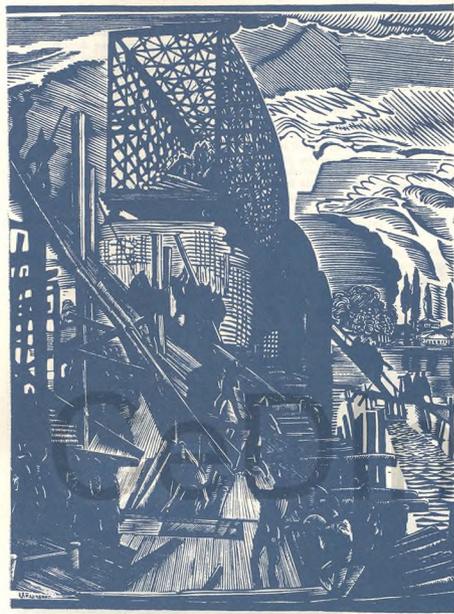
Es obvio señalar que este nuevo modelo de industrialización parecía portar una serie de rasgos inéditos, que implicaban un fuerte ruptura con sus precedentes. En primer lugar, la mutación de las fuerzas productivas, sustentadas por innovaciones en torno a algunas actividades dinámicas (la industria electrónica, por ejemplo), supusieron una profunda transformación adaptativa a los nuevos patrones tecnológicos. De esta manera, los tradicionales modelos de fase "fordista-tayloriana" entraron en crisis. Una crisis determinada por el hecho de que estas modalidades de organización productiva, que operaban a escalas masivas, altamente centralizadas y con complejos mecanismos de ajustes y equilibrios internos, fue generando —para garantizar su eficiencia— crecientes costos de gestión. Esta estructura y esta escala productiva carecían de la elasticidad necesaria para adecuarse a patrones tecnológicos que permitan ahorrar mano de obra. Lo cual posibilitó imaginar el fin de las empresas concentradas y descentralizar el proceso productivo, eliminando con ello las clásicas distinciones entre sectores o secciones, las especializaciones inherentes a ellas, las diferenciaciones salariales, la sincronización de ritmos productivos, etc.

El modelo "fordo-tayloriano" impuso al productor toda una dinámica de un encuadramiento de su fuerza de trabajo, un particular disciplinamiento de la misma, de la cual habría de derivarse —entre otros rasgos— modalidades revividas de organización sindical y organización eran propias. El pasaje de un modelo a otro imponía la necesidad de desasalarar a una parte considerable de la población ocupada, para reintegrarla bajo nuevos patrones de disciplinamiento y organización eran propias. El pasaje de un modelo a otro imponía la necesidad de desasalarar a una parte considerable de la población ocupada, para reintegrarla bajo nuevos patrones de disciplinamiento y organización eran propias. El pasaje de un modelo a otro imponía la necesidad de desasalarar a una parte considerable de la población ocupada, para reintegrarla bajo nuevos patrones de disciplinamiento y organización eran propias.

Esta tarea es una de las que pretendió asumir la política económica y sindical del Proceso en la Argentina. La desarticulación de la gestión industrial en el ámbito salarial será una prueba de ello. La búsqueda e imposición de la concentra-

La microempresa como ámbito de reproducción de la fuerza laboral

Oscar Colman



ción particular, por eficiencia y productividad, en el marco de cada empresa y con cada trabajador, aparece como una condición previa dentro de una estrategia por etapas. En la coyuntura, permitiría garantizar un elevado nivel de acumulación. En el largo plazo, generar las condiciones de modificación de la estructura productiva y de reinserción en el mercado mundial.

Este proyecto parece enfrentarse violentamente con las condiciones históricas del desarrollo del capital y de la organización empresarial en nuestra sociedad y, particularmente, cuando éste se analiza a escala regional. Inmaduro, a menudo inabordable, vulnerable, las formas del capital productivo en el país dependieron históricamente de las diferentes coberturas que le brindara el estado. Este decide desmembrarse de su rol paternalista y no sólo abandona su criatura a su suerte sino que la dieta política que limita sus marcos autónomos de realización.

Lo cierto es que El Estado Nacional dejará de operar en una dirección y, simultáneamente, deberá abocarse a asumir las consecuencias de sus políticas, tanto como a generar las mediaciones para su implementación.

Para orientar nuevos patrones productivos, en primer lugar, contó con el protagonismo de nuevos sujetos sociales. Los acompañó con políticas de fomento, en no pocos casos los dotó de tierra pública, y los asistió con obras de irrigación. Las gestiones mercadas de precios. Los integró financieramente y los apoyó crediticiamente.

En el campo fabril, abrió las puertas para el término externo de las empresas y finalmente convirtiéndolo en pasivos nacionales. Probablemente una parte de esos recursos financieros se hayan convertido en muchos casos en palanca de innovación tecnológica. En los más, apenas contubuyeron a calmar aprietos espurios. Pero todo ello, lejos de constituirse en un proceso de reconversión productiva y en fuente de ocupación, apenas transitó por la fase predominantemente destructiva. Eliminó ineficientes, pero no constituyó en un proceso de reconversión productiva y en fuente de ocupación, apenas transitó por la fase predominantemente destructiva. Eliminó ineficientes, pero no constituyó en un proceso de reconversión productiva y en fuente de ocupación, apenas transitó por la fase predominantemente destructiva.

Es que, a diferencia de la tendencia a la reconversión tecnológica que opera en el plano internacional, en nuestra estructura productiva la descentralización productiva se hace buscando la informalidad empresarial, es decir descargando sobre los hombros de los sectores del trabajo una serie de cargas sociales que brinda cobertura y condiciones de reproducción para sí y su familia. De esta manera, eliminando las diversas formas del salario indirecto, se reducen los costos internos, trasladando al trabajador la responsabilidad de su propia reproducción.

La conclusión que estamos proponien-

do es la de leer la presencia de una diversidad de microempresas familiares en el sector informal como una modalidad que adopta el modelo de acumulación de capital en la Argentina.

2. Microempresa e informalidad: su presencia en los diversos sectores económicos

En estos últimos años la temática de las microempresas, pequeñas unidades económicas, organizaciones económicas populares, etc., ha encontrado un creciente espacio en la preocupación de funcionarios, dirigentes políticos y científicos sociales. Y es que su presencia en el escenario de la organización económica mundial incorpora una diversidad de matices que indican mutaciones profundas en las formas tradicionales de producción, distribución y consumo.

Demás está decir que esta presencia, lejos de ser un voca, adquiere infinidad de manifestaciones distintas, indicadoras todas ellas de procesos particulares de articulación de los distintos agentes productivos, de nuevos modos de tejer la trama de relaciones laborales y de acumulación de novedosos patrones técnicos de producción y, por qué no, de actualizadas preocupaciones del afano y de renovadas recuperaciones de formas residuales de organización productiva.

Esta compleja gama de relaciones escape, sin lugar a dudas, a las simplistas tentativas de reducir este tipo de organizaciones económicas al papel de mero refugio estacional y/o cíclicos de la fuerza de trabajo desplazada de los ámbitos productivos empresariales y formales, o de reservorio de fuerza de trabajo disponible para ser absorbida en el caso de reactivación de la producción.

En este trabajo proponemos abrir una indagación acerca del papel que estas formas de ocupación desempeñan en el proceso de acumulación del capital y orientamos nuestra preocupación hacia la búsqueda de políticas que cumplan con el doble objetivo de generar empleos en condiciones de reproducción ampliada y recursos para un erario público empobrecido. La perspectiva que aquí adoptamos tiene fundamentalmente que ver con la ampliación de las condiciones de vida y de reproducción de los sectores del trabajo, así como de las formas de salario indirecto y de los servicios sociales que debe generar el estado.

En esta perspectiva, haremos referencia predominantemente a aquellas unidades económicas que, por sus características internas, tengan viabilidad de desenvolvimiento en el mercado, constituyan fuentes potenciales de empleo, puedan convertirse en sujetos de crédito, muestren flexibilidad para la adopción de criterios de gestión empresarial, racionalidad productiva e innovación técnica.

Si nos referimos a la estructura económica, estas unidades estarían situadas tanto en el ámbito productivo (agriculomero y manufacturero) como en el de la construcción y los servicios de mantenimiento. Esclareciendo que no todas aquellas unidades dedicadas al comercio y a los servicios personales.

En relación a la fuerza de trabajo que incorpora, esta está en tanto a formas de asociación de TCP, como a la asociación de microempresarios con ayuda-familias y la combinación de éstos con asalariados, y de microempresarios con asalariados.

Según su lógica de acumulación, estas unidades económicas podrían ser caracte-

rizadas como capitalistas o protoprecaristas, asociativas-distributivas, y familiares, casos éstos en los que la racionalidad económica parece predominantemente orientada por la lógica de la reproducción del grupo familiar, aunque con la posibilidad de generar excedentes.

De acuerdo a sus formas jurídicas, las unidades se clasifican en: cooperativas, cooperativas de trabajo, sociedades de hecho (en tránsito a la adopción de alguna forma jurídica), sociedades anónimas de trabajadores o meras empresas nominales.

Finalmente, si nos atenemos a su situación legal con referencia tanto a la fuerza de trabajo como al estado, pueden adoptarse las formas de empresas formales o informales. En el primer caso, algunos autores asociarían estas categorías con ámbitos productivos y con escala ocupacional de las empresas. El segundo tipo —que es el que hoy nos concierne— aparecería localizado a nivel de ramas como alimentación, bebidas y tabaco, cuero y madera, así como en el ámbito agropecuario, y estaría expresado por establecimientos de escalas que van de 6 a 15 ocupados.¹

Tanto en esta como en análogas visiones que consideran a las microempresas como refugio de la fuerza de trabajo y/o reservorio laboral de las empresas formales, el carácter de refugio o reserva que sólo perciben en ellas la función de espacio económico de reproducción de la fuerza de trabajo (a la manera de un espacio de reproducción económica), en el que se confunden la propiedad de la fuerza de trabajo y del capital, y por lo tanto, se constituyen como unidades oferentes informales de servicios. Si el marco de referencia unitario productivo sólo apareciera delimitado por la capacidad de las empresas formales de absorber la oferta de trabajo, careciendo de una espacio de gestión que les fuera propio, tampoco podrían garantizar su función mínima de reproducir la fuerza de trabajo. En consecuencia, proponemos diferenciar las formas de cuentapropismo que adopta modalidades laborales transitorias con la finalidad de proporcionar a esas unidades económicas que, sin llegar a adoptar una nacionalidad empresarial que genera y traslada excedentes.

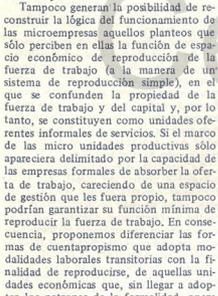


Fig. 1. La MESI (microempresa del sector informal) en el ámbito agropecuario

En el sector agropecuario será habitual encontrar unidades protoprecaristas o familiares, en ambos casos como expresión de formas de combinación de trabajo familiar y de tipo familiar. La diferencia de predominio de uno u otro agente productivo marcaría también la modalidad acumulativa adoptada por cada una de ellas. La distinta dotación de unidades de tierra y capital habrán de señalar también el umbral productivo en el que se mueve la unidad, ubicando su posición en el *continuum* que va del campesino al productor de mercancías.

En el sector de servicios, el tipo de unidades económicas que se encuentran tanto como de restricciones en el consumo, depende predominantemente no sólo de una adecuada combinación de los factores de producción sino también de la influencia de los patrones de cultivo y de los canales de comercialización. Y, por otra

parte, que su capacidad de retención del excedente generado depende de las opciones que disponga en todos estos planos. Una de sus restricciones más importantes consistirá en la tenencia precaria de parcelas fiscales, situación que al no ser regulada limita su acceso al crédito.

Esto mismo determina que la forma jurídica que adopta la empresa tampoco aparece delimitada, lo que agudiza su situación de informalidad.

Finalmente, en el marco del proceso productivo, aparecen a menudo ligadas tanto a empresas matrices agroindustriales, de las que son subsidiarias, como a circuitos de comercialización del capital de intermediación que opera en el sector. En el primer caso, adoptan patrones productivos por encargo, asumiendo los riesgos operativos. Dotados de insumos productivos y de fertilizantes, a menudo operan sobre precios de los cultivos fijados antes de iniciar el ciclo de cultivos. En resumen, este tipo de relación productiva que lo liga a las formas del capital agroindustrial constituye una de las fuentes principales de exacción del potencial excedente generado. De la misma manera, su relación con el mercado mediada por acopiadores, o representantes del agropecuario, se verá distorsionada ya sea por



Fig. 2. La MESI en el marco de la producción industrial y los servicios de mantenimiento

fijación de precios en fases que no integran los costos productivos, o por el marco de la selección, tipificación y estandarización del producto, a través del cual se los fijados precios que no reconocen la calidad de su producción.

Estos mecanismos —señalados a efectos ejemplificativos—, junto con una infinidad de modalidades confiscatorias que vienen operando y cuyo reconocimiento es aún motivo de estudio, contribuyen a limitar el tamaño de las unidades económicas —limitado a menudo por el proceso de capitalización de estas unidades productivas. Pero el elemento que lo constriñe a este tipo de relaciones radica, inicialmente, en el carácter jurídico de la explotación —limitado a menudo por la tenencia precaria de la tierra—, situación que lo aisla de líneas de financiamiento oficiales o más blandas y de la asistencia técnica que se ofrece a los niveles de racionalización de su explotación.

Desde el punto de vista de su inserción en el proceso productivo, este tipo de unidades económicas opera tanto en el ámbito de las manufacturas cuanto en el campo de los servicios de mantenimiento,

En relación a la fuerza de trabajo que incorpora y organiza, ésta estaría conformada por el conjunto de categorías de la estructura ocupacional, sujetas a una diversidad de combinaciones: 1) patrones y asalariados (empresa nominal clásica); 2) patrones y familiares (empresa familiar); 3) asociación de TCP (sociedades de hecho, cooperativas de trabajo); 4) trabajadores y cuadros técnicos (cooperativas, sociedades anónimas autogestionadas de los trabajadores); 5) patrones y destajistas (esternos); 6) patrones y trabajadores eventuales (unidad típicamente informal). Más allá de lo enumerativo de esta asociación y de lo obvio de las relaciones consignadas, que se quiere poner de manifiesto es que cada tipo de unidad productiva opera a la vez con racionalidades acumulativas distintas y con lógicas de organización productiva que le son propias. Están van desde las modalidades empresariales que logran mantener su participación en el mercado merced a un ajuste adecuado sobre la fuerza de trabajo, que lo lleva a liberarse del pago de las cargas sociales, así como de toda otra erogación impositiva hasta aquellas otras que adoptan formas asociadas de redistribución de las utilidades.

El grado de formalidad e informalidad



Fig. 3. Conclusión y recomendaciones

Seguendo el desarrollo del proceso de desindustrialización inducida, el padecido por el país en el transcurso de la última década, surge que, como consecuencia de los mecanismos de ajuste adoptados por la estructura productiva en respuesta a las políticas del gobierno militar, se produjo un profundo cambio en la composición de la estructura ocupacional. A la eliminación de unidades productivas se adosó la creación de nuevas unidades productivas de la fuerza de trabajo. Junto a ellas emerge —no por que no hayan tenido existencia previa, sino por que aparecen reactualizadas, reactivadas y refuncionalizadas— una miríada de microempresas con especial presencia en el sector informal de la economía. Esta presencia, como trataramos de demostrar, aparecerá más ligada a los nuevos mecanismos de acumulación que al papel de refugio-reservorio de mano de obra que tradicionalmente se le asigna. En consecuencia, su situación obedecerá más a condiciones de generación-exacción del excedente producido que a meras fluctuaciones provocadas por los flujos ocupacionales del sector formal. La clara consistencia en que, por sus condiciones de acumulación, carencia de resortes jurídicos para constituirse en sujeto de crédito e interlocutor directo de las políticas del estado. Es prioritario que, previamente, adopten una forma legal que les permita incorporarse al escenario de los proyectos y programas que en la actualidad se han volcado sobre el sector.

En este plano, sugeriríamos la adopción de políticas que prepondan a:

1. Posibilitar el tránsito jurídico de las actuales micro empresas informales hacia el ámbito de la economía formal, a través de medidas que permitan:
 - * La adopción de las figuras jurídicas más adecuadas para la asociación laboral que se estipula.
 - * Asesoramiento y asistencia técnica para organizar la gestión empresarial.
 - * Moratoria impositiva, previsional, asistencial, que prevea un tiempo de gracia para regularizar las situaciones.
2. Convertidos en sujetos legales de crédito, la situación de las micro empresas habrá de equipararse a la genérica situación de las pequeñas industrias, para las que se propone:
 - * Un régimen de fomento, con estímulo a ramas dinámicas, tanto de carácter arancelario e impositivo como crediticio.
 - * Apoyo y asistencia técnica que posibilite la racionalización de la gestión empresarial, la innovación técnica de las empresas y la innovación de las políticas de mercado, orientadas a adecuar las líneas de producción a los patrones de consumo y de los productos a las necesidades para el consumo, redefinición de las redes de distribución y localización y la difusión publicitaria del producto.
3. La organización de un ente suprarregional, que impulse —en tanto órgano de apoyo y asistencia técnica— un proceso que permita la asociación de insumos afines, con vistas a lograr una provisión de insumos más barata, el uso de tecnologías comunes, formas de integración técnica horizontal, economías de escala, licitaciones, mercados regionales o subregionales, etcétera.

equipos, reposición de partes, etc., aspectos todos que operan por debajo del nivel formal), como legal (impuestos y cargas sociales, impuestos, salarios por debajo del convenio, etc.).

Su escala y aislamiento productivo determinan limitaciones en la adopción de criterios más avanzados en el manejo del stock de producción y de abastecimiento, así como mayores costos relativos de los servicios vinculados a la gestión empresarial.

3. Conclusiones y recomendaciones

Artículo 1: Declárase de interés nacional la creación de las Sociedades Anónimas Autogestionarias de Trabajadores, que se regirán por la presente Ley, sus Estatutos y Reglamentos.

Art. 2: El objeto de este tipo de Sociedades es el de garantizar el mantenimiento, la preservación y el desarrollo de fuentes de trabajo ante el incremento de quiebras, cesación de actividades y cierres de empresas industriales y de servicios. Así también, es el de permitir participar a los trabajadores en el proceso de privatización de Empresas Públicas, promoviendo la propiedad y la gestión por parte de los mismos de su propia fuente de trabajo.

Art. 3: La naturaleza jurídica de esta forma empresarial está regida en cuanto a deberes y obligaciones sobre la propiedad por la Ley de Sociedades Comerciales y las normas y anexos que le correspondan y por la presente Ley, en lo que respecta al Trabajador como socio.

Art. 4: La naturaleza jurídica de esta forma empresarial está regida en cuanto a deberes y obligaciones sobre la relación laboral por las normas del Contrato de Trabajo y las normas de la Ley 20.774 y por la presente Ley en lo que respecta al Trabajador en su relación de dependencia.

Art. 5: La propiedad del capital accionario pertenece a los trabajadores de la Empresa, que se suscriben al capital, a través de un condominio indiviso mientras dure la actividad económica de la firma.

Art. 6: De la conformación del capital social de las Sociedades Anónimas Autogestionarias de Trabajadores se forma de la siguiente manera:

- A) En Empresas en proceso de privatización. A través de los recursos que aporta el Fondo de Recuperación de Fuentes de Trabajo, para su adquisición al Estado y para la formación del capital de trabajo en giro.
- B) En empresas que cierran o quiebran. A través del monto de indemnizaciones que correspondan al conjunto de trabajadores que quitan constituirse como propietarios societarios, más el crédito que otorgue el Fondo de Recuperación de Fuentes de Trabajo, para saldar la diferencia con el valor de adquisición de los bienes y la formación del necesario capital de trabajo en giro.
- C) En empresas que cierran o quiebran. A través del monto de indemnizaciones que correspondan al conjunto de trabajadores que quitan constituirse como propietarios societarios, más el crédito que otorgue el Fondo de Recuperación de Fuentes de Trabajo, para saldar la diferencia con el valor de adquisición de los bienes y la formación del necesario capital de trabajo en giro.
- D) En empresas que cierran o quiebran. A través del monto de indemnizaciones que correspondan al conjunto de trabajadores que quitan constituirse como propietarios societarios, más el crédito que otorgue el Fondo de Recuperación de Fuentes de Trabajo, para saldar la diferencia con el valor de adquisición de los bienes y la formación del necesario capital de trabajo en giro.

Art. 7: Créase el Fondo de Recuperación de Fuentes de Trabajo, con los objetivos, recursos y procedimientos que fija la presente Ley.

Art. 8: Objeto del Fondo de Recuperación de Fuentes de Trabajo. El Fondo: tiene como objetivo obtener los recursos para permitir mantener, preservar y desarrollar las fuentes de trabajo que se encuentran amenazadas con la persistencia del proceso de desinversión productiva, las dificultades a través del Servicio Nacional de Empleo dependiente del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social mediante sus diferentes delegaciones regionales.

El control y fiscalización de la gestión y el uso de los recursos del FONDO se efectuarán por cuenta y orden de la Fiscalía de Investigaciones Administrativas y de las respectivas Fiscales provinciales cuando estas tuviesen lugar.

Las prioridades de inversión productiva del Fondo serán determinadas por el Directorio del mismo a propuesta de un representante de la Secretaría de Planificación de la función de toda Sociedad Anónima Autogestionaria de Trabajadores.

Art. 9: El Directorio de la Empresa tendrá a su cargo la gestión de la actividad económica de la Empresa, en su calidad de representante de la Empresa, en el ejercicio de las funciones que le correspondan de acuerdo a la ley y a los estatutos de la Empresa.

Art. 10: La gestión de la actividad económica de la Empresa, en su calidad de representante de la Empresa, en el ejercicio de las funciones que le correspondan de acuerdo a la ley y a los estatutos de la Empresa.

Art. 11: El Directorio de la Empresa tendrá a su cargo la gestión de la actividad económica de la Empresa, en su calidad de representante de la Empresa, en el ejercicio de las funciones que le correspondan de acuerdo a la ley y a los estatutos de la Empresa.

Art. 12: El Directorio de la Empresa tendrá a su cargo la gestión de la actividad económica de la Empresa, en su calidad de representante de la Empresa, en el ejercicio de las funciones que le correspondan de acuerdo a la ley y a los estatutos de la Empresa.

Art. 13: Los Trabajadores-Socios adquieren la totalidad de sus derechos emergentes de su condición al cumplir un año de trabajo continuo en relación de dependencia con la Empresa.

Art. 14: Los Trabajadores-Socios ejercen sus derechos de participación en la propiedad y gestión acordos a la siguiente graduación en función de la antigüedad de trabajo continuo.

- A) De un año a 5 años, una acción y un voto.
- B) De 5 años y un día a 10 años, dos acciones y dos votos.
- C) De 10 años y un día a 15 años, tres acciones y tres votos.
- D) De más de 15 años, 5 acciones y 5 votos.

El Trabajador-Socio que se reintegre a la Empresa dentro de un lapso menor a un año de la fecha de retiro reanuda sus derechos deduciendo de su antigüedad el tiempo en que no desempeñó su actividad.

El Trabajador-Socio que se reintegre a la Empresa después de transcurrido un año de la fecha de retiro, será considerado como recién ingresado.

El Trabajador-Socio jubilado le corresponden 5 acciones en forma permanente y un voto. Solamente las acciones se transmiten por herencia, perdiéndose el voto correspondiente en caso de fallecimiento del Trabajador-Socio.

En caso de que sus reclamos u opiniones sean desconocidas por el Directorio de forma injustificada, recurrirá en queja a la Asamblea General de la Empresa.

Art. 24: El Consejo de Control Técnico será de consulta necesaria cuando se trate de resolver modificaciones en los sistemas de trabajo y producción, cambios en el funcionamiento de la Empresa, creación de los fondos sociales, política de planificación de la Empresa, situación financiera y en todas las cuestiones que afecten al control técnico de la gestión productiva y administrativa.

Art. 25: Los miembros del Consejo de Control Técnico, recibirán una remuneración acorde con sus tareas habituales, más un plus por horas extras dedicadas a la gestión productiva y administrativa de la Asamblea General.

Anteproyecto de Ley sobre Sociedades Anónimas Autogestionarias de Trabajadores

Ana Proietti-Bocco y Mario E. Burkun

Este anteproyecto de Ley fue elaborado por los investigadores del IPAS Ana Proietti-Bocco y Mario Burkun y presentado a la H. Cámara de Diputados en el ejercicio legislativo precedente. Sus lineamientos generales responden al objetivo de dotar a los trabajadores de los instrumentos jurídicos que le posibiliten conducir, gestionar y controlar sus respectivos ámbitos y procesos productivos, generando elementos que tiendan a la democratización de las relaciones industriales tradicionales, dominadas por el autoritarismo y la discrecionalidad.

Art. 9: El Fondo se constituye con:

- Recursos provenientes de retener un 3% de los beneficios brutos del sistema financiero en su conjunto, incluidas entidades banca-parancas e instituciones financieras, que se expresan y funcionan a través de correspondencia a la Banca oficial a nivel nacional y provincial.
- Recursos provenientes de retener un 1% del conjunto de la masa salarial, correspondiente a los trabajadores del sector público y del sector privado.
- Recursos provenientes de inreembolso por resultado de los juicios laborales en un 10%.
- Recursos provenientes de donaciones y legados, de cláusulas penales o resarcimientos que tengan lugar como resultado de los actos o contratos que sean consecuentes con la aplicación de esta Ley.
- Recursos provenientes de la recuperación de los créditos efectuados, sus intereses y reajustes.

Art. 10: Las prestaciones previstas en el Artículo precedente cubrirán los créditos que se devenguen a partir de los 360 días corridos posteriores a la promulgación de la presente Ley.

Facilita al Poder Ejecutivo Nacional para que ordene a las Instituciones Financieras Nacionales correspondientes a la constitución de un aporte de emergencia, que será restituido en momentos en que se suscriban los aportes genuinos correspondientes al Fondo.

El BANADE será depositario de los recursos.

Art. 11: De la Organización del Fondo: El Directorio de la Institución se constituye a partir de iguales por representantes de los Trabajadores y del Estado.

El Fondo será una Institución autárquica, de funcionamiento regional y descentralizada.

La representación de los trabajadores será ejercida por el organismo sindical de mayor grado correspondiente a la Región.

La representación del estado será ejercida a través del Servicio Nacional de Empleo dependiente del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social mediante sus diferentes delegaciones regionales.

El control y fiscalización de la gestión y el uso de los recursos del FONDO se efectuarán por cuenta y orden de la Fiscalía de Investigaciones Administrativas y de las respectivas Fiscales provinciales cuando estas tuviesen lugar.

Las prioridades de inversión productiva del Fondo serán determinadas por el Directorio del mismo a propuesta de un representante de la Secretaría de Planificación de la función de toda Sociedad Anónima Autogestionaria de Trabajadores.

Art. 12: El Directorio de la Empresa tendrá a su cargo la gestión de la actividad económica de la Empresa, en su calidad de representante de la Empresa, en el ejercicio de las funciones que le correspondan de acuerdo a la ley y a los estatutos de la Empresa.

Art. 13: Los Trabajadores-Socios adquieren la totalidad de sus derechos emergentes de su condición al cumplir un año de trabajo continuo en relación de dependencia con la Empresa.

Art. 14: Los Trabajadores-Socios ejercen sus derechos de participación en la propiedad y gestión acordos a la siguiente graduación en función de la antigüedad de trabajo continuo.

- A) De un año a 5 años, una acción y un voto.
- B) De 5 años y un día a 10 años, dos acciones y dos votos.
- C) De 10 años y un día a 15 años, tres acciones y tres votos.
- D) De más de 15 años, 5 acciones y 5 votos.

El Trabajador-Socio que se reintegre a la Empresa dentro de un lapso menor a un año de la fecha de retiro reanuda sus derechos deduciendo de su antigüedad el tiempo en que no desempeñó su actividad.

El Trabajador-Socio que se reintegre a la Empresa después de transcurrido un año de la fecha de retiro, será considerado como recién ingresado.

El Trabajador-Socio jubilado le corresponden 5 acciones en forma permanente y un voto. Solamente las acciones se transmiten por herencia, perdiéndose el voto correspondiente en caso de fallecimiento del Trabajador-Socio.

En caso de que sus reclamos u opiniones sean desconocidas por el Directorio de forma injustificada, recurrirá en queja a la Asamblea General de la Empresa.

Art. 24: El Consejo de Control Técnico será de consulta necesaria cuando se trate de resolver modificaciones en los sistemas de trabajo y producción, cambios en el funcionamiento de la Empresa, creación de los fondos sociales, política de planificación de la Empresa, situación financiera y en todas las cuestiones que afecten al control técnico de la gestión productiva y administrativa.

Art. 25: Los miembros del Consejo de Control Técnico, recibirán una remuneración acorde con sus tareas habituales, más un plus por horas extras dedicadas a la gestión productiva y administrativa de la Asamblea General.

en la Empresa los cinco años inmediatos anteriores a la jubilación.

De la Asamblea de Trabajadores-Socios.

Art. 16: La Asamblea de Trabajadores-Socios funcionará válidamente con la presencia del 75% de los integrantes del personal en actividad. En segunda convocatoria con la presencia de la mitad más uno, y en tercera convocatoria podrá celebrarse el acto con el 25% de los miembros del personal presentes. Las decisiones serán adoptadas por mayoría de votos.

Art. 17: La Asamblea de Trabajadores-Socios se convocará mediante notificación directa a cada uno de los integrantes con una anticipación no menor de un mes.

Art. 18: Se puede convocar a Asamblea Extraordinaria de Trabajadores-Socios con la decisión del 50% de los votos.

Del Directorio.

Art. 19: El número de Directores puede oscilar entre 5 y 8, y deben reunir las siguientes condiciones:

- * Una antigüedad mínima de tres años en la Empresa, excepto en los casos de que se trate de una Empresa que no posea dicha antigüedad en el momento de constituirse la Sociedad.
- * Ser elegido por mayoría simple de votos en la Asamblea General Ordinaria, convocada al efecto.
- * Su mandato es de dos años sin posibilidad de reelección continuada.
- * La renunciamiento del Directorio no podrá superar el 10% de los miembros más elevados de la jerarquía en la Empresa.
- Art. 20: El Síndico de la Empresa será designado por la Asamblea General Ordinaria, con las mismas condiciones que los miembros del Directorio.
- Art. 21: A la finalización de su mandato los integrantes del Directorio y el Síndico se reintegrarán a sus tareas habituales como Trabajadores-Socios.

Del Consejo de Control Técnico.

Art. 22: Estará conformado por un delegado por sección en que se divide la Empresa y será elegido por los miembros de cada sección, siendo revocable su mandato por sus mismos sectores.

- A) Asesorar al Directorio en el momento de constituirse la Sociedad.
- * Ser elegido por mayoría simple de votos en la Asamblea General Ordinaria, convocada al efecto.
- * Su mandato es de dos años sin posibilidad de reelección continuada.
- * La renunciamiento del Directorio no podrá superar el 10% de los miembros más elevados de la jerarquía en la Empresa.
- Art. 20: El Síndico de la Empresa será designado por la Asamblea General Ordinaria, con las mismas condiciones que los miembros del Directorio.
- Art. 21: A la finalización de su mandato los integrantes del Directorio y el Síndico se reintegrarán a sus tareas habituales como Trabajadores-Socios.

En caso de que sus reclamos u opiniones sean desconocidas por el Directorio de forma injustificada, recurrirá en queja a la Asamblea General de la Empresa.

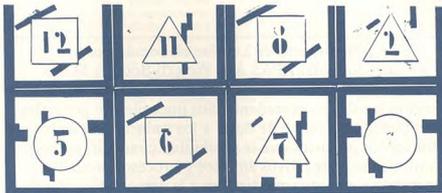
Art. 24: El Consejo de Control Técnico será de consulta necesaria cuando se trate de resolver modificaciones en los sistemas de trabajo y producción, cambios en el funcionamiento de la Empresa, creación de los fondos sociales, política de planificación de la Empresa, situación financiera y en todas las cuestiones que afecten al control técnico de la gestión productiva y administrativa.

Art. 25: Los miembros del Consejo de Control Técnico, recibirán una remuneración acorde con sus tareas habituales, más un plus por horas extras dedicadas a la gestión productiva y administrativa de la Asamblea General.

¹ Carlos E. Sánchez. *La pequeña industria y la generación de puestos de trabajo*, Ministerio de Trabajo.

Sindicalismo y autogestión en la Argentina contemporánea

Ana Proietti-Bocco



Con el advenimiento del sistema socioeconómico en la Argentina y la profundización de la crisis económica heredada con su escuela de cierre de fábricas, "vaciamientos" y quebrantos...

El objetivo principal de este movimiento es la preservación de las fuentes de trabajo. Esta original forma de lucha contra el desempleo, que surge por iniciativa de los propios sectores afectados...

Normalmente estas formas autogestionarias surgen en empresas quebradas, vaciadas por sus propietarios o abandonadas por sus directores...

Pero uno de los aspectos que hace especialmente interesante a estas experiencias de autogestión es su estrecha relación con el sindicato local de primer grado...

La autogestión, de profundas y lejanas raíces en la memoria del movimiento obrero, toma en el contexto argentino actual otra significación que le da sus rasgos propios...

Sindicato y autogestión: algunas implicancias

Se señala en la literatura especializada que el pasaje de demandas reivindicativas a demandas de algún grado de control dentro de la empresa implica un salto cualitativo en la medida en que control implica poder...

En la presente crisis, estos sindicatos involucrados en salidas autogestionarias comprendieron que representar el mejor interés para sus miembros no era pedir mayores salarios sino salvar empleos...

ción de todas las formas de salario indirecta que implica mantenerse dentro del sector formal de la economía. Para el sindicato, el no haber experimentado la palabra "autogestión" con toda la potencialidad transformadora que puede tener este hecho organizativo que se da alrededor del hecho económico...

Historicamente, uno de los logros más importantes de mayor importancia en la negociación colectiva ha sido la unificación de criterios a nivel nacional para la firma de los convenios. Este proceso ha posibilitado permanentemente a los sindicatos de primer grado frente a los intentos patronales de dividirlos y enfrentarlos mutuamente...

Puede ser que con este tipo de acción los sindicatos locales signifiquen un problema para las federaciones, pero también es cierto que proyectan nueva vida a estas organizaciones. La articulación entre ambos niveles organizativos puede darse compartiendo una visión de la sociedad en transformación con mayor poder para los trabajadores...

Con respecto a los sindicatos locales, los nuevos desafíos pueden requerir cambios en sus focos de trabajo, pero no en sus objetivos primarios. Su rol se amplía una vez que la organización autogestionaria está implantada. Hacia el interior de la empresa puede convertirse en un impulsor para la expansión de la democracia en la organización y edificar a todos sus miembros...

la autogestión. Aunque indudablemente este rol sólo puede desempeñarlo si el sindicato es a su vez una organización democrática. Puede actuar como contrapeso de las "naturales" tendencias de los gerentes de las empresas a concentrarse casi exclusivamente en la salud de las mismas a expensas de las necesidades inmediatas y de los derechos de los miembros de las empresas...

Este tipo de práctica llevaría a que el rol de los sindicatos locales se transformara a dos niveles: primero, lograría un mayor contacto con sus propios afiliados al trasladar el estrecho contacto con los trabajadores de la empresa para desarrollar la autogestión, con los efectos demarcados que puede significar para el sindicalizado...

En la realidad argentina, los sindicatos locales han generado estrategias de cambio para la protección del futuro de sus miembros, pero estas estrategias son a su vez una respuesta a un propósito económico que, a la larga, arroja a la gran mayoría de la fuerza de trabajo a la marginalidad. Respuesta que ofrece al conjunto social un modelo alternativo y participativo incorporando a los excluidos y subordinados en términos activos...

Notas

- 1 Véase A. Proietti-Bocco, *Lexicón: Un caso exitoso autogestión "a la argentina"*, Serie Debate Sindical, Buenos Aires, Fundación Friedrich Ebert, 1986.
2 Además se observa que en ciertos casos de cierre de fábricas el bien no existieron en forma autogestionaria o cogestiona-ria por diversas razones, el sindicato ha impulsado este tipo de salida.
3 La experiencia de Luz y Fuerza en SEGIBA durante el gobierno constitucional de 1973-1976 muestra que el PSD puede comenzar a crecer, en forma de asegurar la posibilidad de una auténtica fuerza de izquierda democrática, y extendiendo la conversación de unidad, a todos los demás grupos socialistas que subsisten aislados.

Y así como a veces nos hemos asomado ante algunos discursos, sobre todo cuando recien llegados al PSP, que hablan de una línea Yrigoyen-Perón-Justo-Palacios, etc., introduciendo una mezcla rara que quita toda identidad al socialismo, tal como el PSD lo entiende; o ósmos hablar de "socialismo nacional", lo que nos produce escalofríos por las reminiscencias que esta frase, y que finalmente separa más a qué se refiere con esa expresión; o cuando nos trasladan acusaciones semi-públicas, de que nuestras diferencias más importantes recaen en que el PSD es un partido "europeizante", sin definir qué quieren decir, y que nos traen a la memoria la polémica de Ferri en 1908, o de otros europeos, como Parry y Reberius, o de la llamada "izquierda nacional", que hablan de esto, sin tomar en cuenta que el socialismo nació y se difundió por todo el mundo desde Europa Occidental.

Para ocupar el espacio electoral que esta vacío, a la izquierda de los dos partidos populistas (la UCR y el PJ), y tener un crecimiento importante, como a la derecha lo hace la UCEdE, es fundamental la continuación del proceso unificador del socialismo, abierto por la Unidad Socialista. Pero la continuación de este proceso, requiere una profundización ideológica y doctrinaria que no se ha dado, y que incluso se ha desestimado hasta ahora, tratando de resaltar las coincidencias y obviar los puntos. Asimismo, la constitución de un partido único, incluso de una confederación requiere un lenguaje común de conceptos fundamentales y de la instrumentación de una metodología parecida, que evite los problemas prácticos que se han podido detectar en la elaboración de listas conjuntas y en la campaña electoral.

Muchos compañeros se preguntan, por ejemplo, ¿cuál es la base doctrinaria, cuáles son los libros y autores que forman el sustento ideológico de la autogestión? ¿Cómo demostremos la unidad, si hay un desconocimiento de esas bases por los otros grupos socialistas? ¿Qué importancia tiene para ellos y para nosotros, la teoría de la dependencia, o cualquier otra cuestión ideológica, que producen diferencias en los discursos? El PSD, por su parte, como el PSL, o hay sectores de funcionamiento o reglas de procedimientos que no son conocidas, incluso por algunos de sus propios afiliados?

Otras preguntas que recorren nuestras filas se refieren a las relaciones con los organismos internacionales del socialismo, a las cuales el PSD no accede, a pesar de que en los hechos la Unidad Socialista representa el 90% del socialismo de la Argentina. Solamente los compañeros del PSP tienen una relación fluida con ellos, relación que no ha sido extensiva, a pesar del declarado deseo de unidad. La Confederación de Partidos Socialistas, aprobada en junio pasado ¿asumirá la representación socialista argentina en la Internacional Socialista? No recuerdo que haya nada de ello en el estatuto aprobado. ¿Cómo se concilia un "socialismo nacional" con la pertenencia a la Internacional Socialista?

Estas y otras, son cuestiones que deben debatirse en profundidad, sin temor a que eso genere disturbios, sino por el contrario, con el convencimiento de que un mejor conocimiento, posibilitará el proceso de unificación.

Entre tanto, mientras éste se desarrolla y completa el PSD debe comenzar a crecer, en forma de asegurar la posibilidad de una auténtica fuerza de izquierda democrática, y extendiendo la conversación de unidad, a todos los demás grupos socialistas que subsisten aislados.

Conversación con Pierre Rosanvallon

“La democracia es un trabajo siempre problemático para la sociedad”

Isidoro Chereski y Juan Carlos Portantiero

Rosanvallon forma parte de una corriente de jóvenes pensadores franceses de izquierda que han combinado en su obra el rigor de la erudición con una fuerte pasión militante. De hecho, Rosanvallon ha sido un importante dirigente de la principal central de trabajadores franceses, la CFDT, de orientación socialista y es autor, simultáneamente, de algunos libros fundamentales para la actual discusión sobre las relaciones entre democracia y socialismo. Sólo uno de ellos (*La autogestión*, Madrid, 1979) ha sido traducido al castellano. Editorial Fundamentos, de paso por Buenos Aires, Isidoro Chereski y Juan Carlos Portantiero sostuvieron con él un extenso diálogo del cual ofrecemos algunos tramos.

¿Cuáles son actualmente sus preocupaciones?

Mis preocupaciones van unidas con mi trabajo. Por una parte tengo la impresión de que en la coyuntura intelectual de los últimos años se ha visto en la sociedad política francesa una especie de agotamiento de la reflexión socialista, aún de la más moderna; esto, es, no sólo de sus vertientes clásicas sino de las más renovadoras. Este proceso, que comenzó diríamos a principios de los 80, coincidió con la actividad creciente de un grupo de intelectuales que se dio a la tarea de comprender bajo una nueva óptica la cultura política francesa.

Algunos lo hicieron de manera extremadamente erudita a través de trabajos de investigación sobre el siglo XVIII; otros, como en mi caso, alternando trabajos eruditos con diálogos, ensayos políticos. Desde esta perspectiva intenté comprender el movimiento liberal de comienzos del siglo XIX, ver como se situaba en relación con la cultura política de la revolución francesa. Al mismo tiempo trabajé sobre una historia, muy técnica, política en Francia. No podía hacerme a mi juicio sobre las bases socialistas tradicionales, que debían ser redefinidas.

Por fin, en la misma línea, produje dos libros, uno con Le Goff y otro sólo, que recién se publicarán en el 88 porque los editores quieren lanzarlos al bicentenario de la Revolución. En el libro con Le Goff insisto sobre los aspectos socioeconómicos; en el mio hago una lectura más global, más política. Creo que este trabajo de retorno histórico es absolutamente indispensable para desanudar contradicciones políticas contemporáneas. Por ejemplo la historia francesa jamás ha aceptado ciertas formas de democracia social por la sospecha del corporativismo. Pero esta vuelta al pasado no implica que no continúe trabajando sobre temas más actuales: estoy escribiendo un libro sobre la

declinación del sindicalismo francés, mirándolo no simplemente en relación con la reestructuración industrial o los cambios culturales, sino de un modo más amplio.

Entre nosotros se ha conocido sobre todo los libros tuyos, uno sobre la autogestión y otro sobre las culturas políticas. ¿Cuál es su relación actual con ellos?

Digamos que cuando escribí ambos libros era aún secretario confederal de la C.F.D.T. De una manera poco erudita comprendí que la idea de autogestión que defendíamos en la central sindical no era simplemente una prolongación de la idea clásica de democracia industrial sino un cuestionamiento del paradigma mismo de la democracia. Intenté demostrar eso de manera bastante provocadora, mostrando la actualidad de los autores liberales del siglo XVIII inglés.

En lo que concierne al estudio sobre una nueva cultura política es más o menos lo mismo: se trataba de mostrar lo que debía ser en el futuro el eje central alrededor del cual giraría la constitución de la hegemonía intelectual y política en Francia. No podía hacerme a mi juicio sobre las bases socialistas tradicionales, que debían ser redefinidas.

Cuando hablas de socialismo tradicional, ¿te refieres al socialismo estatista?

Así es. El libro se inclinaba entonces por lo que se llamaba la *experimentation sociale*. En el momento que apareció se había organizado en Le Nouvelle Ouvrier un gran coloquio sobre el movimiento de la *experimentation sociale*, Foucault, Ivan Illich, prácticamente todos los intelectuales que participaban de los movimientos sociales estuvieron en él. Ciertamente hoy esa es una problemática algo perimida. Ahora estoy tratando de plantear esa misma cuestión con mayor pertinencia histórica e intelectual.

gandhi

LUNN: MARXISMO Y MODERNIDAD

FRIEDMAN: LA FILOSOFÍA POLÍTICA DE LA ESCUELA DE FRANCOFRET

BARTIN: PROBLEMAS DE LA POLÍTICA EN DOSTOIEVSKI

BACHELARD: LAUTRE ÉPONENT

JETON: JERGI EISENSTEIN

CORTAZAR: ICONOGRAFÍA

JTONE: EL PABLO Y EL PRESENTE

MURPHY: LA RETÓRICA EN LA EDRO MEDIA

DUNCAN: LA ENCICLOPEDIA DE LA IGNORANCIA

ABEL: LA AGUACIA: SUS CRISIS Y LOYUNTURS

JOUTARD: ESAS VOSES QUE NOS LLEGAN DEL PABLO

BOBBA: GOVERNO: SOCIEDAD Y ESTADO EN LA FILOSOFÍA MODERNA



BENJAMIN ADORNO, COOPER, JAS PERS, MARCUE TOINBEE WEBER, WITTENSTEIN, PAZ YOURCENAR FUENTES, SHETTI, MILLEB LOWRY, PUIG, HIGGINS, TH, SMARDO

1 EJEMPLO 900

Libros Café Foro Cultural gandhi Montevideo 430 46-1994 - (1019) Cap. Fed.

Volviendo a ese retorno a la problemática del siglo XIX, que de alguna manera es un retorno al liberalismo como filosofía política, ¿cómo lo ves en relación con el tema del socialismo? ¿Cómo relacionar socialismo con democracia y con liberalismo?

Pienso que la relación —por lo menos en Francia— se plantea como resultado de un agotamiento de la representación social. Hay más representantes sociales, a través de los mecanismos sindicales, que representantes políticos. Este es un fenómeno que se ha observado en todos los países y que se ha institucionalizado en todos los niveles. Los sindicalistas participan en tanto tales en la planificación, en el manejo dístico del desempleo, controlan el Seguro Social. Hay todo tipo de representantes: para controlar las condiciones de los programas representativos que el socialismo levantó históricamente. Una imposibilidad de continuar definiendo al socialismo a partir de la definición. ¿Que quiere decir entonces volver al siglo XIX? Es claro que no significa volver a la cultura política liberal sino a las cuestiones del siglo XIX, es decir, las relaciones entre derechos civiles y derechos sociales, a la integración por el sufragio universal o a la integración por el trabajo. Se trata de ver como esas cuestiones siguen vigentes aún, partiendo de que el siglo XIX no ha sido capaz de darles respuesta. De volver al análisis de las condiciones en las que se amó y luego trató de desandarlas la oposición liberalismo-democracia.

¿Te parece posible o útil retomar la distinción entre liberalismo político y liberalismo económico, en términos de Croce, entre liberalismo y liberismo?

Sí, pero creo que hay una diferencia que vale la pena hacer. Así como hay una tradición del liberalismo que se ha construido sobre la cuestión de la regulación, hay otra que se ha construido alrededor del tema del estado y de las relaciones entre estado y sociedad. En consecuencia encontramos toda una tradición del libe-

lismo que se ha interesado en la división del poder público que constituyeron y otra concepción que se ha interesado sobre todo en el problema de la regulación económica por el mercado. Ambas son bastante contradictorias, como lo demuestran infinitos ejemplos.

El problema de la regulación económica ha sido durante mucho tiempo algo absolutamente central en la definición de las oposiciones políticas. Lo que en el presente es verdaderamente central es la cuestión de la democracia política y ésta no como un problema resuelto sino como una cuestión que queda aún por resolver, que la institucionalización del liberalismo lo político no ha resuelto, aún cuando la democracia necesite de sus elementos. Defiendo una teoría mucho más dinámica de la democracia: no simplemente como un programa que se extiende para luchar contra las regresiones y una vez que ha tenido éxito se da por terminado, sino como un trabajo siempre problemático de la sociedad.

¿Podemos concebir un lugar que sería el de lo público o lo social, distinguido de lo privado por un lado y de lo estatal por el otro?

Claro que sí, pero a condición de no verlo como una especie de lugar intermedio. Personalmente creo que la democracia no se define en relación con lo político sino, principalmente, en relación con lo social. La relación de la democracia con lo político es una relación de garantía, esto es, con las instituciones de garantía. Diría que el trabajo positivo de la democracia es un trabajo que compete, lo social, aquello que concierne al vivir juntos, como construcción, con todo lo que hay alrededor de esta cuestión de vivir juntos: elaborar los géneros de la solidaridad, las formas de la igualdad, las relaciones entre generaciones. El problema democrático es aquel que supone la manera en que la democracia trata de construirse a partir de estas diferentes formas, lugares y niveles de experiencia. Para mí, la democracia se define, ante todo, en relación con este problema de la institución de la sociedad. La democracia es la posibilidad de existencia colectiva.

El momento liberal de la democracia es el que asegura las condiciones de pro-

ducción, de publicidad, de organización del poder público que constituyeron y otra arquitectura de la vida democrática. El momento democrático de la democracia es el de la institución de lo social.

¿Y cuál sería el momento económico de la democracia?

Yo diría que no lo hay. Mucho de lo que se ha achacado a lo económico concernía en realidad a la constitución de lo social. Aún cuando se discutan políticas económicas, como los proteccionistas, por ejemplo, en realidad no se discute una cuestión económica sino la gestión de las mutaciones sociales, del equilibrio entre los grupos sociales. Si hay en Europa protección agrícola no se trata de economía sino de sociología del medio agrícola. Si hay protección industrial, lo mismo. Lo que se llama economía no es sino el equivalente a la protección política de lo social. Se la llama economía porque se desarrolla en el terreno de la producción o de la distribución, pero su finalidad no es el absoluto económico, es sociológica. Es cierto que nos gustaría preguntarnos sobre cual es la mejor manera de dirigir una mutación social: ¿Es el proteccionismo? ¿Es el liberismo? Está bien, pero no se trata de una discusión económica sino de una estrategia sociológica.

Volviendo a un tema que te ha preocupado, ¿establece algún vínculo entre la crisis del estado de bienestar y el renacimiento de la problemática democrática?

Sí, porque el estado de bienestar o estado providencia estableció formas de redistribución social fuertes que han sido adquiridas en momentos de conflicto. Evidentemente durante todo el período del boom económico hemos visto una expansión formidable del estado providencia, financiado por el crecimiento. Su desarrollo o aún su mantenimiento implica hoy la reformulación de lo que está en su base, a saber, las normas, las reglas de la redistribución; en una palabra los términos de legitimidad, simplemente, de su operación redistributiva. La crisis del Estado de Bienestar no es una crisis financiera o económica, es, antes que nada, una crisis de legitimidad. La de un retraso en la reproducción de las normas que estructuran el sistema.

En América Latina y particularmente en la Argentina predomina una tradición de corte populista que plantea los problemas de la democracia en términos sustantivos, como opuestos a los formales ¿cómo ves esta posición?

No la conozco suficiente como para comprenderla bien. Uno de los motivos de mi viaje a la Argentina es acopiar conocimientos para una tarea comparativa que estoy haciendo ya entre Francia, el resto de Europa y los Estados Unidos: me interesa ver como movimientos políticos constituidos en distintos momentos hacen que la económica de la democracia no se juegue en los mismos términos.

Ahora, cuando se habla de populismo no se hace referencia a un compromiso socialdemócrata. Entonces, puedo entender que funcione en la oposición de las masas a una oligarquía, pero lo que no puedo entender es la retórica del populismo como forma política. Veo bien a qué corresponde un movimiento populista en relación con el muy corto plazo, eso es, lo que puede significar en un período de crisis una demagogia populista. Por ejemplo, lo que significó entre ustedes después de 1946 como integración social de la clase obrera a través del sindicalismo. Pero como una visión de larga duración de la democracia, no logro concebirlo...

Por ello me gustaría comprender el dilema planteado por un profundo del justicialismo hoy por hoy.

Quisiera su perduración en largo plazo se deba a ese componente fuerte de la política argentina que es la demanda de estado...

Seguramente. Pero cuando una sociedad se complejiza y desarrolla, cuando llega a la maduración social, la gente durante la crisis se da cuenta que las respuestas ya no pueden venir del estado. Diría que la demanda de estado es, en todo caso, una visión de segmentos de la sociedad poco gananzados. A medida que la sociedad se hace más diferenciada, más diversa, estas culturas políticas se desfasan.

¹ Pierre Rosanvallon, Patrick Vivéret, *Pour une nouvelle culture politique*, Editions du Seuil, Paris, 1977. Pierre Rosanvallon, *L'Age de l'autogestion*, Editions du Seuil, Paris, 1976.

La deuda externa

El FMI y los problemas del Tercer Mundo

André Gunder Frank

El reto más grande para el FMI y para los países del Norte es encontrar alguna solución para el endeudamiento de los países del Tercer Mundo. Gunder Frank analiza esta situación y propone algunas soluciones. No existe justificación política ni económica para la excesivamente común socialización de las pérdidas privadas, afirma.

Smith observaba cómo los Bancos de Inglaterra y Escocia emitieron "una cantidad demasiado grande de papel" en los años precedentes. En los siglos anteriores al de Smith, así como también en los posteriores, la creación y el uso del crédito especulativo ha caracterizado a cada boom culminante y llevado a consecutivas bancarrotas, como las de 1620, 1720, 1873 y las de la década de los años 1880, 1907, 1929, y la que probablemente llegará.

En la crisis actual, este mecanismo financiero especulativo constituye un importante instrumento para llevar a cabo el drenaje neocolonial de recursos y capital desde los pobres a los ricos, lo que es algo análogo a los drenajes coloniales que se produjeron durante las pasadas crisis económicas. No obstante, el drenaje actual es una verdadera sangría, proporcionalmente mayor que algunas del pasado reciente.

Las reparaciones pagadas por Alemania después de su derrota en la Primera Guerra Mundial fueron de alrededor del 2 % del producto nacional bruto (PNB) anual en los años finales de la década de los veinte y alcanzaron un máximo de aproximadamente el 3,5 % en los años más negros, 1929-1931. Los pagos por reparaciones supusieron aproximadamente el 15 % de los ingresos por exportaciones.

En su obra *Las consecuencias económicas de la paz*, John Maynard Keynes había advertido que este drenaje resultaría insostenible para Alemania y contraproducente para el mundo. La resultante ascensión de Hitler demostró que estaba en lo cierto. Sin embargo, numerosos países del Tercer Mundo están siendo drenados hoy anualmente en un 5 % y un 6 % de su PNB y en un 30 % a un 50 % y

aún más, de sus ingresos por exportaciones a través de la transferencia de recursos del servicio de sus deudas.

Desde el comienzo de la crisis de la deuda del Tercer Mundo, 1982, éste ha soportado una transferencia neta de alrededor de 200.000 millones de dólares estadounidenses a través del servicio de deudas per se (de los cuales 135.000 millones corresponden a América Latina y 50.000 millones a África); otros 100.000 millones a través de la evasión de capitales (que se incrementa proporcionalmente a los nuevos préstamos); 100.000 millones más a través de la baja de los precios de las materias exportadas y el empujamiento de los términos de los intercambios más los habituales 100.000 millones de las remesas de beneficio y derechos de patentes por inversiones extranjeras y tecnología. Todo ello asciende aproximadamente a 500.000 millones de dólares en un período de cinco años, frente a un total acumulado de deuda de un billón de dólares.

A pesar de esta enorme sangría del Tercer Mundo, la mayoría de las propuestas relacionadas con la forma de tratar la crisis de endeudamiento del mismo planear un incremento ahora de la deuda y un servicio posterior de la misma aún mayor.

Esto es notablemente cierto por lo que se refiere al Plan Baker (el secretario del Tesoro de Estados Unidos) para aumentar los préstamos a 15 países del Tercer Mundo, y a las propuestas para capitalizar el tipo de interés y añadir éste al principal. En lugar de esas soluciones, el remedio obvio de emergencia contra esta sangría consiste en reducir la salida masiva de recursos y dinero desde estos países.

Sólo una minoría de propuestas políticas defiende una solución así.

Estas propuestas van desde las sugerencias de Fidel Castro de una moratoria unilateral en el pago de la deuda por parte de los países del Tercer Mundo, o incluso el impago de la misma, hasta la propuesta del senador estadounidense Bradley de rebajar en un 3 % anual el principal de dicha deuda, y la decisión unilateral del presidente García de limitar el servicio de la deuda peruana al 10 % de los ingresos por exportaciones. Sólo la última ha recibido hasta ahora un apoyo limitado por parte de las potencias que cuentan en esta materia.

Irónicamente, mientras figuras tan diversas como Henry Kissinger, Fidel Castro y Raúl Alfonsín proponen soluciones políticas, inaceptables por los acreedores, para los que ellos consideran como un problema político, el mercado ha empezado a ofrecer modificaciones de hecho.

La magia del mercado rebaja los valores nominales que figuran en los correspondientes documentos crediticios de esas deudas a los valores reales estimados que los nuevos compradores desean pagar por ellas en los mercados secundarios. Al mismo tiempo, sin embargo, se mantienen los valores nominales fijados en esos documentos, sobre los cuales se supone que los deudores pagarán el servicio de la deuda a los nuevos poseedores. Este procedimiento sólo reduce dicho servicio si el deudor no compra en el mercado secundario con crédito con un descuento o si deja de pagar lo estipulado en el mismo.

Los bancos han incrementado sus reservas para deudas incobrables con objeto de protegerse contra tales posibles incumplimientos de pago por parte de los deudores, como parte de un programa de serie de prácticas legales normales, no utilizadas hasta ahora, para reducir la sangría y complementar la rebaja realista en el mercado de esas deudas. Examinamos a continuación algunas de estas prácticas, como pueden ser las leyes de contratos, la privatización, las cartas internacionales y las normas que rigen las situaciones de bancarota.

Los tipos de interés

El inicio de la propia crisis de endeudamiento y buena parte de la deuda acumulada registrada se deben por tanto a la repentina y espectacular subida de los tipos de interés posterior a 1979. (Primero la Reserva Federal estadounidense subió el tipo de interés por razones internas y luego la Administración de Reagan lo hizo subir aún más al financiar mediante préstamos su creciente presupuesto nacional y los déficit de su comercio exterior generados por el enorme incremento en sus gastos armamentísticos.) El tipo de interés monetario alcanzó el 20 % y descontando la inflación, el tipo de interés real se situó por encima del 10 % durante varios años.

Sin embargo, cuando en la década de los setenta se concedieron los préstamos, el tipo de interés real había sido negativo (y los bancos ganaban su dinero mediante los honorarios habituales) e históricamente nunca llegó a una media más del 2 % o 3 %. De forma que el tipo de interés ha superado en más de tres veces su norma histórica, llegando a ser mucho más alto de lo que nadie hubiera imaginado posible.

31 PUNTO DE VISTA

CONSEJO DE DIRECCIÓN

Carlos Altamirano
José Aricó
María Teresa Gramuglio
Juan Carlos Portantiero
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Directora
Beatriz Sarlo

Diagramación
Carlos Tirabassi

EN SUO CRITICA SECULAR

NUEVA SOCIEDAD

SEPTIEMBRE/OCTUBRE 1987 Nº 91

Director: Alberto Kouchner
Jefe de Redacción: Daniel González V.

COYUNTURA: Ricardo A. Fallas. El Salvador: perspectiva del conflicto armado. Andrés Serbin. El Caribe: la herencia de Barrovo. Rita Giaccone de Romero. Antillas Neerlandesas: en búsqueda de un nuevo perfil.

ANÁLISIS: Fernando Cuello. La economía: Cambios y las reformas en la URSS. Francisco R. Davila. De la crisis a la crisis. La política económica mexicana: 1982-1983. Carlos J. Marela. Japan-América Latina. Necesidades y mercados. Ignacio Benítez. Grupo Andriano: una nueva oportunidad. Mariana Schkolnik. Crisis y regresión: la situación de los pobres en Chile.

FORO LATINOAMERICANO: Ideología-democracia-partidos II.

POSICIONES: Internacional Socialista. Desarme-desarrollo-paz. Comisión Sudamericana para la Paz. La Seguridad Regional y la Democracia: América del Sur. Zona de Paz.

TEMA CENTRAL: DESAFÍOS AL SOCIALISMO: Franz J. Hinkelammert. Utopía y divinidad política. El socialismo y la democracia. Fernando Miró. Continuidad y ruptura en el discurso político. Enzo Fallico. Propuestas para el cambio. Movimientos sociales en la democracia. Marina Giron. Revolución y pluralismo. Experiencias en la promoción sindical. Carlos M. Villan. ¿Socialismo en Nicaragua?

SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)	ANUAL (6 números)	BIENAL (12 números)
América Latina	US\$ 22	US\$ 40
Resto del Mundo	US\$ 30	US\$ 50
Venezuela	Bs. 150	Bs. 250

PAGOS: Cheque en dólares o moneda de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712 Chicaco-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencia bancaria para cancelar suscripciones.

A los deudores, este nuevo tipo de préstamos se les cobra sobre los viejos préstamos existentes con anterioridad y sobre los nuevos tomados para pagar estos intereses más altos pagados por los primeros préstamos. En la letra pequeña de los contratos originales de esos viejos préstamos, los acreedores habían incluido tipos *floatantes* de los préstamos, pero posterior al pago no habían entendido ni imaginado en el momento de la firma ellos mismos y mucho menos los deudores.

Las leyes usuales de contratos estipulan que éstos no son válidos, o pueden ser invalidados por un tribunal, cuando fueran otorgados en el plano concientizado por ambas partes contratantes. La aplicación de esta norma legal a la letra pequeña de esos contratos de deuda de la década de los setenta, en la que figuraba el tipo de interés flotante, reduciría sustancialmente las cantidades nominalmente debidas. Es decir, este interés incrementado por los tipos que fueron inicialmente aumentados por los acreedores no debería ser pagado por los deudores ni exorbita a éstos, ya que, según las leyes usuales de contratos nunca llegó a ser una parte legalmente obligada de sus deudas. ¿Por qué el componente nominalmente alto de intereses de las deudas del Tercer Mundo, que aumenta sin el conocimiento ni el acuerdo concientizado de las partes contratantes perjudicadas no ha sido declarado legalmente nulo e inválido? Pueden, pues, y deben darse los pasos legales para hacerlo así.

En vez de esto, hasta ahora esos intereses se han sumado a la deuda, y algunas de las deudas más incómodas han sido *privatizadas* mediante su cambio por acciones. Las deudas que nunca pueden ser liquidadas se venden a menudo con un descuento, y se convierten luego en dinero local, que se utiliza para comprar en grandes cantidades participaciones en empresas y recursos locales. Así, la deuda se convierte en o se cambia por acciones. Este procedimiento ha logrado bastante popularidad en algunos círculos como una solución para el problema. No obstante, tiene algunos inconvenientes y limitaciones. Primero, solamente unos pocos miles de millones han sido convertidos de esta forma. Dada su escasa dimensión, los cerros de acciones existentes en los países deudores del Tercer Mundo no podrían ser canjeados más que por una pequeña parte del billón de dólares que constituye la montaña de deuda del Tercer Mundo, o ni siquiera por cualquier porción importante de ese billón debido a los bancos privados. Segundo, los potenciales inversores extranjeros están más interesados en algunos países de Asia Oriental que en los países más endeudados de América Latina y África. Tercero, este procedimiento no contribuye con ningún nuevo capital al desarrollo de una nueva producción, sino que sólo transfiere las viejas empresas y recursos a nuevos propietarios. Cuarto, transfiere mayormente empresas públicas y recursos naturales a manos extranjeras. Quinto, en las ventas obligadas, el cambio por acciones de la deuda enajena estas empresas y recursos a precios de saldo. No obstante, buena parte de la actual deuda nominal no estaba correctamente contratada y ciertamente nunca fue recibida por el deudor como un flujo equivalente de capital o recursos reales del exterior. Por consiguiente, cambiar ahora esta deuda extranjera nominal por acciones nacionales reales equivale a dar las joyas de la familia por un plato de lentejas. Sexto, cualquier posible extensión de esos cambios de deuda por acciones de los tesoros nacionales más valiosos, tales como Petrosbras y Pemex, despertará, por tanto y con toda justificación, una oposición nacionalista encarnizada.

Medios servicios

Por otra parte, muchos préstamos no fueron originalmente contraídos por los Gobiernos, sino por empresas privadas, y posteriormente estos préstamos han sido socializados. Sin embargo, la general prudencia de los planes de pago recomiendo lo contrario. Cuando los deudores privados se vieron amenazados por la bancarrota y dejaron de poder atender el pago de sus deudas, invocaron las garantías dadas por Gobiernos anteriores o pidieron nuevos avales. Sus préstamos fueron avales o abarataron los avales asumidos por los Gobiernos nacionales o por sus bancos centrales. Si estas partes públicas y privadas del Tercer Mundo no se ponían de acuerdo de *mutuo proprio*, los bancos o Gobiernos acreedores, así como el Fondo Monetario Internacional (FMI), chantajeaban a los deudores para que los Gobiernos avalaran o asumieran esos préstamos privados, con la amenaza de negarse a conceder nuevos créditos. La razón de todo esto era simple: las pérdidas privadas amenazadas de bancarrota (como *spun Smith*) fueron socializadas para su pago por el público en general mediante impuesto y/o inflación, así como cuando la reducción de los servicios gubernamentales.

No existe justificación política ni económica para la excesivamente común socialización de las pérdidas privadas. Por el contrario, si la privatización y el manejo del mercado ofrecen esas soluciones de éxito seguro para los enfermos contemporáneos como pretenden el presidente Reagan, la primera ministra Thatcher, el primer ministro Chirac y otros, ¿por qué no privatizar los préstamos públicos o al menos reprivatizar aquellos que fueron socializados? De hecho, la mayoría del mundo ha comenzado efectivamente a privatizar algunos préstamos mediante su

compra o su venta en un mercado secundario con un descuento sobre su valor nominal. No obstante, cuando Brasil propuso convertir parte de su deuda en valores en los precios corrientes de descuento en el mercado, los bancos y los Gobiernos acreedores se negaron. El tratamiento desigual de cosas formalmente iguales pero realmente desiguales está ganando terreno también en todas partes. El FMI obliga a los países deudores del Tercer Mundo a tragarse su medicina *estabilizadora* (léase *contractiva*), supuestamente para reducir sus déficit fiscales internos y sus déficit en pagos externos. Por supuesto, grandes partes de esos déficit están generadas en primer lugar por el servicio de las deudas de los Gobiernos; y se ven nuevamente agravadas por la ingestión de la medicina del FMI. Sin embargo, éste ni siquiera recomienda tal medicina a Estados Unidos, que tiene la deuda exterior más cuantiosa de todo el mundo (por ahora mayor que la suma de toda la deuda exterior latinoamericana y creciendo todavía para ponerse pronto a la cabeza de la deuda total de todo el Tercer Mundo), alimentada por un déficit presupuestario interno anual de 200,000 millones de dólares, y un déficit comercial casi tan alto como el presupuesto. Tampoco pone en tratamiento el FMI a los países con superávit en sus balanzas de pago, como Alemania Occidental y Japón. No obstante, la carta del FMI dispone la vigilancia en la misma forma de todos estos países.

Estas prácticas de igual trato no han servido para nada. Los directores del FMI han sido siempre europeos, pero sólo bailan al son que le toca Estados Unidos. De hecho, los gobernadores europeos del FMI votan también, invariablemente, la misma resolución. Sin embargo, algunos ministros de Hacienda, Comercio, Agricultura y otros de Gobiernos europeos mantienen discusiones económicas de las empresas en quiebra. Luego, el FMI les obliga a autorizar el pago de sus préstamos a costa del trabajo de sus ciudadanos más pobres, que son los menos capacitados para llevar esas cargas. Y el Banco Mundial exige además y simultáneamente ajustes estructurales y crecimiento económico.

largo alcance y gran profundidad, también sobre los déficit estadounidenses, con sus colegas de esta nacionalidad. ¿Por qué nunca se reflejan estas disputas en los votos europeos en el FMI? Si la guerra es demasiado importante para ser dejada en manos de los generales, el director es demasiado importante para ser dejado en manos de los banqueros, incluidos los centrales.

Un hecho real de la vida del mundo (como observó Adam Smith) es la bancarrota. Por supuesto, ésta constituye un sistema para los banqueros, excepto cuando quieren ejercer sus privilegios para sí mismos, como ha hecho un creciente número de ellos en Estados Unidos, por ejemplo. Allí, como en todos los demás países capitalistas, en nombre del bien público y de la eficiencia capitalista, las leyes que rigen las quiebras se ocupan de la insolventia de las empresas privadas, de las empresas individuales, de las instituciones públicas, de los gobiernos regionales y locales (la ciudad de Nueva York estuvo a punto de ir a la bancarrota), e incluso de los propios bancos. Tanto a los deudores como a los acreedores se les permite estimar y pedir que los tribunales de sus intereses más esenciales; los tribunales (como se dispone en el capítulo II del Código de Estados Unidos que rige las situaciones de quiebra) buscan también posibilitar a las empresas, instituciones e individuos la realización de ajustes estructurales para restablecerse como entidades que funcionan, liberándolas de cargas insostenibles (a la ciudad de Nueva York, a Chrysler Corporation, a Rolls Royce, a AEG, a Telefunken, etcétera, y al Continental Illinois Bank y a Trus Company, entre muchas otras entidades, se les capacita para poner de nuevo sus casas en orden). ¿Por qué no se puede hacer esta misma política legal de interés público a los deudores soberanos efectivamente insolventes? En vez de posibilitarles su saneamiento, los bancos les alientan primero a socializar la deuda privada de las empresas en quiebra. Luego, el FMI les obliga a autorizar el pago de sus préstamos a costa del trabajo de sus ciudadanos más pobres, que son los menos capacitados para llevar esas cargas. Y el Banco Mundial exige además y simultáneamente ajustes estructurales y crecimiento económico.

Leves sobre quiebra

La Comisión de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) en 1985, y Kunibert Raffler, en AUSTAD, en fecha más reciente, han propuesto la extensión; mucho más lógica, de las leyes normales para casos de quiebra, y el establecimiento de tribunales o comités de bancarrota para cubrir también a los países soberanos deudores. No ha habido ninguna respuesta visible o audible a esta propuesta, pero debe haberla.

Además, los procedimientos de bancarrota de los países soberanos no necesitan ser sino un último recurso después de que el peso del endeudamiento haya sido reconocido declarando las cargas de los intereses aumentados con letra pequeña contractualmente no válida como lo son, y (re) privatizando algunas de las deudas socializadas, que, así, quedarían automáticamente sujetas a las leyes y procedimientos que rigen las quiebras para el sector privado. Esta es una política de prácticas legales y prácticas legales existentes para frenar la sangría de los deudores del Tercer Mundo en la situación de emergencia actual. Posteriormente, podemos volver a la tarea de reformar el viejo orden económico, antes de que tenga como resultados unos beneficios acompañados por nuevas y espantosas desigualdades que ningún saber humano puede prever.

Carta desde Brasil
La "izquierda social" y el debate por la democracia

Héctor Alimonda

En 1986 se realizó, en el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) de San Pablo, un debate sobre las relaciones entre el pensamiento de la izquierda brasileña y la *democracia social*. La reunión se estructuró a partir de la discusión de tres trabajos preparados al efecto por autores que, en años recientes, publicaron significativos estudios sobre el tema. Carlos Nelson Coutinho, autor de *A democracia como valor universal* (Salamanca, 1984) y Francisco Weyffort, de *Por qué democracia?* (Brasiliense, 1984), a partir de una común fuente gramsciana han desarrollado la reflexión más relevante sobre la democracia y las perspectivas del socialismo brasileño; en cuando al tercer invitado, Daniel Aarão Reis, fue el autor en 1985 de una antología comentada de textos de la izquierda entre 1961 y 1971 (*Imagens da Revolução*, Marco Zero) que alcanzó cierta repercusión.

La editorial Paz e Terra de San Pablo ha publicado recientemente estos trabajos incluyendo también parte de la discusión suscitada en el CEDEC (Marco Aurelio Góes, *Compilación de Esquemas e a Democracia*, San Pablo, 1986).

Este debate se vincula a la intensa polémica internacional abierta por el tema ya desde los '70, aunque las particularidades del proceso político brasileño le otorgan, como es lógico, un marco específico de estimación y de discusión. Para comparar o contrastar con lo que está ocurriendo en otros sitios de nuestra América. La llamada "crisis del reformismo", la estrategia de lucha armada y la intensa represión política durante dos décadas de régimen autoritario, acabaron por desarticular y diezmar a la izquierda brasileña, desde comienzos de los '70, hasta alcanzado un nivel significativo de presencia política. Al mismo tiempo, el régimen deslegaba otras iniciativas destinadas a modificar en forma sustancial el horizonte referencial de las fuerzas de izquierda.

Un rasgo particular de todos esos años de autoritarismo militar fue la vigencia permanente de instituciones representativas; ni en los peores momentos represivos del régimen se interrumpió el funcionamiento del poder legislativo, ni dejaron de efectuarse periódicas elecciones de legisladores y autoridades municipales. Aunque fuertemente acotado por el régimen autoritario, continuó existiendo un espacio político legítimo de articulación de intereses, ocupado de manera parcial por un frente opositor: el MDB. Esta situación forzó a la izquierda a desarrollar una discusión algo más coyuntural sobre la "cuestión democrática", incorporando en sus debates los compromisos de declarando las cargas de los intereses aumentados con letra pequeña contractualmente no válida como lo son, y (re) privatizando algunas de las deudas socializadas, que, así, quedarían automáticamente sujetas a las leyes y procedimientos que rigen las quiebras para el sector privado. Esta es una política de prácticas legales y prácticas legales existentes para frenar la sangría de los deudores del Tercer Mundo en la situación de emergencia actual. Posteriormente, podemos volver a la tarea de reformar el viejo orden económico, antes de que tenga como resultados unos beneficios acompañados por nuevas y espantosas desigualdades que ningún saber humano puede prever.

desde sus prácticas reivindicativas y al margen de las tradicionales organizaciones de izquierda. El horizonte estratégico de estos movimientos supuso, entonces, amplias articulaciones pluriscategoriales para la *democracia social*. La reunión se estructuró a partir de la discusión de tres trabajos preparados al efecto por autores que, en años recientes, publicaron significativos estudios sobre el tema. Carlos Nelson Coutinho, autor de *A democracia como valor universal* (Salamanca, 1984) y Francisco Weyffort, de *Por qué democracia?* (Brasiliense, 1984), a partir de una común fuente gramsciana han desarrollado la reflexión más relevante sobre la democracia y las perspectivas del socialismo brasileño; en cuando al tercer invitado, Daniel Aarão Reis, fue el autor en 1985 de una antología comentada de textos de la izquierda entre 1961 y 1971 (*Imagens da Revolução*, Marco Zero) que alcanzó cierta repercusión.

Este perfil tiene varias consecuencias: 1) la centralidad política estratégica reside en los "trabajadores", valorando su autonomía y la lucha en el lugar de producción; 2) se privilegian prácticas corporativas, a partir de las cuales se "desmontan" los dispositivos de poder; 3) se constituyen interrelaciones políticas basadas en el reconocimiento de la diferenciación de los sujetos, lo que ha permitido articular al movimiento sindical industrial no solamente con campesinos, trabajadores rurales y movimientos urbanos, sino también con grupos ecológicos y con minorías sexuales; 4) a partir de aquí, el socialismo como una perspectiva estratégica de largo plazo se van constituyendo al mismo tiempo que los actores sociales, en un debate de crisis que la política enfrenta sus limitaciones y debilidades. Sin embargo, es indudable que la constitución de esta "izquierda social" en organizaciones de nivel nacional, Central Unión de Trabajadores (CUT) en el plano sindical, Partido de los Trabajadores (PT) en el plano político, ha significado una definición del espacio político brasileño. Por primera vez las clases subordinadas aparecen en la escena, con base en sus propias organizaciones autónomas y, lo que es decididamente novedoso, como portadoras de un conjunto de interrelaciones políticas netamente diferenciadas y fundadas en sus propios mecanismos de constitución.

Esta realidad, claro está, estimuló aún más el debate sobre la cuestión democrática en el seno de la izquierda brasileña. ¿Cuál es el eje y los límites del necesario frente democratizante? ¿Cómo vincular esta izquierda específica con las luchas por estrategias políticas globales? ¿De qué modo acceder, a partir de esos interrogantes, la peculiar "transición" brasileña? La discusión propuesta por el CEDEC entonces es, más que pertinente, un imprescindible aporte a un debate estratégico amplísimo, cuyas respuestas no se agotan en el horizonte brasileño.

El trabajo de Daniel Aarão Reis analiza la cuestión democrática en las organizaciones comunistas brasileñas de las décadas de 1950 y 1960. Verifica que en la perspectiva estratégica de estas organizaciones se desarrolló según un modelo ideológico de "revolución pasiva" o "modernización conservadora" (Barrington Moore), pero este proceso tuvo como resultado la creación de los "presupuestos objetivos de una sociedad civil desarrollada": "una estructura de clases compleja, con una vida social y cultural plenas, una estructura política occidental", aunque no se hayan desarrollado plenamente los organismos privados de representación y articulación de intereses. Pero esta problemática, en sí misma, trasciende la concepción "rupturista" de revolución, presente en Gramsci. Para Coutinho es más apropiada una estrategia de "transición al socialismo", basada en la idea de "revolución pasiva" o "modernización conservadora" (Barrington Moore), pero este proceso tuvo como resultado la creación de los "presupuestos objetivos de una sociedad civil desarrollada": "una estructura de clases compleja, con una vida social y cultural plenas, una estructura política occidental", aunque no se hayan desarrollado plenamente los organismos privados de representación y articulación de intereses.

perspectiva socialista. Las críticas a la izquierda vigenista destacan la importancia de las organizaciones de base, pero de las estructuras sociales, incluso en forma de una nueva sociología política. La propia lógica de reproducción del capitalismo recóla permanentemente nuevos sujetos sociales, y el poder ya no se concentra en un centro político, que puede ser tomado por asalto. Una estrategia revolucionaria socialista, incluso en forma de una "proceso", aquí Weffort apunta más allá de Coutinho: "proceso" que no solamente acumula y avanza, sino que constituye a sus propios actores, que se autoconstruyen y prefiguran sus objetivos. Para Weffort, un proceso revolucionario crea, antes de iniciar la ruptura, instituciones que definen las formas políticas de una etapa posterior. De allí la importancia de que una estrategia socialista se fundamente en la constitución de sujetos políticos democráticos.

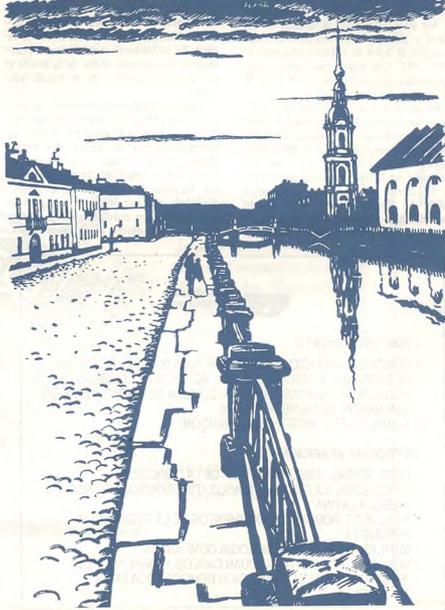
La tarea es ineludible, concluye Weffort, aunque los plazos sean lejanos. En otras palabras, la política de la lucha por la producción social de las significaciones, y la cuestión democrática está en el centro del debate político brasileño. "O nosotros, socialistas (marxistas o no), somos capaces de discutir la cuestión democrática, u otros lo harán. En Brasil ya comienza a existir un liberalismo moderno. La discusión sobre el sentido de la democracia es históricamente necesaria".

A discusión, claro está, apenas se inicia y grandes problemas deben aún comenzar a ser formulados. El camino de Weffort es más amplio que el de Coutinho, pero a través de Heilbrunn o Tocqueville se mantiene en el espacio de lo llamaríamos, sin ninguna intención peyorativa, de "fundamentalismo gramsciano"; la "prefiguración de los sujetos" por ejemplo, es la problemática de los consejos de fábrica, y el tema de la hegemonía recorren toda la controversia.

Y aquí aparecen los grandes temas del debate contemporáneo: ¿Cómo relacionar la incoherente *przeworska* de la democracia con las intervenciones estratégicas democratizadoras de una sociedad de capitalismo salvaje como la brasileña? ¿Cuál es el punto de equilibrio entre la hegemonía y pluralismo social y político? ¿De qué modo vincular hegemonía social con institucionalidad política, diferenciando la hegemonía de la dictadura de la mayoría?

Para quienes rescatan la tradición teórica gramsciana el gran desafío es repensar el concepto de hegemonía. Weffort, a su vez, concluye con otro desafío, similar al de Bobbio: "La hegemonía no es necesariamente una noción autoritaria. Lo que estoy proponiendo es que inventemos, si no existe, una noción de hegemonía que sea democrática".

Quizás la solución sea la propuesta por Coutinho en su introducción anal: una lectura contractualista de la hegemonía. Sin ésta, sin "contenido ético del estado", el espacio político se fragmenta en corporativismo, y la sociedad se vuelve ingobernable. Una alternativa necesaria sería la vinculación de la "voluntad general" con la aceptación del pluralismo. Brasil no es una Europa Occidental: una hegemonía contractual deberá reposar no sólo en procedimientos, en reglas de juego, sino en valores, en un consenso de contenidos económico-sociales.





La reforma política en la URSS

¿Falta mucho para que llegue el "Glasnost"?

Ricardo Nudelman

El próximo 7 de diciembre se firmará en Washington el tan comentado acuerdo sobre desarme y neutralización de misiles de largo y mediano alcance, durante la tercera "cumbre" que sostendrán Mijail Gorbachov y Ronald Reagan desde que están al mando de sus respectivos países. Por eso, es tiempo de continuar las reflexiones de cómo esas medidas van a tener influencia en las distintas regiones del mundo, y en particular en América Latina.

En un artículo anterior (v. LCF/5) intenté explicar este rápido acercamiento a un acuerdo en razón de las necesidades internas de cada uno de los firmantes. Gorbachov necesita consenso y credibilidad en el interior del estado y el partido para reordenar la economía soviética y, a pesar de llamativos éxitos, todavía no ha logrado establecer un control efectivo sobre la nomenclatura: el "affaire" Yelstin brinda algunas pistas sobre ello.¹ Por su parte, Reagan necesita reagrupar sus fuerzas tras un candidato presentable luego del desprolijo manejo del asunto "Irán-contra" y la visible decadencia de su administración. Para ambos, un acuerdo sobre armas nucleares que, además, alivie las tensiones presupuestarias del rubro militar, abrirá el camino al desarrollo de nuevas políticas y —quién podría negarlo— a la posibilidad de recibir las palmas de un Nobel de la Paz.

En toda la historia de la posguerra no se había registrado la posibilidad actual de llegar a un acuerdo de desarme en el sentido estricto de la palabra: reducción de armas. Hasta ahora, y pese a la reiterada utilización del término, a lo sumo se había logrado un acuerdo de limitación de armamentos; los tratados SALT no fueron más que eso.

Parece obvio señalar, en primer lugar, que este principio de acuerdo señala una tendencia de sentido contrario a la predominante en los años anteriores. En efecto, después de los retrocesos experimentados por los Estados Unidos durante la administración Carter y los consiguientes avances de la U.R.S.S. en cuanto al rearme y la superación de los norteamericanos en cantidad de armas nucleares y en la carrera espacial, la llegada de Reagan al poder significó la toma de conciencia de importantes sectores de los grupos de poder de los EE. UU. sobre la necesidad de revertir este retraso, apelando a doctrinas que justificaban su rol de superpotencia encargada de velar por la seguridad del "mundo libre" frente al "imperio diaboli-

La tercera "cumbre" que sostendrán Reagan y Gorbachov incita una vez más a reflexionar sobre la influencia que tendrán ciertas medidas sobre América Latina. La posibilidad cierta de un acuerdo de desarme, la reducción del armamento convencional y el "retroceso que parece llegar el *glasnost* y la *perestroika* a Cuba y Nicaragua" son los temas centrales de esta nota.

co', superando el desequilibrio armamentístico y manteniendo una superioridad militar frente al enemigo, si fuera posible.

En segundo lugar aparece como tema de inmediato tratamiento —y como consecuencia inevitable de la reducción del arsenal nuclear— la reducción del armamento convencional. "Sin negar el hecho de que la reducción de las primeras etapas relativamente el peligro de extinción de la humanidad, la existencia de una inmensa cantidad de armamento convencional de alta sofisticación significa una tentación constante para el belicismo temporalmente oscurecido por un tratado. En recientes declaraciones, el comandante de la OTAN en Europa, el general norteamericano John Galvin, dijo que "dos semanas de guerra con armas convencionales solamente, frente a un ataque en gran escala del Pacto de Varsovia, llevaría a un punto crítico en el que tendríamos que emplear armas nucleares para enviar una señal de que esa lucha debe terminar" (Newsweek, 26.9.87).

La tercera cuestión que me parece importante destacar es el retraso con que parece llegar tanto al *glasnost* como la *perestroika* a nuestra región, concretamente a Cuba y Nicaragua.

Es sabido que las relaciones cubano-soviéticas son complejas y cambiantes. Si bien sus políticas exteriores no son idénticas, se unen en cuanto a la disputa por la hegemonía en los EE. UU. Pero para impedir el dominio total de los soviéticos sobre la política exterior cubana, Fidel debe jugar muchas veces su propio partido. Por ejemplo, en 1967 y 1968 cuando la URSS tomó represalias económicas contra Cuba debido a los coquetos cercanos de la dirigencia cubana. La invasión soviética a Checoslovaquia permitió cualquier sorongo cubano, y alineó a Fidel entre los más ardientes defensores del socialismo blando.

El sostenimiento directo e indirecto del imperio soviético suele ser estimado entre 36 y 47 mil millones de dólares anuales. Solamente mantener la casi inexistente economía cubana y las fuerzas de ocupación en Alguinán significaría una facturación diaria de 10 y 15 millones de dólares, respectivamente. Una gran parte del subsidio soviético a la economía cubana llega vía el pago de 0,20 centavos de dólar por cada libra de azúcar, cuando en el mercado internacional la cotización apenas llega a los 0,07 cts. la libra, tal como se informó en el propio Tercer Congreso del PC cubano, realizado en 1986. Hace pocos meses, el presidente de la Asociación Latinoamericana de Economistas, el cubano Laureano León, explicó en Buenos Aires los cambios implementados en la economía cubana "para que no dependa, como hasta ahora, de la producción de caña de azúcar" (La Razón, 29.6.87). Y esto, a casi dos años de revolución!

Las aventuras militares cubanas en África han comenzado a ser un peso político y financiero demasiado sentido, y se comenta ahora la posibilidad del retiro de tropas cubanas en Angola. Cuba mantiene 65.000 hombres diseminados entre 17 naciones africanas, lo que significa un consumo del 11% del presupuesto anual cubano. Aunque los soviéticos —por el momento— no se oponen al equipo helado (algo así como 2.000 millones de dólares durante el período 1982-84), todavía queda a cargo de las meguadas arcas cubanas el pago del mantenimiento, transporte, apoyo logístico y otras menudencias que suelen utilizar las tropas de todos los países, por internacionalistas que sean. Hasta hace poco, Cuba se cobraba parte del gasto, con unos 300 millones de dólares que recibía por la triangulación del petróleo angolero, pero la caída del pre-

cio internacional hizo que las posibilidades actuales de recuperación del gasto sean algo más que escasas.²

La situación en Nicaragua parece un poco más fácil por el arribo del *glasnost*. Los soviéticos parecen apoyar el plan de paz presentado por los presidentes centroamericanos y es de reconocer que el gobierno sandinista ha realizado gestos en favor del cumplimiento de las cláusulas del tratado. El rápido y sorpresivo viaje del presidente Ortega a Moscú cuando los festejos del 70 aniversario de la Revolución de Octubre pareció destinado a solicitar un poco más de ayuda económica a cambio de una postura más abierta respecto a la paz centroamericana. La angustiosa situación económica nicaragüense no ayuda, por cierto, a alumbrar el camino: el Banco Central de Nicaragua estima que el índice de precios al consumidor alcanzará este año el 1.00% de aumento, y tal vez ésta sea una estimación prudente. La mitad de la población activa del país trabaja —por lo menos una parte del tiempo— en el llamado "sector informal de la economía". Este año tampoco podrá pagarse la importación necesaria de petróleo y todavía hacen falta unos 650.000 toneladas para terminar el año.

En definitiva, existen razones para la tardanza del *glasnost* a estas playas. Primero, todos quieren esperar a ver qué pasa con Gorbachov en la propia URSS; segundo, las condiciones políticas y económicas domésticas hacen más difícil el trazado de una *perestroika* que signifique la liberalización y descentralización de la economía; por último, una pregunta: si Fidel lleva 30 años haciendo justamente lo contrario, ¿quién le creería si ahora dice que lo bueno es hacer lo otro? Todos comprenden que, para bien o para mal, no habrá una buena *perestroika* sin un *glasnost* que la acompañe.

1 Boris Yelstin, secretario del PC de Moscú ofreció su renuncia al cargo argumentando que "aún existe un fuerte enfrentamiento en el Kremlin entre partidarios y opositores a la *perestroika*" (Luz, 1.11.87).
2 Criticando al mismo tiempo al jefe de la KGB y al propio Gorbachov por un supuesto "culto a la personalidad", demostró ser perfecto exponente del *glasnost*.

3 Fuerzas estacionadas en Europa:

	NAT	pv
Divisiones	27	93
Rindados	26.000	70.000
Aviones de combate	4.000	17.000
Aviones de pasaje	4.000	7.700

4 "Cuba in Africa", en Foreign Affairs vol. 65, núm. 5, 1987.



Disciplina y conflicto laboral en la URSS

Julio Sevares

Durante los meses pasados en la prensa soviética aparecieron noticias sorprendentes: en varias fábricas del país se habían realizado "interrupciones del trabajo" para "protestar por aumentos de precios y modificaciones laborales debidas a la reestructuración económica en marcha. Hace décadas que la prensa no informaba sobre este tipo de conflictos. Sin embargo, los medios no mencionaron el término "huelga", ya que esa figura jurídica no existe en el país de la dictadura del proletariado. La ausencia de legitimación para las medidas de fuerza obreras —tal como existe en las democracias capitalistas— responden básicamente al criterio de que no puede haber contradicción de intereses entre los obreros y el estado que teóricamente les pertenece.

Según el preámbulo de la constitución soviética, la clase obrera es la fuerza rectora de la sociedad. El estado es consiguientemente el representante de los trabajadores y está dirigido por el partido comunista, que "existe para el pueblo y sirve al pueblo" (art. 6°). Por otra parte, en el estado socialista se considera que los trabajadores son los propietarios de los medios de producción y, en lugar de ser explotados como en el capitalismo, se autosempañan.

Debido a esta identificación de intereses entre estado, empresas estatales y trabajadores, el trabajo está considerado un deber y la disciplina laboral "un deber y una cuestión de honor de cada ciudadano de la URSS (art. 60 de la Constitución). El origen de esta supuesta homogeneidad de intereses puede encontrarse en el pensamiento político marxista, para el cual los obreros al tomar el poder iniciarían la destrucción del estado explotador y la construcción de una sociedad sin antagonismos. Los obreros dejarían de estar subordinados a los aparatos de poder, para pasar a dominarlos. No se preveía que aparecerían nuevas formas de dominación. Cuando los bolcheviques saltaron el poder en 1917, pensaban que la clase obrera, bajo su dirección, iniciaría la construcción de esa nueva sociedad. Muy pronto Lenin percibió la debilidad de la clase obrera rusa para esa tarea y postuló, en 1919, que la tarea de llevar adelante la dictadura del proletariado en una situación atrasada como la rusa no podría reposar directamente sobre la clase obrera sino sobre el partido bolchevique como su representante.

De este modo comenzó a abrirse el abismo entre los trabajadores y sus dirigentes como tan bien advirtió Rosa Luxemburg en su *Critica de la revolución*

El estalinismo eliminó el derecho de huelga, restableció el trabajo obligatorio, restringió el derecho a cambiar de empleo, legisló el traslado forzoso de trabajadores y suprimió las convenciones colectivas de trabajo. Sin embargo, la protesta obrera no estuvo ausente. Ahora, sin embargo, cuando esos conflictos se producen, como hace pocos meses, es posible enterarse por la prensa.

rusa, aunque también lo había advertido Trotski en 1904 al criticar la rígida organización partidaria propuesta por Lenin y que él mismo acabaría aceptando años después.

En su nacimiento, el régimen revolucionario se encontró con el tremendo desafío de reorganizar la producción, devastada por la guerra, empleando una mano de obra poco preparada; además, debió hacerlo de acuerdo a un modelo político pensado para sociedades industrializadas y nunca antes experimentado. La respuesta inmediata de los bolcheviques fue el llamado "comunismo de guerra", basado en el trabajo obligatorio; en 1918 el código de trabajo de la URSS implantó la obligación general del trabajo, luego dispuso la movilización del personal técnico y en enero de 1920 se legisló el reclutamiento para todo trabajo socialmente útil. Leon Trotski fue todavía más lejos al proponer la militarización del trabajo, coherentemente con su programa de estatización y planificación general de la economía.

En los primeros años los obreros tenían todavía una participación directa en el poder a través del control de los establecimientos en los que trabajaban. Pero ese sistema se demostró muy pronto ineficiente para la organización global de la producción y el gobierno comenzó a reinstaurar la disciplina, aumentando los poderes de administración de empresa designado por el estado. La separación de los obreros del control directo de los medios de producción se

plegó, legisló el traslado forzoso de trabajadores y suprimió las convenciones colectivas de trabajo. Estas condiciones fueron especialmente severas en los años previos a la segunda guerra y durante el conflicto.

En esta historia los sindicatos no cumplieron ningún papel independiente. Durante la revolución de octubre tuvieron una participación mínima ya que los obreros se movilizaban a través de los soviets. Y luego fueron opacados por los consejos obreros. En los años veinte fueron revitalizados pero con la misión de organizar a la clase obrera para el trabajo. El primer congreso panruso de los sindicatos de Petrogrado, en 1918, con mayoría bolchevique, proclamó que los sindicatos se transformarían inevitablemente en órganos del estado. Entre 1932 y 1954 no hubo siquiera un congreso nacional de la confederación de sindicatos para elegir a sus dirigentes. En 1957 una resolución del propio Comité Central del PCUS ordenó a los sindicatos tomar más seriamente sus tareas de protección de los trabajadores. En la actualidad, y según la constitución soviética, la tarea de los sindicatos conjuga el fomento de la economía nacional con la atención de los intereses de los trabajadores. El PCUS, se especifica, dirige a los sindicatos a través de sus miembros comunistas. En la constitución el término de huelga no figura. No obstante, y en especial luego de la muerte de Stalin, se registraron numerosas huelgas. Muchas de ellas fueron reprimidas con las armas; decenas de trabajadores fueron muertos y sus dirigentes confinados o fusilados (véase al respecto las consideraciones que hace Fernando Claudin en *La oposición en el socialismo real*, Madrid, Siglo XXI, 1981). En 1977 se registró una tentativa de constituir un sindicato independiente, pero fue reprimido y no prosperó.

La nueva dirección soviética parece tener una actitud más flexible ante las protestas obreras, como parte de su programa de dinamización de la sociedad a través de una mayor libertad de expresión y de crítica. Pero la reestructuración en marcha provoca las tensiones señaladas en la medida que contempla la reducción de subsidios, a la producción de alimentos, aumento en la competencia entre empresas (que pueden derivar en reducciones de salarios en las menos eficientes) y posibilidad de quebras y cierre de empresas. Las tensiones señaladas en la planta oficial y el descontento pueden entonces agudizarse en un futuro próximo.

¿Tiene América necesidad del imperio del mal?

Stephen Cohen

¿Por qué los comentaristas norteamericanos consideran imposible cualquier reforma sustancial del sistema soviético a pesar de los cambios recientes? Los historiadores del futuro —afirma Cohen— podrán preguntarse de qué modo el autoritarismo soviético llegó a convertirse en un modelo moral y político para la Norteamérica democrática.

¿Por qué son tantos los comentaristas norteamericanos que consideran como imposible cualquier mejoramiento sustancial del sistema soviético no obstante que, en los dos últimos años transcurridos, Mijail Gorbachov ha dado por decidido a introducir reformas de vasta importancia?

Un periodista del *Miami Herald* ha liquidado sin medias tintas al nuevo líder soviético repitiendo el dicho de que la "mona sigue siendo mona aunque se vista de seda". En un editorial del *Washington Post* se llega a la conclusión de que los cambios propuestos por Gorbachov en el sistema "no atenuarán su naturaleza de estado policial, sino que, por el contrario, lo convertirán en un estado policial más eficiente". Henry A. Kissinger asegura a los lectores del *Time* que la Unión Soviética "seguirá siendo un estado totalitario aún después de la efectivización de las reformas". Y finalmente un periodista del *Wall Street Journal* afirma de manera categórica que la ideología soviética "hace de una reforma genuina una imposibilidad práctica".

Negar que en la Unión Soviética pueda, o haya alguna vez, todo cambiar para nada en los Estados Unidos una tradición de larga data. Este tipo de afirmaciones eran frecuentes también en la época de la destalinización puesta en práctica por Nikita Jruschov. Por lo demás, según el cliché favorito de los muchos sabihondos, incluidos algunos de los llamados expertos, "en la Unión Soviética se han producido cambios importantes".

Para poder dar una explicación exhaustiva de esta obstinada tradición haría falta un grueso volumen que analizara tanto el modo de pensar político norteamericano, como la naturaleza del sistema soviético. Pero en el presente me limitaré brevemente a cinco factores importantes. Uno: el primero está radicado en el sistema soviético. En todos los países el cambio político es el resultado de luchas entre exigencias sociales, convicciones ideológicas, intereses de grupo y facciones políticas opuestas entre sí. En general, en la Unión Soviética tales dinámicas fueron ocultadas por la censura oficial y esto indujo erróneamente a los norteamericanos a creer que no existen allí conflictos de ese tipo; que "todos los comunistas piensan del mismo modo", que el establishment soviético es políticamente uniforme y que, por lo tanto, no pueden surgir ningún líder o facción que desafíe el status quo. En realidad este establishment, incluido el partido comunista, ha estado durante largo tiempo dividido en torno a cuestiones políticas e ideológicas fundamentales, en particular respecto de la capacidad de cambio de la escala en el sistema heredado de Stalin. ¿Y cómo podría ser de otro modo en una nación en cuya traumática historia existieron tantas fracturas y donde la transición reciente de una sociedad predominantemente rural a una urbana ha creado tantas exigencias, problemas y cambios de opinión pública ignora toda la importancia de este conflicto que en la actualidad, sin embargo, ocupa gran espacio en la prensa soviética a partir de las reformas propuestas por Gorbachov y de la oposición que suscitaron.

El segundo factor es intrínsecamente norteamericano, una tradición ideológica nacional debida a nuestra experiencia política relativamente positiva. Se trata de

la difundida opinión según la cual en la Unión Soviética nada fuera de la democratización cumple los requisitos de un cambio "significativo". La abolición por parte de Jruschov del terror de masa impuesto por el estalinismo, aunque no condujo a la democracia, ha liberado sin embargo a millones de personas condenadas a trabajos forzados en los gulags y en el exilio, restituyéndolas a sus familias. Si la política social y económica de Gorbachov tiene éxito mejorará las condiciones de vida de decenas de millones de ciudadanos soviéticos. Y sin embargo, muchos comentaristas norteamericanos no atribuyen valor a estos cambios porque, para citar a A. M. Rosenfeld del *New York Times*, "no son ni lejanamente suficientes". Podemos suspirar la democracia en la Unión Soviética, pero pretender negar algún valor a mejoramientos de entidad inferior es el signo de un análisis y de una actitud profundamente equivocadas.

El tercer factor es el instintivo hábito norteamericano de juzgar los acontecimientos en la Unión Soviética basándose en gran medida sobre el discutible comportamiento soviético hacia las demás naciones, que es el argumento sobre el cual se centran los media norteamericanos. Muchísimos americanos recuerdan todavía a Jruschov no como un gran reformador, sino como ese líder amenazante que instaló los misiles soviéticos en Cuba. Análogamente, es algo implícito en gran parte de los comentaristas norteamericanos que Gorbachov será un verdadero reformador sólo si es capaz de poner fin al papel de superpotencia de la Unión Soviética y pactar con los Estados Unidos sobre las cuestiones mundiales. La política exterior de una nación no puede dejar de revelar algo de su sistema político, pero no es claramente el único criterio. Si lo fuese, deberíamos juzgar al sistema norteamericano sólo por su comportamiento en Vietnam y en Nicaragua.

En tal sentido es también importante el rol desempeñado por instituciones y grupos norteamericanos que durante muchos años promovieron y alimentaron de manera frémica la imagen popular de una Unión Soviética inmutable e inmutable. Entre estos, el complejo militar-industrial, legiones de profesionales de la guerra fría y de sedicentes intelectuales de la seguridad nacional, ciertas organizaciones juveniles y una larga fila de representantes de otros intereses particulares. Admitir cualquier mejoramiento en el sis-

tema soviético equivale a una amenaza a su bienestar político, económico e ideológico. En efecto, una eterna guerra fría con la Unión Soviética es para muchos de estos grupos e individuos una necesidad teológica más que analítica, y por ello nunca debe abandonar. Si desaparece una razón —si un Sjahrjov o un Shehranaki son liberados, si es resuelta una disputa sobre armamentos, si hay algún mejoramiento en un problema internacional— encontrarán en cada momento muchas otras. Siempre prontos a denunciar cualquier "ilusión" de cambio soviético, recitan de manera ritual el editor del *New York Post* el año pasado: "en realidad no hay allí nada de nuevo". En su conjunto, estas fuerzas de la guerra fría ejercen una enorme influencia sobre las opiniones y sobre la política de los norteamericanos, y no existe prácticamente ningún grupo contrario a la guerra fría suficientemente fuerte como para contrabalancearla.

Finalmente, la guerra fría pluridecenal dejó una herencia aún más vasta y compleja. Según parece, los Estados Unidos se han construido una profunda necesidad psicológica de una Unión Soviética irrevocablemente amenazadora con el propósito de poder minimizar y olvidar las propias imperfecciones. ¿Cuántas veces decimos, por ejemplo, que si entre nosotros se pueden perpetrar algunas injusticias sociales es mucho peor lo que ocurre en la Unión Soviética? ¿O bien, que si nos comportamos incorrectamente en Nicaragua, los rusos actúan peor que nosotros en Afganistán? ¿O de que nuestras instalaciones nucleares no son tan riesgosas como las soviéticas? Si para sentirse mejor, los Estados Unidos, tienen necesidad de un imperio del mal en el Este, ni Gorbachov ni ningún otro reformador soviético podrá hacer nada que valga la pena. En realidad, los historiadores del futuro, si llegan a existir, podrán preguntarse de qué modo el comportamiento autoritario soviético llegó a convertirse en un modelo moral y político para la Norteamérica democrática.

© Rinascita

Un clásico sin parangón

Gino Germani

Estructura social argentina

Buenos Aires, Ediciones del Solar, 1987

A caba de reeditarse en nuestro país esta obra que, en su momento de aparición (1955), constituyó un punto de referencia fundamental para la comprensión de la estructura y funcionamiento de la sociedad argentina desde fines del siglo XIX hasta mediados del actual. Esta circunstancia —así como el hecho que, desde aquel entonces, la sociología argentina no haya logrado actualizar la suma de conocimiento que aporta Germani en su momento— invita a analizar las características del estudio. Para ello pueden distinguirse cuatro aspectos: su enfoque teórico general; las áreas temáticas abordadas; los instrumentos metodológico-técnicos utilizados; y sus aportes empíricos.

Emprendiendo por el primero, Germani afirma que "el estudio de la estructura social se refiere a los grupos sociales que la integran, y deberá ir desde el examen de su volumen numérico y distribución espacial hasta la observación de su composición y formación, y de su significado para la organización y el funcionamiento de la sociedad nacional en su totalidad" (p. 10). También sostiene que "una de las formas básicas de diferenciación social (es decir, de constitución de grupos sociales) es la estratificación de los habitantes en 'clases sociales'" (p. 139). En efecto, la sociedad es visualizada por Germani como un conjunto interrelacionado de clases sociales concretas (es decir, que tienen existencia real), situadas en espacios geográficos concretos, con determinadas condiciones de terminaciones y comportamientos específicos, que concurren diferencialmente a la formación de los indicadores nacionales que, en este nivel, "tienen carácter de 'estadística'" (p. 208). La tarea del investigador es detectar los rasgos específicas de a

fin de comprender la dinámica de conjunto. Como se observa, para establecer la filiación teórica del autor es crucial considerar cuál es su definición de "clase social". A este respecto, detectamos dos tipos de discurso que podríamos denominar "enuciativo" y "operativo-interpretativo", respectivamente. Expliquémoslos.

En los momentos en los que *enuncia* los conceptos que guiarán su análisis empírico, Germani se sitúa explícitamente dentro de la teoría funcionalista del cambio social, es decir, la "teoría de la modernización" que incluye la "teoría de la transición demográfica". Así, "la clase social es un grupo social cuyos determinantes corresponden a dos órdenes de fenómenos: estructurales y psicosociales" (p. 141). Entre los criterios estructurales se citan, por un lado, el inicio de la actividad (prestigio) que ordena las ocupaciones en una serie de capas superpuestas entre las que existe cierta distancia social; por otro lado, el tipo de existencia que se vive en el seno de las "estructuras educativas, comportamientos socio-demográficos, etc.) que es propio de cada clase. Entre los criterios psico-sociales se cuenta la autoidentificación de las clases, el sentido de actitudes, normas y valores que caracterizan a los individuos de cada clase, y los distingue de otros, criterios ambos que pueden sintetizarse en el concepto de "personas" (p. 139).

Por otra parte, en las sociedades modernas, estos determinantes de las clases sociales distan mucho de hallarse sincronizados, por el universal fenómeno del "rezago cultural". En efecto, los aspectos de "clases" occidentales han transitado, transitan o transitarán un proceso de modernización, industrialización y urbanización "que conlleva modificaciones sustanciales en sus determinantes de la estructura de clases sociales, aunque en algún momento de la

transición algunos grupos pueden quedar temporalmente rezagados a las posiciones correspondientes de la anterior estructura de clase".

Sin embargo, en los momentos de *delimitación empírica* de las clases sociales o de *interpretación* de los resultados, otro es el discurso de Germani. Así, al reflexionar acerca de los datos sobre la población económicamente activa que constituirán su información básica, afirma que "la estructura económica condiciona de dos maneras la estratificación social. Por un lado determina cómo habrá de distribuirse la población activa en las diferentes ramas de actividad, por el otro fija la distribución de la propiedad y el control sobre el aparato productivo y distributivo. Estos dos elementos, que constituyen en cierto sentido una doble clasificación vertical (por actividad) y horizontal (por categoría o posición) van a ser el núcleo de las clases, pues es de su entrecruzamiento que surgen los grupos funcionales que las integran" (p. 155). Es claro que el carácter privilegiado que atribuye a la estructura económica en la determinación de la estratificación social... no contradice la influencia de otros factores, ni reduce la multiplicidad de criterios que se afirman en el momento de la definición de clase" (p. 154). Pero siete líneas más adelante, razona que "en realidad, cualesquiera que sean los factores que intervienen en la determinación de las clases, el sentido atribuido a través de la estructura económica que ejercen su influencia sobre la diferenciación en estratos sociales. Incluso el elemento socio-cultural del prestigio, el juicio de valor jerárquico de los estratos, resultará ser en definitiva una función del poder que los diferentes grupos ejercen en la sociedad y, sobre todo, aunque no de manera exclusiva, en lo económico". También, al interpretar los diferenciales de comportamientos entre clases, señala que los mismos se asientan en la diversidad de sus "intereses económicos". En fin, al reflexionar sobre la "clase alta" (denominada al pasar "alta burguesía") (p. 199), explica que para

aprender adecuadamente la morfología y significado social de la misma, habrá que estudiar sus vinculaciones con la "dirigencia política nacional", su entrelazamiento en "núcleos de control de intereses", y su vinculación a los "capitales extranjeros internacionales".

Tan largas citas como las que preceden son indispensables para sostener una conclusión que se enuncia muy escuetamente: si el discurso teórico de Germani es funcionalista, su análisis de la estructura social argentina no lo es. En su detección de las clases sociales de la Argentina moderna tiene toda preeminencia una visión económica y política —siempre histórica— de la problemática que la permea permanentemente (aunque a veces con dificultad) super el encastramiento de sus enunciados teóricos.

El segundo aspecto a considerar concierne a la organización del estudio. Este se organiza en tres partes: la primera se refiere a llamarlas: estructura demográfica y educativa (Parte I y Capítulo XV); estructura económico-social (Parte II); ideología política (Capítulo XVI). Desde un punto de vista de diversidad tipo, encuestas periódicas, registros continuos; antes de usar la, some la información a una crítica de calidad de estadificación social.

"Las otras dos están 'pensadas' desde ahí, puesto que cualesquiera sean los comportamientos analizados (el aumento de la natalidad en la postguerra o el resultado de las elecciones de 1946), la preocupación constante de Germani será demostrar que los mismos difieren según la clase social de pertenencia. El resultado es una pieza única en la literatura sociológica argentina, en la que muy diferentes dimensiones del comportamiento individual y social se conjugan natural y armoniosamente merced al abrigo de una misma mirada analítica. En efecto, después del libro de Germani, ha habido en la Argentina muy pocos estudios sobre cada una de las áreas temáticas investigadas por él (con la única excepción de la estratificación social), pero ninguno que aborde la interrelación entre todos esos fenómenos de manera orgánica.

En este punto, permitásenos una pequeña digresión relativa al análisis sobre estructura y dinámica demográfica hecho por el autor. Sobre este tema su erudición teórico-metodológica es simplemente sorprendente: conocía prácticamente toda la bibliografía existente por ese entonces, y se adelantó unos veinte años a la renovación del pensamiento socio-demográfico latinoamericano que se inicia a comienzos de la década de 1970, al trascender el enfoque "demografista" formal, al encasar los fenómenos demográficos, a la vez, como causa y efecto de fenómenos de orden económico, social, político y cultural, y al señalar que la unidad de análisis de este tipo de estudios debía ser la familia y no el individuo aislado.

El tercer aspecto a comentar concierne al instrumental metodológico del estudio, basado exclusivamente en datos "secundarios" (es decir, no cometidos de acuerdo a sus premisas conceptuales). Entre los rasgos más notables merecen señalarse aquí los siguientes: utiliza prácticamente todo lo disponible en el Sistema Estadístico Nacional de la época (censos de diverso tipo, encuestas periódicas, registros continuos); antes de usar la, some la información a una crítica de calidad de estadificación social.

"Las otras dos están 'pensadas' desde ahí, puesto que cualesquiera sean los comportamientos analizados (el aumento de la natalidad en la postguerra o el resultado de las elecciones de 1946), la preocupación constante de Germani será demostrar que los mismos difieren según la clase social de pertenencia. El resultado es una pieza única en la literatura sociológica argentina, en la que muy diferentes dimensiones del comportamiento individual y social se conjugan natural y armoniosamente merced al abrigo de una misma mirada analítica. En efecto, después del libro de Germani, ha habido en la Argentina muy pocos estudios sobre cada una de las áreas temáticas investigadas por él (con la única excepción de la estratificación social), pero ninguno que aborde la interrelación entre todos esos fenómenos de manera orgánica.

En este punto, permitásenos una pequeña digresión relativa al análisis sobre

trificación, y piensa, además, que, en términos de sus propias premisas teóricas, el procedimiento utilizado para estimar el volumen de las clases sociales lo condujo a sobrestimar las "clases medias y alta" (en una cifra del 40%, posteriormente "refinada" por el conocimiento vulgar) y a subestimar concomitantemente las "clases populares". Pero estos hechos no invalidan un diagnóstico que además de ser el mejor que existe en este campo del conocimiento, es sustancialmente bueno.

¿Por qué razón este libro de Germani no tiene parangón (en el sentido de referentes comparativos)? ¿Por qué razón la sociología argentina, desde comienzos de los años 60, ha sido incapaz de realizar un diagnóstico tan sólido y tan omnicomprensivo?

¿Podría advenir que la Argentina de las últimas cuatro décadas es una sociedad más compleja que aquella en la que triunfó el peronismo, como fenómeno social, político e ideológico (momento histórico al que se refiere concretamente el análisis de Germani)? Difícil de aceptar. ¿Faltaron teorías? Desde luego que no. ¿Podría atribuirse esta carencia al efectivo deterioro que sufrió nuestro Sistema Estadístico Nacional desde 1947 (último año en el que se levantaron simultáneamente los censos de población y los censos económicos), y/o al emprometimiento gradual en el acceso a la información estadística por parte de los investigadores, como resultado de los sucesivos regímenes dictatoriales? Explicación excesivamente simplista.

Quizás esta peregrinidad en la búsqueda de respuestas al primer-interrogante constituya el mejor homenaje que podamos rendir a las calidades intelectuales de Gino Germani.

La nueva edición publicada por Gregorio Weinberg en la Biblioteca Divinópolis Argentina por el director (Ediciones del Solar, Buenos Aires, 1987) reproduce en forma facsimilar la primera y única publicada por el autor en Editorial Raigal en 1955. Esta nueva edición incluye un "Estudio preliminar" a cargo de Jorge Graziarena al que remitimos.

Susana Torrado

BUENOS AIRES lo espera con "buenos aires"

¡Acerquese y descubrala!

Visitar a Buenos Aires es entrar a la Argentina por la puerta grande. Es entrar a una Argentina pujante, que crece día a día y recibe con calidez a quienes la visitan. Conozca a Buenos Aires.

En la Dirección General de Turismo municipal el turista encontrará la orientación y asistencia necesaria, para complacer mejor su estadia y descubrir esta hermosa Buenos Aires.

Dirección Gral. de Turismo
Sarmiento 1551 - 5° P. Tel. 40-1856

El primer paso del turista en Buenos Aires



Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires

Secretaría de Cultura

La penetración simbólica del fútbol en la sociedad

Bienvenido, che Bambino.

Antonio Marimón

El llamado "caso Veira" fue en realidad un disparador de signos que interrogan a estructuras y comportamientos de la sociedad argentina en esta época.

Muchos medios de comunicación y una parte de la opinión pública reaccionaron extraviando los valores. Hay una confusión de niveles y de jerarquías, de lugares y de significados, que no ha sido sometida a crítica por la democracia.

"Inocente". Tanto como para que la prosa supercodificada de la revista, en nota firmada por José Luis Barrio, dijera: "El grito bajaba desde la cabecera de la quema, como una redención, como un respaldito, quizás como una caricia. 'Bienvenido / Bienvenido / Che Bambino / Boedo está contigo...'. Con la melodía del Papa". No iré a los vicios del manual de estilo, pero invito a leer sin desperdicio la acumulación de matorfones (hasta la ambigüedad de que los machos de las gradas "acariacen" al personaje), el estrillido y el indicio también metafórico; elaboran un pleonismo sólo verosímil para la prepotencia kitsch de ese código: el protagonista, en este país de buenos cristianos, aparece nombrado en contigüidad simbólica con el pontífice, cosa que en el fondo no era involuntaria: ya por entonces Veira sostenía haber visto a Dios en la celda y que confiaba en tres cosas fundamentales: "Dios", "la justicia argentina" y "la opinión de la gente". ¿Cómo pensar mal de quien tiene de su parte aliados tan poderosos?

Pero el panorama se trocó durante el lapso que fue del 27/10 en adelante: Bernardo Neustadt, con hábiles entrevistas al juez Allevato y al jefe de la Policía Federal, Juan Angel Pirker, tuvo el mérito de ser el primero en abordar la cuestión considerando el espacio de la víctima. Esa emisión de *Tiempo Nuevo* ratifica, por lo demás, la eficacia prodigiosa del medio televisivo, porque alteró la interpretación del episodio. La revista *Gente*, como *El Gráfico* publicación de Atlántida, insertaba en tapa al querellante (¿había una contradicción, una explotación integral de la noticia o un cambio de política editorial en Atlántida?). A este olvidadizo sector de prensa, que oscila de la complicidad con el autoritarismo a la múltiple siembra de desconfianza en la democracia, el caso Veira servía para dirigirse a su clientela de derecha espontánea. Como fuere, se producía un movimiento de opinión tendiente a aclarar el problema más allá de la mitología; si era probable un "tendido de cama" contra el "Bambino", también se nota en la biografía secreta —no mítica— del acusado una impronta de proximidad que hace verosímil una aproximación non sancta al muchachito. Entonces cobra sentido fuerte el lenguaje del juez: "Hay presunciones graves, precisas y concordantes que dan una sencilla prueba de la imputación del hecho ilícito."

Claro que el caso fue, sobre todo, un disparador de signos interrogadores de estructuras y comportamientos de la sociedad. La conducción del fútbol profesional, por ejemplo, sale malparada si se toma como mensura a los directivos de San Lorenzo. Y está el papel de las "barras bravas", que actúan en los clubes chantajeando con su capacidad de cho-

que a los dirigentes, pero toleradas y manipuladas por éstos para diversas tareas de política doméstica. Las "barras bravas", como la que orientó el aplauso a Veira, son un factor irracional y en parte semi-autónomo que degrada y amenaza al espectáculo futbolístico en su conjunto. Ni hablar de la equívoca situación de la policía de la seccional décima, ni de la irresponsabilidad de alguna prensa, particularmente de los editores de *El Gráfico*, porque alcanzó niveles antológicos. Su actitud de mimetismo con la credibilidad del ídolo tuvo un despliegue automático y apriori: se diría que para *El Gráfico* el valor simbólico representado por los héroes del deporte constituye un tesoro a defender por mandato estructural. Pero si las consecuencias son muchas y ricas para quien tiene deseo de observarlas con imaginación "sociológica", me gustaría detenerme aunque sea en dos temas. Creo que vale la pena reflexionar un poco en la equivalencia del Papa con el "Bambino"; tal desmesura no es un simple dato pintoresco, en realidad expresa una curiosa inflación de la cultura del fútbol respecto a otras esferas, lenguajes y prácticas de la vida social. Parece así una especie de invasión que provoca una serie muy difícil de ver en ninguna otra parte del mundo. Aquí el acto de adhesión a la toma de Malvinas, que iniciaba una guerra, fue convocado desde Radio Rivadavia por un relator como José María Muñoz; aquí un presidente facilita el balón de la Casa Rosada, lugar por excelencia desde donde el poder civil ha de entablar diálogo con el pueblo, a un grupo de jugadores para celebrar una victoria; aquí los cánticos tribuneros se han mimetizado a las consignas que sintetizan proyectos políticos e ideológicos para toda la sociedad, y a muchas otras celebraciones colectivas; aquí la técnica narrativa, pausas y clímax de la narración deportiva sirven para informar lo mismo un descubrimiento de tumbas con cuerpos "NN", un amago golpista o cualquier circunstancia. Los tiempos de opinión se agitan. El fenómeno es complejo y conviene aunque sea esbozarlo. Ciertamente los clubes de fútbol han sido —y son— un factor constituyente de identidad en la vida urbana. Como actividad lúdica y forma de interpretarla, el fútbol recoge en el Río de la Plata rasgos únicos, propios de lo que en términos románticos podemos llamar "genio" de los pueblos, y es un aspecto nada despreciable de la cultura popular. Además, el populismo peronista fue el primero en acercar sistemáticamente al poder a los ídolos deportivos, y también en llevar a cabo cierta mixtura del espectáculo del poder político con el espectáculo deportivo en sea que se escenarios de masas que tanto gustaban al Líder. Tampoco es censurable que los estadios recepcionen conflictos y contradicciones de la colectividad, eso es índice de la vitalidad de las multitudes.

Si embargo, creo que los años de violencia y dictadura no pasaron en vano respecto a los circuitos de circulación y producción de símbolos. Desterrada entonces la actividad partidaria, así como toda acción cultural autónoma, instaurado como un espacio absoluto el terror de Estado, el Mundial -78 fue el único relato "positivo" y disfrutable que aquel régimen ofreció a la sociedad. Silenciosa la política en sus términos civilizados —porque la etapa estuvo atravesada de política en términos salvajes—, el vasto aparato propagandístico del Mundial —uniformador de opinión pública— sirvió a múltiples tareas: por ejemplo, para aislar a quienes luchaban por la defensa de los derechos humanos en 1979, para encender el apoyo a la aventura de Malvinas y, sobre todo, para desuniformar, trivializar o excluir todo otro contenido desde el punto de vista oficial y parafiscal. El fútbol, y los éxitos deportivos en general, eran un espejo metafórico ad hoc para el modelo autoritario. Mi hipótesis es que aquello dejaba sentada una estructura, porque el espectáculo deportivo como un paradigma cultural privilegiado, no ha sido sometido a crítica. Si se analiza en serio la entrega del balón histórico a Diego Maradona y sus compañeros el año pasado, se verá que ello participa de un exceso que parece naturalizado socialmente en la Argentina en condiciones diversas a las de la dictadura. Ello en realidad describe un verosímil: así como los estrillidos del fútbol se integran a los de diferentes esferas, tal invasión es heredada y permite un magma, una melaza de los niveles y las jerarquías simbólicas. El ídolo balompedístico saluda al pueblo en la Casa Rosada; el canto tribunero que recibe al "Bambino" recibe al Papa: lo que se evidencia es una confusión funcional de lugares y de significados, una habilidad proteica de la cosa futbolística —o deportiva— para reproducir su código formal y degradar o poner en parodia otros mensajes, situación recogida por el lenguaje popular y que los medios —con pocas excepciones— refuerzan con su pliegue a las facilidades del mercado. Así y literalmente, son lo mismo Carnera y San Martín. Episodios como el caso Veira confrontan dicho fenómeno con sus efectos en la realidad; este suceso condeñado en grado máximo por la sociedad, cuando buelta parte de la opinión pública y de sus informadores reaccionaron extraviando los valores, preservando al ídolo y dejando claro que el proceso de reconstruir a nuestra sociedad abarca napas muy profundas. Otro tema, en fin, que me parece interesante tiene que ver con el relegamiento de la moral de los personajes que lleva a cabo la operación mistificada, cosa que en definitiva los recupera intactos para la moral burguesa y vigente. Un ejemplo a la mano entre muchos sería aquella parábola de Tita Merello: de batallana capaz de frasar como nadie "se dice de mí", a consejera sentimental para las mujeres en revistas a horarios televisivos de la tarde. Para la hinchada de San Lorenzo la sola hipótesis de que Veira hubiese atacado sexualmente a un muchachito fue directamente increíble, o bien permitida (en definitiva, su defendido era el componente "activo" del asunto) en sea que se interpreten estas paradojas, olvidos, desplazamientos e intercambios degradantes de valores y lugares de significación, queda en la boca un sabor líquido residual y más bien agrio.